
Libros del Asteroide

Maxim Ósipov

Kilómetro 101

Traducción de Ricardo San Vicente

Maxim Ósipov

Kilómetro 101

Traducción de Ricardo San Vicente



Libros del Asteroide

Índice

Título original: *101*-й километр

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.° 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-96-0
Depósito legal: B. 969-2024
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Dedicado a la ciudad de N.

Kilómetro 101

Crónicas de la vida en provincias

En mi tierra

1

Hace ya un año y medio que trabajo como médico en la pequeña ciudad de N., capital de distrito de una región pegada a Moscú. Y ya es hora de hacer balance de mis impresiones.

En primer lugar y lo más espantoso es que entre los pacientes, como también entre los médicos, los sentimientos más habituales son dos: el miedo a la muerte y el poco amor a la vida. No quieren pararse a pensar en su futuro: que todo siga como está. No es una vida, sino un fin de vida. Celebran las fiestas, beben y cantan, pero si los miras a los ojos, no ves ninguna alegría.

Estenosis crítica de aorta; hay que operar. Si no, no tiene sentido quedarse ingresado en el hospital.

¿Y entonces qué hago, morirme?

Así es: la solución es morirse.

No, no quiere morirse, pero tampoco dirigirse a la administración regional para que le autoricen la operación, ni perder el oremus durante el proceso.

«Ya tengo cincuenta y cinco años, ya he vivido lo mío.»

¿Y entonces qué quiere?

«Una invalidez total, eso es lo que quiero.»

No confía en que pueda curarse. Pero, como mínimo, que las medicinas sean gratis.

«Doctor, ¿por lo menos llegaré hasta la pensión?» (Los fracasados no llegan a vivir hasta la edad de jubilación; si llegas, has triunfado en la vida.)

En segundo lugar: el poder se divide entre el dinero y el alcohol, es decir, entre las dos encarnaciones de la nada, del vacío, de la muerte. A muchos les parece que los problemas se pueden resolver con dinero, pero esto casi nunca es verdad. ¿Cómo despertar con su ayuda el interés por la vida, por el amor? Es entonces cuando aparece el alcohol. Un ejemplo: no hace mucho un niño de dos años llamado Fedia cayó desde un primer piso. La madre borracha y su *boyfriend*, es decir, oficialmente su

conviviente, recuperaron el cuerpo de Fedia y se encerraron en casa. Por fortuna, los vecinos lo vieron todo y llamaron a la policía. Estos reventaron la puerta y llevaron al niño al hospital. La madre, como corresponde, no paraba de aullar en el pasillo. Rotura del bazo, que será amputado; Fedia salva la vida e incluso él mismo se retira el respirador (los sanitarios no lo vieron, centrados en otra operación) y luego se arranca el catéter de la vena.

En tercer lugar: en casi todas las familias ha habido en un pasado no lejano una serie de muertes violentas. Ahogamientos, explosiones de petardos, homicidios y desapariciones en Moscú. Todo esto crea el trasfondo sobre el que se despliega la vida, en particular, también de nuestra familia. No son raros los casos en que nos encontramos con mujeres que han enterrado a sus dos hijos adultos.

En cuarto lugar: casi no he conocido a personas interesadas en su trabajo, el que fuera, y de ahí esa indolencia e imposibilidad de centrarse en su propio tratamiento. Cuesta aclararse también con todos esos nombres de medicamentos (comerciales, genéricos) y con las dosis: para tomar veinticinco miligramos hay que partir en dos una pastilla de cincuenta, o en cuatro una de cien. Es complicado y da pereza. Hay que pesarse cada día, pero si el peso ha aumentado conviene tomar una dosis doble de diuréticos: empresa imposible. No hay báscula, y la idea de que el aparato se pueda comprar no le entra en la cabeza, y no es una cuestión de dinero. La gente es prácticamente analfabeta: saben construir palabras juntando letras, pero en la práctica esta habilidad no se aplica. La respuesta más habitual cuando les pido que lean mis recetas, impresas en letras grandes, es: «No llevo gafas». Pero si no lleva gafas, eso quiere decir que hoy tampoco se propone leer nada, cosa que nos indica su analfabetismo. Otra prueba: «Han comprendido adónde dirigirse, ¿han comprendido a quién han de referirse, y que tienen que decir que los he mandado yo?». Parece que sí. «Y ¿cómo me llamo?» El paciente, rabioso: «¿Y yo qué sé?».

En quinto lugar: resulta que la amistad es cosa de intelectuales. La gente que llamamos «sencilla» no tiene amigos: nadie, salvo los familiares, me ha preguntado nunca sobre el estado de los enfermos. La ayuda mutua brilla por su ausencia, somos los mayores individualistas que uno se pueda imaginar. Se diría que nuestra nación carece del instinto de autoprotección. Valle de lágrimas: es más sencillo morirse que pedirle al vecino que lo lleve a uno a Moscú. No tiene mujer, ¿y los amigos? No los hay. Tiene un hermano, pero vive en Moscú, no sabe dónde ha apuntado su teléfono.

En sexto lugar: el varón es casi siempre un idiota. Un hombre con insuficiencia cardíaca; si su mujer no lo controla a cada paso, está condenado a morirse pronto. Este idiotismo aparece ya en su juventud y luego no hace más que progresar, incluso en el caso de que el hombre se convierta en ingeniero jefe, o en agrónomo, por ejemplo.

La persona que se preocupa por los demás es una rareza y por eso mismo suscita el mayor respeto. Estoy tratando a una de ellas, Alexéi Ivánovich. El hombre ha conseguido que a su mujer le practiquen un trasplante de riñón; ha vendido todo lo que tenían, se ha gastado cuarenta mil dólares. Por lo general, no suele ocurrir lo mismo: Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado; a lo que seguirán el entierro y el funeral.

Es repugnante la gente «que se ha abierto camino». Hace poco vino una de este género, con un infarto reciente. Gracias a lo que ha robado su marido, se ha construido una enorme casa de piedra al lado del hospital. En mí ve a un igual, o casi, y por eso llega quejándose de que ha sentido sacudidas en el coche, «aunque el coche es bueno, un Volvo», y continúa: «Ahora tengo que mandar al nieto a Chipre, a casa de mi hija. Y le diré que Chipre ya no es lo que era: demasiados maricas». Y así todo el tiempo. Por cierto, el ambiente en el hospital es en general asexual, a diferencia de otras clínicas moscovitas, donde el sexo se respira.

Y una más: aquí no se atiende bien a la gente mayor.

Tiene setenta años, ¿qué quiere? Pues lo mismo que le ofrecería a una persona de veinticinco años. Me acordé de una anciana temblorosa en una tienda. Entre gimoteos, la pobre escogía trocitos de queso, de mantequilla, de embutido, «con cuidado», como se suele decir, o lo que es lo mismo: los más baratos. Tras la anciana crecía una cola, y la vendedora, una joven mujerona, comentó con el corazón en la mano: «Yo seguro que no llego a esto». La viejita de pronto levantó la cabeza y pronunció con voz firme: «Llegará. Y muy pronto». En Esparta a los impedidos los trataban de manera más racional (y expeditiva). Y ¿qué ha quedado de Esparta, salvo alguna que otra anécdota? Uno tiene la impresión de que economizamos recursos o esfuerzos para dedicarlos a los jóvenes y no es cierto. A un viejo se lo intenta curar, si se trata de alguien «socialmente relevante» (el padre del jefe de la red eléctrica, la madre del subdirector de la Administración).

Las viejecitas son, por lo general, las pacientes más interesantes. No hace mucho, a media noche, le instalé a una de ellas un estimulador cardíaco temporal y al final, cuando todo salió bien, le di un apretón de manos a mi ayudante, y entonces la abuelita, poco antes casi agónica, alargó la mano: «¿Y a mí?». Y apretó con fuerza la mía.

La eterna letanía: «Maxim Alexándrovich, para usted es fácil decirlo». Que en realidad significa: tiene usted suerte, Maxim Alexándrovich, a usted no le cuesta hacer esto o aquello.

El papel de la Iglesia en la vida de los pacientes y del hospital es mínimo. Ni tan siquiera se ven signos externos de devoción, como iconos en las mesillas. Y no obstante, todos están bautizados, todos llevan cruces al cuello, incluida una persona terrible llamada Ulrich. Ulrich fusiló personalmente a sesenta y ocho personas (a nacionalistas en Ucrania, a bandidos después de la amnistía de 1953, tras la muerte de Stalin, y a otros, como él mismo dijo, «por poca cosa»); chofer, veterinario, curandero y colaborador «voluntario» de los servicios de seguridad (seguramente miente). Lleva un arma reglamentaria, una pistola Stechkin

(de nuevo, si no es mentira). Sus golpes son demoledores, de media tonelada, dice. No hace mucho le destrozó a su hijo mayor todos los incisivos. Tiene que haber orden. El orden es imprescindible y al que no lo respete lo pararemos de un puñetazo o, si hace falta, de un balazo. Una pensión pequeña. ¿Cómo es que los del Servicio General de Seguridad no le ayudan? No, lo mío fue voluntario. Da miedo hablar con Ulrich: no vaya a ser que saque su Stechkin. Y su locura (su exmujer se dedica a la magia negra, tiene un despacho en Moscú, echa el mal de ojo y otras prácticas del estilo: el karma, aparatos respiratorios, imanes, etcétera) es la consecuencia de hacer el mal y no al revés. Pero pacientes de este tipo son raros. Se trata por lo general de personas pacíficas.

El idiotismo del poder (el local o el moscovita) ni se discute siquiera, solo se habla de las maneras de burlarlo. Y por esta razón se producen historias que, para narrarlas, se necesita el genio de Petrushévskaya.[*] He aquí una de ellas: existe una norma según la cual las extremidades amputadas no se pueden destruir (incinerar, por ejemplo), sino que han de enterrarse en un cementerio. Los inconscientes ciudadanos que han perdido una pierna no se la llevan a casa y por esta razón no hace mucho en la morgue se habían acumulado siete piernas cortadas. Tuvimos que esperar al sepelio de un indigente (enterrado a cuenta del Estado y sin testigos) para colocarlas todas en su tumba.

¿Qué veo de bueno en todo esto? La libertad de ayudar a muchas personas. Hasta en el caso de que la ayuda no sea bien recibida: ofrecerla como posibilidad. La ausencia de obstáculos por parte de los médicos y de la Administración. ¿Que necesitas ingresar en una unidad de cuidados intensivos? Adelante. ¿Que quieres traer de fuera las medicinas y repartirlas? Ningún problema. ¿Que quieres ingresar a un paciente para que su madre alcohólica lo deje en paz? Hazlo. También ayuda la falta de tradiciones. A diferencia de otras ciudades de provincias, N. no vive de sus tradiciones.

Tampoco parece haber xenofobia; aunque hace unos

días se tuvo que arrancar de la puerta de una tienda un folleto impreso que decía «Mantengamos N. como una ciudad blanca». Aunque, según mis observaciones, todos los que quieren hacer algo por el hospital son gente de fuera. Es este un lugar muy tolerante, incluso por desgracia hacia cosas del todo intolerables, como el tráfico de heroína, y nada es objeto de condena. Está claro que los moscovitas son unos chorizos, y qué más da.

Se respetan los libros, el saber, las experiencias vitales en el ancho mundo, y no hay muestras de envidia. No importa si un paciente se niega a que lo operen del corazón. ¿A quién le apetece? Además, están las grandes eminencias del lugar, que nos recomendarán que no hagamos nada. Cada uno de esos casos se percibe como un fracaso médico, como una acción estéril, un fiasco. Por eso hay que colgar los diplomas en las paredes, y, lo más importante, esforzarse, preocuparse, conversar con el paciente y, en general, ir al encuentro de la persona.

En la gente que parece no tener remedio, complace comprobar si no un ansia, al menos una buena disposición a actuar. Y otra cosa: la sensación de continuidad con los sucesos (todos van a parar al mismo hospital): se llega a conocer la evolución de cualquier historia, lo cual te añade más responsabilidad.

Está la alegría del encuentro: hace poco traté a Alexandra Ivánovna, una mujer delgadita y alegre de noventa años (su padre, sacerdote, murió en un campo de trabajo, la madre murió de hambre, no pudo estudiar, fue educadora en un jardín de infancia). No he encontrado a nadie más próximo a la santidad. Como ocurre con los genios, estas cosas se perciben, pero es imposible transmitirlas. Le digo: tiene usted una enfermedad grave (infarto de miocardio), tendrá que quedarse en el hospital. Y ella me contesta, alegre: ¿la gripe aviar?

Hace unos días recibí desde el más allá un saludo de mi bisabuelo, que falleció justo después de que yo naciera: me fijé en el nombre, hermoso y extraño, de una paciente: Ruth. «Ruth la extranjera», como en la Biblia, le dije, y ella

respondió: «Solo un médico se fijó en mi nombre y le gusté mucho por él. Hasta estuve en su casa». Este médico era mi bisabuelo. Después de su encierro en los campos de trabajo, vivió en el kilómetro 101[*] hasta su muerte, en la ciudad de N. Ahora ya no te mandan desterrado al kilómetro 101; ahora, para instalarte aquí, conviene que te las arregles tú mismo.

También es agradable, claro, la sensación de vivir en tu ciudad, que la gente te salude por la calle. Como se suele decir, feliz el mozo hogaño en el rebaño. Más vale así; mejor esto que ser oveja entre ovejas. Y más aún cuando en cualquier momento puede llegar un joven colega, y después otros más.

De lo dicho queda claro que me siento feliz de trabajar en la ciudad de N.

Abril de 2006

2

Ha pasado un año más de mi vida en provincias. Muchas cosas han cambiado, en gran medida gracias al joven que he citado más arriba, mi joven colega y amigo. Entre los dos nos las arreglamos tan bien que hasta se diría que casi faltan pacientes. En el hospital la mortalidad se ha reducido a la mitad. Cada vez hay más oportunidades de ayudar, nadie coarta nuestra libertad; no nos podemos quejar. Un oligarca anónimo nos ha regalado un espléndido aparato. El trabajo cada vez es más profesional, más cercano al ideal médico, aunque aún muy alejado de este. Desaparece el sentimentalismo (cuando te imponen el papel de benefactor y en general de buena persona). Si todo esto no se hubiera producido me habría visto en la obligación de ver la ciudad de N. como un favor de la entropía, como el último refugio del doctor Zhivago: no todo el que abandona Moscú es un Kutúzov.[*] Por otro lado, la alegría primera del encuentro (con la gente, con la ciudad) había pasado, ya no me llegaban saludos del bisabuelo desde el más allá, la mirada sobre el entorno se tornó más sobria y, por lo mismo, más sombría. Para intentar ampliar mi actividad a las zonas vecinas de N. me vi obligado a citarme con las autoridades

locales, regionales y moscovitas. Y eso era algo que, como decía un colega, «no es un plus». A diferencia del mal, que siempre engendra un ciclo de retroalimentación positivo (miedo, falta de aire, un terror aún mayor y así sucesivamente), la actividad racional viene acompañada de dificultades crecientes.

La medicina

La ayuda médica en Rusia es, como antes, muy accesible, pero no muy efectiva. «Me creerá —dijo un doctor en voz ni muy alta ni muy baja (como escribe Gógol en «La nariz»)— si le digo que yo no curo pensando en mi provecho… Está claro que habría podido pegar su nariz, pero eso sería muchísimo peor. Déjese llevar, mejor, por la acción de la naturaleza. Lávese con mayor asiduidad con agua fría y le aseguro que usted, no teniendo nariz, estará tan sano como si la tuviera.» Pues así, más o menos, se sigue curando hoy. En cinco años, en Rusia cambian muchas cosas, pero en doscientos, nada. Los médicos y los pacientes, como antes, se asemejan perfectamente los unos a los otros. Y de pronto aparecemos nosotros y allá vamos: uno toma warfarina sin hacerse los análisis de control, solo cuando se encuentra mal, y tiene una hemorragia grave; otro, después de recibir una prótesis de válvula, deja de tomar warfarina y se le produce una tromboembolia de la arteria femoral (se puede decir que ha tenido suerte). La causa en ambos casos es el alcoholismo y la estupidez masculina. Esto, la mayoría de las veces, se produce del modo siguiente: la inmensa mayoría de los varones, cuando se les pregunta por su estado, responde: «Es que me han mandado, ya ve…, al cardiólogo».

El problema principal de nuestra medicina es la falta de médicos de atención primaria. El paciente escucha (si es que escucha) al último a quien va a parar. En la clínica le han diagnosticado una cosa, en la policlínica, otra, y en el hospital regional, una tercera. Pero en Moscú le dicen que se tiene que operar. ¿A quién hacer caso? ¿A quien te ha gustado más, a quien mejor te ha consolado o a quien más te ha cobrado? ¿O a quien tenga más renombre? ¿Cómo

puede un profesor (un académico, un gran especialista o un médico reputado) decir tonterías? Recuerdo mi horror cuando siendo niño descubrí que los mayores pueden ser idiotas; muchos de mis pacientes no han hecho este descubrimiento y esto explica por qué se pueden encontrar en situaciones embarazosas.

Tampoco el médico comprende en qué situación se encuentra: o bien es alguien que resuelve problemas o bien simplemente expresa una opinión. En teoría, el médico de atención primaria es el médico local, pero en lo fundamental sirve para dispensar recetas o bajas médicas, bebe como el que más y desprecia tanto su trabajo como a sí mismo (Chéjov en sus cuadernos de notas considera al médico local un seminarista mentiroso y un bizantino, lo que resulta bastante críptico). El médico de atención primaria hace mucho que ha perdido la costumbre de tomar decisiones (nunca diga «sí» o «no», ni se decida por el «blanco» o el «negro») y trata a los pacientes de este modo: «¿Le duele el corazón cuando anda deprisa? ¿Y qué prisa tiene?». Por extraño que parezca, la pregunta funciona.

No es que falten centros médicos o medicinas, lo que no hay son líneas de tratamiento, ni hay un sistema único de referencia a las fuentes de conocimiento científico, ni existe un sistema de pruebas médicas, como tampoco se percibe la necesidad de este sistema. Claro que se logra ayudar a algún paciente, pero se diría que son aciertos casuales, cuando lo importante es convertir un arte en un oficio; en esto justamente consiste el progreso. De hecho, ¿qué más da lo que ocurra en el país…? No hace mucho en San Petersburgo a una mujer le hicieron un trasplante de pulmón: ¿de esto podemos deducir que en nuestro país se hacen trasplantes de pulmón? En algunos aspectos, la situación es más desesperada que en África ecuatorial: allí donde no hay nada se puede llevar algo: medicinas, aparatos, médicos, y, quién sabe, a lo mejor estos se aclimatan al lugar y algo ocurre… En nuestro país, en cambio, nuestra intrincada legislación cada vez nos protege con mayor efectividad de los cambios a mejor. Cuánto ha

de vivir una persona, o de luchar contra la enfermedad con todos los medios a su alcance, no es algo que decida el propio paciente, sino las autoridades (por ejemplo, el límite oficial de edad para acceder al equipo de neurocirugía está en los setenta años), y luego todos claman: «¿Qué hace el Estado?». Cuando el Estado es la policía, que no entiende ni papa de medicina. Y solo puede valorar sus necesidades por la cantidad de visitas, por la duración de los ingresos en el hospital, por la cantidad de exploraciones de alto valor científico, etcétera. En cualquier caso, antes de la revolución en la provincia de Tula no había más que un escritor. Ahora son tres mil.

«Por lo demás, ¿qué falta hacemos ahora?», me dice una mujer no demasiado mayor pero que ha dejado de tomar los diuréticos que le receté y está toda hinchada. «Se hace falta a usted misma, a los suyos.» Y sacude la mano en gesto de pesimismo: «En cambio, en la época soviética…».

La falta de personal capaz de ser consistente —del tratamiento a los pacientes, de la conversación, de su formación individual— es algo que se percibe no solo en una ciudad de provincias, sino también en un centro regional y en Moscú. No hace mucho un colega y yo estuvimos en dos hospitales regionales de referencia; uno, más pobre, nos gustó bastante: los médicos trabajan sin descanso, están al día de la literatura médica (desgraciadamente, solo en ruso); el otro no nos gustó nada. Ambos hospitales, por cierto, son *judenfrei*, cosa que no es exclusiva de los centros médicos (el hundimiento de la medicina rusa justamente empezó con el «complot de los médicos» perpetrado en los últimos días de Stalin; la emigración en masa y la llegada de las personas más activas a las empresas farmacéuticas occidentales, todo eso ocurrió más tarde). La doctora Liuba, una hermosa mujer con unas uñas larguísimas («Nosotros somos cardiólogos clínicos», es decir, no sabemos hacer nada), espera que dentro de un año la formen en la ablación de la arritmia mediante cateterismo. El ministro, sin saberlo siquiera, cita a Stalin: «No hay gente imprescindible». Y yo le contesto como

puedo y brevemente: «Para nosotros, sí la hay». Lástima que el ministro no se acuerde de otra cita: «Los mandos lo deciden todo». De igual manera yo nunca conseguiré tocar los valses de *Mefisto* aunque me compre un nuevo Steinway, ni Liuba se las arreglará con las arritmias aunque se corte las uñas. Los de arriba no lo entenderán: entonces se lo enseñaremos; la mandaremos a Moscú, si hace falta, a Europa o a Norteamérica. No funcionará. Como escribió Tiútchev, «sobre el hielo no crecerá el laurel». Nadie en Estados Unidos se pondrá a aprender ruso para luego contarle a Liuba lo de la arritmia (Liuba estudió inglés en la escuela). Luego mi colega y yo viajamos por una carretera helada y desierta, aquello era de una belleza rayana en el dolor, mi colega hablaba de genética, o más exactamente de biología molecular, y yo miraba a los lados y pensaba en mi país: ¿qué desgracias nos esperan? ¿Qué desdichas le esperan a la hermosa mujer borracha que se hallaba ociosa en el cruce? Difícil respuesta: pero algunas le esperan. ¿Puede que recobre la razón, que deje de beber y regrese con sus hijos, o que encuentre a una buena persona?

El dinero

El mayor de los mitos, en cuya realidad creen casi todos, es el del papel decisivo del dinero. El rumor —el motor del pensamiento provinciano— es monótono y aburrido y todo él se centra en el dinero. Sobre mi estancia en la ciudad de N. corren rumores desagradables, todos relacionados con cierta actividad económica (inexistente). En tiempos de la Unión Soviética los rumores habrían sido otros: algún mal negocio en Moscú, el deseo de realizar experimentos con personas, contactos con la policía secreta, o (una acusación más pavorosa) con el extranjero, ansias de gloria, problemas familiares. Ahora esto no le interesa a nadie. Además del amor al dinero, están las ansias de gloria o de poder, pero nos hemos olvidado de estos pecados. El rumor más extendido es que una gente de Moscú ha comprado el hospital y pronto todo será de pago. Por generosa que sea la mano tendida hacia los humanos, estos siempre sospecharán que quiere hurgar en sus bolsillos.

La idea del dinero en la cabeza de la gente, sobre todo en los varones, produce graves daños. Gracias al dinero todo es posible: curarse uno mismo, curar a un niño, a una madre. Por esta razón abunda tanto la desesperación callada. La causa —desconocida— de una muerte es, por ejemplo, esta: murió la madre, no había dinero para curarla. La televisión alienta la desesperación: «Toyota: conduce tus sueños». En cambió tú, piltrafa, no puedes ganarte un sueldo ni, en el peor de los casos, robar (para curar a una madre hasta se puede robar). Los hombres de verdad saben conducir sus sueños. En ellos piensa siempre Tefal, y de sus dientes se ocupa Dirol, «con xilitol y carbamida». (La carbamida, por cierto, también se conoce como «urea», que no es nada especial). El dinero, claro, siempre hace falta, y no llega para muchas cosas, pero el mal mayor no se resuelve con dinero.

Vacío

Olia M. ha ingresado en el hospital por envenenamiento con esencia de vinagre, con quemaduras en el esófago. (En otoño el hospital se convirtió en una filial del hotel Angleterre, donde se suicidó el poeta Esenin: uno se suicidó en el mismo pabellón, otro se arrojó por la ventana, otra intentó ahorcarse en dos ocasiones; todo ocurrió en dos meses.) Con anterioridad Olia intentó cortarse las venas. Tiene veintiocho años, parece que tenga quince, trabaja en un comedor como señora de la limpieza. Creció en el orfanato de Liudínovo, en la región de Kaluga. Vive en un piso de dos habitaciones con un marido alcohólico, un suegro alcohólico y una niña de siete años, una criatura aseada (vino a visitar a su mamá con un lazo en el pelo; antes de la visita había ido a su primer día en la escuela). Se presentó con la abuela, ostensiblemente encariñada con la niña. Intenté hablar con la joven, pero sin mucho éxito. Le dije al marido que le devolviera el pasaporte y lo guardé en la caja fuerte. Esta fue mi única acción sensata. Le propuse que se mudara (sin saber adónde, algo se me habría ocurrido), pero no quiere. Se aburre en la cama, no lee nada, aunque dice que sabe leer. Le regalé los

Evangelios; me devolvió el libro (leyó seguramente la primera palabra: «Genealogía» y lo dejó). Le organicé una charla con el padre K., un sacerdote magnífico, vino a visitarse conmigo desde Moscú: todo fue inútil, solo hablaba él, y ella ni siquiera lloró. Le conseguimos algunas cosas y luego apareció de no se sabe dónde otro hombre; dice que se va a vivir con él, estaba contenta cuando le dieron el alta.

Al cabo de dos meses regresa, está borracha (dice que solo había bebido cerveza; no me lo parece). Se había hecho un corte profundo en el abdomen; se lo cosimos. Ya tiene peor aspecto. Gime de dolor: «Joder, esta tos». Por su aspecto se diría que es la víctima, pero en adelante podría cometer casi cualquier atrocidad; por ejemplo, acuchillar al marido o a la niña o a mí. Lo más simple es determinar que Olia es una enferma mental (aunque no tiene ni pesadillas ni alucinaciones; y en psiquiatría la cuestión de qué es la mente resulta inapropiada). Pero ¿acaso explicaría algo? Miras a Olia y está claro que el mal no es algo inherente a la persona, sino que penetra, ingresa en ella, llenando el vacío, los espacios intercelulares. El mal y el bien son de naturaleza distinta, pero justamente el vacío tiene cierta afinidad con el mal. (No hace mucho la historia de Olia tuvo un nuevo capítulo. Su marido borracho llegó al hospital. Herido con un corte profundo en el vientre que le afectó al intestino delgado y a la arteria ilíaca. Dijo que se le resbaló el mango de la picadora de carne, que se golpeó con la mesa en la que había un cuchillo y…).

Hay casos menos graves. En la ciudad de N. tratan mucho mejor que en Moscú a los indigentes y en particular a los sintecho. No hace mucho, un día de frío infernal, la ambulancia salió a recoger un «cadáver criminal». «Parece que a Sasha Térejov le han dado el finiquito», así se expresó la enfermera. Mientras viajamos al lugar, el «cadáver viviente» se metió en un taxi y se presentó en el hospital simulando una insuficiencia respiratoria. Lo hospitalizaron en una «cama social» y por la mañana desapareció. Otro de los sintecho, un alemán rusificado con una insuficiencia

aórtica desde hace mucho: no hay donde mandarlo si se le da el alta. Ha pasado de parecer un indigente a verse como un hombre de aspecto decente, con una barbita, un bastón, y ha dejado de beber. Entretanto, ingresó en el hospital su exmujer y él nos pidió que la dejáramos más tiempo, y venían a verla sus hijitos (de ambos). Le dieron setenta rublos para una carta. Iba a escribir a Alemania; al fin y al cabo era alemán y sabía adónde escribir. En algunos hospitales moscovitas se ha extendido esta práctica: al cabo de tres días de hospitalización, meten a los indigentes en un autobús y los mandan lejos del centro; hay empleados que se encargan de esta tarea.

No faltan historias divertidas, aunque tampoco hacen mucha gracia, porque se repiten. Hace unos días una paciente me trajo un bote de tres litros de pepinillos en salmuera. Buenísimos los pepinillos, me dice, y yo se lo agradezco. Cuando de pronto: «Maxim Alexándrovich, ¿cómo quedamos para que me devuelva el bote?».

Maldad activa, premeditada, no la veo en absoluto, solo siento el vacío. En el lavabo del hospital aparece un trozo de crucigrama (tanto los pacientes como los empleados resuelven los crucigramas de los periódicos que se usan como papel de váter): «Pobre gente, palabra de seis letras». Escrito con letra de mujer aparece «pueblo» (según los autores del crucigrama, la respuesta correcta tenía que ser «purria»). Siempre he tratado de evitar la palabra «pueblo», incluso antes de trasladarme a N. Pero por muchas razones me equivocaba, y mucho (Brodsky sobre Solzhenitsyn: «Él creía que trataba con el comunismo, cuando en realidad trataba con el pueblo.»). No podemos tratar a los que llamamos «pueblo» como si fueran niños pequeños: en su gran mayoría se trata de gente madura y responsable. En cualquier caso, no hay sensación alguna de pérdida, de posibilidades no realizadas, cuando entras en contacto estrecho con ellos. Es cierto que están dispuestos a vivir cincuenta o sesenta años y no los que se vive en Occidente. Como escribe Chéjov en «La nueva dacha», realmente «ni hubo ni hace falta» ningún puente. Y es cierto

que antes que a Beethoven prefieren cualquier música pop del montón: a un concierto benéfico que organizamos vinieron casi exclusivamente los veraneantes. (A propósito, el odio hacia la música clásica —a pesar de los éxitos que hemos alcanzado en este ámbito— es un fenómeno inexplicable. A un amigo mío músico que fue a parar a una clínica psiquiátrica le prohibieron tener un reproductor portátil para que no escuchara música clásica, que ya de por sí se considera algo esquizofrénico. Al resto de los pacientes les dejaban tener radios porque escuchaban música «normal», es decir: «chunda-chunda».) El relato más relevante de Chéjov hoy en día es «La nueva dacha» y no «En el barranco». La gente, cuando puede elegir entre miembros de su grupo social, elige a mediocres, a mujiks estúpidos como los Lychkov.[*]

Los jefes (aquellos a quienes no se les puede decir que no)

Antes, un simple ciudadano soviético y el secretario de un comité regional cualquiera eran personas muy diferentes. Esta diferencia subsiste hasta hoy. Lychkov, que se zampó a todo el que le molestaba, por lo demás representante elegido de manera legal, es muy estúpido si lo medimos según los baremos de un intelectual (¿y qué otro baremo existe?), pero hay algo a lo que es muy sensible. Hablo con él, pero en mis ojos se puede leer: «Necesito tanto tu firma que hasta estoy dispuesto a tomar unos tragos contigo». No está en contra de tomarse unos tragos, pero no en estas condiciones.

Con los jefes he vivido muchas historias; ninguna resultó agradable y dos me asombraron. La primera: le pedí a una gran empresa occidental que nos enviara un tomógrafo (unos mecenas me prometieron costearlo), pero por su precio real, por medio millón de dólares, y no por un millón, es decir, sin la mordida. Me estuvieron intentando persuadir largo tiempo: con la diferencia podrá usted comprar más aparatos (por los que también me pedirán, por supuesto, un soborno, y así sucesivamente hasta las fundas de cojines y las agujas quirúrgicas). Por esta razón surgió en

ruso un verbo muy gráfico: «sobrepagar», es decir, impregnarlo todo de dinero. Luego descubrí que sin la mordida no había nada que hacer: porque los jefes se enfrentarían a una situación equívoca (ya que otros hospitales habían comprado estos mismos tomógrafos por un millón de dólares). Es decir, por un lado no puedes saltarte un semáforo en rojo y por otro resulta que ese es el único camino para alcanzar tu objetivo.

La segunda historia ocurrió cuando me dirigí a unos médicos influyentes, conocidos míos, para que me defendieran de mis superiores. «Ningún problema. Dinos a quién tenemos que llamar y lo arreglamos.» Les pregunté de qué modo pensaban arreglarlo. «En general los amenazamos con algún castigo físico» (con la ayuda de algunos criminales que antes habían sido sus pacientes). Di enseguida marcha atrás en mi solicitud de ayuda y me puse a hablar de otras cosas: de infartos, embolias y otras lindezas médicas.

Todo ello me entristeció mucho, pero luego empecé a mirar las cosas de otro modo. La dificultad no estriba en que «en este país no se puede hacer nada» (porque resulta que, por ejemplo, sí se pudo hacer una revolución), sino en que mi lenguaje les resultaba tan incomprensible como el suyo a mí. En un manual de psiquiatría aparece este ejemplo: «Paciente, dígame, ¿qué significa "No te metas donde no te llaman"?». «Pero si yo no me meto donde no me llaman.» Pues lo mismo nos ocurre con los jefes. «Pero ¿no es usted un hombre de Estado?», le pregunto a un jefazo. A lo que este me contesta: «El Estado es un concepto relativo».

Y aquí se te presentan dos caminos. El primero consiste en aprender la nueva lengua, lo cual resulta complicado y no te apetece, y además se parece tanto a la tuya que luego puedes confundirlo todo. Aquí no se trata solo de decir: «ahora lo llamo», «no cuelgue, por favor», «esto sale caro», «se le demandará», «ejecución de proyectos nacionales», «financiación insuficiente», «condenado al éxito»; la cuestión está en aprender el sistema de conceptos y técnicas

de argumentación. Por lo que parece, lo que yo diga no se corresponde en absoluto con lo que oigo como respuesta. Y a los superiores, creo yo, les ocurre lo mismo. La segunda vía es apretar todas las teclas a la vez, como hacemos con un programa informático que no dominamos, y esto es algo que a veces funciona. Lo probaremos, pues.

Marzo de 2007

Es pecado quejarse

«Trabajo y amor, nunca hay demasiado», dijo una vez el padre Iliá Shmain, un sacerdote que también vivió (y ofició) en nuestra ciudad. «Y bien, probemos: un torpe, enorme / y chirriante giro de timón…»[*]

Ha pasado medio año más, muchas cosas parecen haber cambiado, y a mejor, pero a veces la desesperación te engulle con la misma fuerza de antes: si al menos se tratara de la creación de nuevos órganos, de un corazón artificial o de alguna otra revolución médica; pero lo que te rodea son las cosas más ordinarias, que cuestan un esfuerzo horroroso y se diría que ocurren de manera casual.

O, Lord, deliver me from the man of excellent intention and impure heart, «Oh, Señor, líbrame del hombre de buenos propósitos y corazón impuro», pronunciarían nuestros enemigos si hubieran leído a T. S. Eliot. Lo comprendo: están hartos de escuchar a charlatanes de manos y pensamientos sucios. El creador resulta sospechoso, más comprensible resulta el observador de corazón sensible.

Y, sin embargo, la ilusión se hizo realidad. Con ella, solo con la ilusión, recibimos los aparatos y las medicinas, así como el resto de lo que necesitábamos para trabajar. La amistad —un fenómeno propio de la *intelligentsia* (y, solo en este sentido, ruso)— funcionó y ahora tenemos casi de todo lo necesario para arreglárnoslas. De modo que probemos.

Para abrirse camino a la vida, no a una existencia abstractamente popular, sino a la propia, hace falta espacio; en Moscú te falta. «He entregado esta ciudad», me decía un conocido pintor. En Moscú nada tiene proporciones humanas, y no como si fuera una gran catedral, sino todo lo contrario. Vivir en provincias, si tienes algo que hacer, es mucho mejor. Dos minutos para llegar al trabajo y si te das prisa, uno y medio. En las noches de invierno y de luna llena se ve el paisaje a muchos kilómetros a la redonda y además, las estaciones del año en la franja media de Rusia son muchas más que cuatro. Lo que envenena el día a día del hombre de provincias es la falta de elección. La vista

tras la ventana permanecerá inamovible hasta el final de tus días: sabes en qué parte del cementerio te van enterrar y «donde sin remedio yacerás», en palabras de Alexandr Blok. Como no has probado la vida en la gran ciudad, no hay modo de hallar consuelo en esta constancia. Al menos está bien que hayan desaparecido los cortejos fúnebres que tanto te asustaban en tu niñez, los féretros con la tapa abierta que llevaban a través de la ciudad y los músicos soplando con notas desafinadas la marcha fúnebre de Chopin.

Mudarse de las provincias a Moscú es algo, se diría, natural, correcto, y ocurre masivamente: en nuestra ciudad casi no hay gente de entre veinte y cuarenta años, salvo los que hacen cola delante de los quioscos de cerveza en plena calle. Por el contrario, mudarse de Moscú a las provincias es un acto individual que nos cuesta reproducir: en esto consiste el problema: miramos el tema con los ojos de un occidental, para el cual permanecer en los márgenes es ser casi siempre un fracasado.

Contemplar Moscú desde fuera te hace percibir todo pequeño detalle: a medida que uno se acerca a la ciudad, la distancia a la que los hombres se apartan para aliviarse en la carretera se hace cada vez menor (y no estamos hablando de «aquel que orine contra el muro» del Antiguo Testamento); ¿de qué avergonzarse?, nadie conoce a nadie, todos son extraños. De lejos, Moscú parece un gigantesco pólipo (¡cómo se construye la bella Moscú!), con algunas malformaciones malignas en ciertas áreas. Y si la miras de cerca, encuentras, no obstante, a gente dispuesta a entregar su tiempo, su dinero y energía para convertir nuestro hospital en un centro tal como lo habíamos imaginado.

Apretar todos los botones a la vez ha sido un error: nuestra existencia callada y tranquila, de golpe, se ha derrumbado, y la pureza y la piedad bíblicas han desaparecido. Todo empezó con una conversación con un periodista: «En Rusia las cosas están mejor de lo que parece», me dijo. Ajá, *good to know*. Y el periodista me sonríe, pues ambos somos de la llamada *élite*. Ahora nos apoyará el Estado. Y entonces

empezaron a «visitarnos» funcionarios con revisiones no solicitadas (porque ¿cómo puede si no el Estado recordarte su existencia en tiempos de paz?) y así mostrarse en todo su esplendor.

Los de arriba han decidido por alguna razón que si algo falta en el centro regional tampoco debe estar disponible aquí (el ministro me dice: «Te trasladaré al centro regional»). Los jefecillos, hay que decirlo, tienen muy mal aspecto y físicamente son bien feos. ¿Qué han hecho estos muchachos de niños, han torturado animales, han sido sargentos en la mili? Este «pináculo de la evolución» es un tipo biológico particular, indiferente por completo a todo lo que tenga que ver con la vida. Las palabras, la mirada, el apretón de manos: todo carece de sentido. Los funcionarios, sobre todo los de la categoría inferior, suponen que no hay mayor felicidad que ocupar su cargo. En este mundo inventado, esquizofrénico, se habla de cosas inexistentes, pero que gracias a sus conversaciones adquieren una semiexistencia demoníaca. Lo único bueno de esta situación es que ha desaparecido la maldita ideología (sobre un monumento de Lenin aparece escrito con carbón: «Misha, es Lenin» y nadie lo borra) y que no quieren controlar mi manera de pensar.

Un jefe importante (ahora ya exjefe; los cambian a menudo) al que le gusta hablar. Habla de sí mismo en tercera persona («Tal persona lo informa de que…») como si, para él, ser jefe fuera algo consustancial. Aunque, como escribe Blok: «Y muero, príncipe, en mi tierra…»; a un príncipe se lo puede asesinar, pero no destituir. A diferencia de la retórica de los tiempos soviéticos (la gesta de un simple trabajador, etcétera), ahora nuestro jefe habla del «pueblo» con repugnancia o con un desprecio indulgente: «Llegó al hospital una abuela…». Hijo mío, pero ¿cómo va a ser tu abuela? En la región vecina, a la médico jefe le aplicaron una condena condicional y la destituyeron. Había una viejecita loca que no paraba de ir al hospital e incordiar a todas horas, hasta el aburrimiento. La médico jefe le pidió al jefe de la policía que hiciera algo, pensando

que la viejecita no era nadie, como ahora llaman a la gente sin contactos. Los policías se llevaron a la abuela al bosque y allí unos perros salvajes la destrozaron. A los policías les echaron de seis a ocho años.

Hay, no obstante, una fuerza a la que los jefes están dispuestos a tomar en serio: los criminales. Escribir sobre ellos da miedo y asco. «Los criminales también son personas.» «Los criminales tienen sus leyes.» Un tumor cancerígeno también tiene las suyas: leyes de crecimiento y de metástasis, y también está formado de células vivas. Pero al matar a su huésped, muere con él. Según afirman los teólogos, en eso consiste la triste intención del diablo: exterminar el mundo y a sí mismo.

Hasta ahora he conseguido no tratar directamente con ellos: la violencia en nuestra ciudad tiene un carácter asistemático: «El ciudadano A, nacido tal año y natural de la ciudad B, se presentó en el domicilio del ciudadano C, natural de la ciudad D, y, al encontrarse con el ciudadano E, le propinó dos navajazos en la caja torácica», así es como lo ven los inspectores. Pero dar con un criminal es tan sencillo como pasar de una página decente de internet a una indecente, necesitarás uno o dos clics. Contar con la colaboración de delincuentes para resolver cualquier problema es la principal tentación de nuestro tiempo. Antes este papel lo desempeñaban los servicios secretos, un medio tan universal como omnipresente. Recurrir a su protección se consideraba algo inaceptable para las personas decentes. Con los criminales se da una circunstancia distinta; y he aquí a una amable dama entrada en años que me recomienda que recurra a un tipo rico para conseguir fondos: «Ya no es un delincuente, aunque puede que lo fuera…». Además, ha regalado las cortinas a la biblioteca y una celebridad local recitó unos versitos en el día de su aniversario. Y la actitud de la celebridad no es la del personaje de *La hija del capitán*: «Escupe, pero bésale... la manita», sino de sincero aprecio hacia un hombre de acción. ¿Qué quiere decir que ya no es un delincuente? ¿Ha recorrido un largo camino espiritual, se ha arrepentido, ha

cumplido su condena? ¿O simplemente es que ya no necesita matar? «Sí, pero sus hijos estudian en Oxford…» Los hijos…, realmente un tema delicado. ¿Y qué decir entonces de la frase bíblica de «Castigaré a los hijos por el pecado de los padres, e incluso a los nietos y bisnietos…»? Mucho durarán las reservas del mal; en cambio, algunos intelectuales se dejan llevar demasiado fácilmente por el encanto del poder.

En el hospital hemos tratado en varias ocasiones a los llamados «hermanitos», de ojos muertos. A uno le pregunto con cara de ingenuo: «¿De dónde has sacado los tatuajes? ¿Qué significan?». «¿Para qué lo quieres saber, doctor?» Entonces ¿por qué se los hacen? Es una especie de etiqueta (como en la marina), y en su presencia, a nosotros nos toca inclinar nuestras cabezas en reverente silencio. Cómplices de misterios repugnantes. Una vez en un avión un psiquiatra (que pasó cuatro años en prisión) me dio muchos detalles al respecto: cómo comportarse hoy en la cárcel o en un campo de trabajo, y sobrevivir. El relato resultó, sobre todo, aburrido.

Por suerte, el contenido de nuestra vida provinciana es completamente distinto. Muchos momentos únicos, emotivos. Te diriges por la mañana al trabajo, justo empieza a amanecer y adelantas a un niño pequeñito, pequeñito, con una cartera enorme, que avanza en dirección a la escuela. Como el Fillipok de Lev Tolstói; un personaje que no te encontrarás en ninguna otra parte.

O, por ejemplo, un día feliz: has conseguido hacer algo nuevo (nuevo para ti, claro) que te ha salido bien, y luego, otra vez, y de pronto te encuentras más tarde en el centro de ciertas coincidencias y todos te necesitan, como a Yevgraf Zhivago, el personaje de Pasternak. O cuando un enfermo (sobre todo si no está muy enfermo) te cuenta algo tan divertido que ya estás pensando en cómo se lo contarás a un amigo o que lo tienes que apuntar, y te apresuras a hacerlo.

Mientras recojo la historia clínica de un director de éxito pero, en mi opinión, carente de talento, le pregunto:

«¿Fuma usted?», él me responde con gesto condescendiente: «No, pero usted fume, por favor».

Te resulta agradable alcanzar cierto grado de maestría, hacer algo no peor que en Occidente. En eso consiste nuestra profesión: en el buen hacer médico. Aunque, por cierto, el médico de Gógol se comporta como un verdadero doctor: miente diciéndole a Kovaliov que puede pegarle la nariz (porque entonces se mentía sin parar, por eso Chéjov llama a los médicos «bizantinos»), y luego le aconseja: «Lávese más con agua fría…». Así curaban entonces: la hidroterapia era un método avanzado. Ahora, comportarse como un médico significa hacer las cosas como en los manuales médicos occidentales: estos protegen al paciente de las genialidades del doctor. No somos ni curanderos ni salvavidas.

«Muchachos, ¿ustedes son médicos por herencia o por vocación?», pregunta una paciente inquieta. «Lo somos por profesión.»

Por cierto, los especialistas afirman que en el relato Gógol no se refiere a la nariz, sino a otra parte del cuerpo. Creo que no tienen razón, pues después de conocer a los funcionarios rusos, ahora estoy seguro de la literalidad de lo que Gógol escribió sobre ellos.

Un sinnúmero de personas, de encuentros, cada uno representa, así, su propia Rusia.

Por ejemplo, un programador de treinta años de un pueblo vecino: una persona pulcra, habla correctamente, recuerda cuándo y qué le pasó, con qué lo trataron; un firme apretón de manos. Me dice que quiere leer sobre su enfermedad: él ya se aclarará. Una impresión muy agradable: se ve que necesita lo mismo que nosotros: libertad y orden.

Hay, claro está, disgustos, pero en cierto sentido te consuelan por su autenticidad. Murió Alexandr Pávlovich: un hombre fuerte y listo de setenta años. No hubo manera de convencerlo para que le cambiara una válvula de la aorta. O mejor dicho, lo convencí, pero tarde. Ni mis intentos de asustarlo, ni las palabras afectuosas, nada hizo

efecto. Cuando se encontraba conmigo en la calle me guiñaba un ojo, como quien dice: «Doctor, me ha espantado usted sin razón, ya ve: ¡sigo vivo!». Luego, cuando ya se encontró mal de verdad, viajó a China (medicina china), y solo después de sufrir un edema pulmonar aceptó ser operado. Su hija, que vivía en Magadán, me cubrió, desesperada, de improperios (¿y quién lo va a cuidar?, ¿y qué garantías me puede dar usted en el caso de que aceptemos?). El caso acabó en nada.

Un enfermo muy grave, un coronel retirado que vive en una aldea. Tiene un infarto de miocardio agudo; trata a los médicos con justa actitud sospechosa, pero se deja convencer. Lo examinamos mi colega y yo, e intercambiamos breves réplicas en inglés, con la estúpida esperanza de que el paciente no nos entienda. Luego, cuando extraemos la sonda, de pronto el coronel suelta algo parecido a *How did you manage to get such a piece of equipment?*, «¿cómo habéis conseguido semejante equipo?».

Una vez nos trajeron a un norteamericano de verdad (vivía desde hace años en nuestra ciudad, casado con una del lugar). Lo trajeron inconsciente, había bebido anticongelante. La gente no bebe anticongelante por placer, sino para acabar con su vida. A juzgar por los tatuajes, era un muchacho cualquiera y, para más señas, trotskista. Como luego comprobamos, no hablaba ruso. ¿Por qué se quiso suicidar? ¿Se había equivocado de siglo? No conseguimos averiguarlo. Lo tratamos con alcohol etílico y lo mandamos a hemodiálisis. Otra Rusia más: al parecer en Moscú viven setenta mil norteamericanos.

Vino a visitarse un joven moscovita adinerado. Perfectamente sano. «¿A qué se dedica?» «Al *business*» (es decir, a hacer negocios). Preguntarle por más detalles resultaba incómodo.

Hay en nuestra ciudad gente muy rica, gente que también de pronto enferma. Con uno nos pusimos a conversar (se comprobó que no era un infarto). Tiene miedo de morirse, y no se trata de ese miedo adrenalínico que te despierta por la noche y no te deja respirar, sino de un

temor del todo racional: no podrá llevarse consigo, como es seguro, sus juguetes más queridos. Gente así, me parece, es la que congela su cuerpo tras la muerte: el colmo de su falta de tacto con el Creador: ya me ocupo yo de todo. La cosa me hizo mucha gracia y en lugar de la pregunta de «En qué le puedo ayudar» casi estuve a punto de pronunciar la frase de Diógenes «No me tapes el sol», pero le pedí un «aparatito» más para el hospital. Un crío gordo y avaricioso con unas bonitas gafas; a tipos así cuesta sacarles hasta una gominola o que te dejen su bicicleta. «No dar de comer pescado, sino enseñar a pescar», ¿es esto cristiano? ¿Qué hacía el Salvador, enseñaba a pescar o daba de comer pescado?

Por el contrario, hay gente que todos consideran de trigésima segunda categoría: los trabajadores tayikos. Nos olvidamos de que en su día vivimos en el mismo país, a ellos y a nosotros nos enseñaron lo mismo en el colegio. Tratas de recordar que es parte del precio que pagamos por las comodidades de nuestra vida, pero no terminas de creerlo: ellos, los tayikos, son distintos, no son de los nuestros.

Una vecina cuida su ganado y se interesa por lo que pasa en el mundo a su manera. Riega su huerto y comenta: «Qué bueno sería conseguir una manguera de esas que se usan en Europa para disolver manifestaciones». Sobre el golpe de agosto del 91 se le ocurrió decir: «Ya ve qué cosas pasan en nuestro país, y nuestro pobre presidente, Mijaíl Serguéyevich, enfermo». Todos le dan pena: tanto el presidente como cualquier enfermo, un ternero o el cerdo que llevará a vender. «Mi pobre cerdito —entona la vecina. Pero al momento suelta—: ¿no le apetecen unos buenos filetes?»

La vecina recuerda algo de la guerra. Pero ya nadie se acuerda del terror de los años treinta. No hace mucho me enteré (indirectamente) de cómo exterminaron en esta ciudad el trotskismo. A la presidenta de un koljós —una mujer con una biografía interesante y con la reputación de ser una bruja— le mandaron la orden de descubrir a cinco

trotskistas. (Según la leyenda local, la presidenta se distinguía por su rara belleza. Durante la primera guerra mundial, su novio aviador —de la élite de entonces y no en el sentido actual— la abandonó y se fue con su hermana. Para borrar del mapa a su hermana, ponía velas en la iglesia y dejaba notas como si se tratara de un difunto: una vieja y popular práctica. El embrujo funcionó y la hermana murió, pero la presidenta no consiguió recuperar al novio.) Tras dejarse aconsejar por las mujeres de la comunidad, la presidenta escogió los apellidos de los cinco miembros del partido bolchevique: los cinco que había. A los elegidos se los llevaron a la ciudad vecina y allí los fusilaron. Cuando llegó la orden de mandar a otros cinco, las mujeres dieron los nombres de los borrachos, los gandules y los inútiles. A estos también los fusilaron. Cuando le ordenaron que enviara a otros cinco trotskistas, la presidenta dijo que en la ciudad ya no quedaban trotskistas. Y le contestaron que si no elegía a cinco, se llevarían a quince. La mujer rellenó unos papelitos con los apellidos de todos los hombres del koljós (doscientas personas) y sacó cinco de ellos. Se llevaron a los elegidos al azar y entonces dejaron de luchar contra el trotskismo.

(He aquí el retrato de las víctimas de nuestro terror soviético: un tercio, comunistas; otro tercio, gente inútil para el trabajo, entre ellos, poetas como Mandelshtam, y otro tercio, personas elegidas al azar.)

El barrendero de nuestro hospital barre la entrada con una escoba hecha de ramas de abedul. A su lado nos encontramos nosotros y unos amigos llegados de Moscú en varios automóviles. El hombre se esfuerza por barrer de modo que el polvo vuele en nuestra dirección; nosotros nos apartamos y él sigue acercándose a nosotros y, mientras rezonga, contrariado, blasfemando, continúa barriendo. El primero en perder los nervios es el propio barrendero: está borracho.

«A ver, dime tú, que eres el jefe. —Lo dice porque llevo una bata blanca—: ¿Tú después de la guerra has comido pan de serrín?» Esto era todo lo que nos quería transmitir:

los sufrimientos soportados, auténticos, tan auténticos como su alcoholismo.

Y el tipo más comprensible y seguramente más agradable de paciente son los intelectuales. Es cierto que la conversación con uno de ellos ocupa dos o tres veces más tiempo que con el resto y, claro, a la pregunta: «¿En qué trabaja?», te contestará que es miembro de seis asociaciones de creadores, y si le preguntas cuándo ha empezado a respirar con dificultad, oirás que te dice que «A principios de los ochenta, invitado por la Unión de Compositores de Armenia, cuando viajé a la Casa de Creación de Dilizhán». ¿Y? Yo también he estado en Dilizhán y me acuerdo de su película con la *Inacabada* de Schubert; recuerdo incluso lo que decía Mravinski sobre el carácter de la interpretación del segundo movimiento. Después de esta conversación, uno puede estar seguro de que este paciente seguirá sus recomendaciones. Y en cuanto a si fuma, no hay ni que preguntarlo: sí, Belomor, los cigarrillos más baratos.

¿Qué es lo que une al conjunto de Rusias, qué es lo que salva al país de la descomposición? En los peores momentos uno piensa: solo la inercia. «Me ha venido a la cabeza que, paradójicamente, el régimen soviético ha conservado muchos de los defectos de la Rusia prerrevolucionaria», me escribe un amigo de Boston. Estamos retrocediendo hacia el siglo xix, incluso en la ortografía: devolvednos los signos duros y todo se escribirá a la antigua. Nuestro lugar en la familia de los pueblos es el del escolar que repite curso. El repetidor sigue en clase con sus compañeros hasta el verano, pero ya no se le puede exigir nada. Otros serán juzgados e incluso, cuando sea necesario, criticados; nosotros no. Allí está, el tío, sentado tras el pupitre, el mayor de la clase, y ¿en qué estará pensando? No hay respuesta. Un sueño carente de significado: este es a veces el sentimiento que te produce nuestra historia. No hay vector, ni línea.

¿La lengua, dirán? Es verdad, solo que, dado el abrupto descenso del nivel de exigencia, esta se convierte cada vez más en una lengua de baratijas, un conjunto de palabras

heredadas y parasitarias. Y ya en un periódico gratuito — gracias a ellos los vecinos de nuestra ciudad se enteran de todo lo que pasa en el mundo (no tenemos ni una librería) — podemos leer que «Natalia Goncharova era la esposa de Alexandr Pushkin». ¿Cómo explicar que no se puede llamar así a una personalidad? ¿Que con el nombre de Alexandr Pushkin sin el patronímico «Serguéyevich» solo se puede llamar a un crucero?

Está escrito: «¿Exterminarás a todos, y no perdonarás a ese lugar por amor a los cincuenta justos que allí hay?». Dejemos en paz a los justos, ¿no nos bastarían unas buenas personas? O en verdad, «la humanidad prefiere las tinieblas a la luz» (Juan 3, 19).

«Rusia está perdida —decía el padre Iliá en los sermones que pronunciaba en nuestra iglesia—. El marido bebe y pega; el hijo bebe y pega, y el nieto bebe y pega»; este es el asunto de las confesiones de sus desdichadas feligresas (que repiten «bebe y pega»). ¿Cómo no erigir en empeño nacional la lucha contra nuestro alcoholismo? Hay muy poco de actitud infantil, creativa, auténtica, aunque sea absurda, y en cambio mucho de, digamos, masculino, maduro, casi siempre demasiado maduro. Aire pesado, los aquí reunidos han fumado y bebido demasiado, una atemporalidad nauseabunda, ya no asoma la alegría del encuentro; hace tiempo que tendrían que haberse separado, pero los hombres siguen sentados, desnudos de medio cuerpo para arriba, comiendo un pollo frío que más parece la palma de una mano. Esta es la imagen de una sobremesa.

Y por la mañana, la esposa o la hija o pongamos que la enfermera le da unas palmaditas en la espalda para decirle: «Nada mal hoy, ¿eh?». En esta ocasión se ha salvado: no ha bebido hasta perder el sentido. El alcohol: ese es nuestro campo de batalla. El amor, el odio, la atracción, el rechazo, todo junto. Es un intento de coexistencia. El alcoholismo no es atractivo, ni en la obra de Venia Yeroféyev ni como vi hace poco en el metro de Moscú: «Una ayuda de diez rublos para el desarrollo del alcoholismo patrio». Nada de las tradicionales distracciones masculinas en el hospital: ni ver

el fútbol ni jugar al dominó; todo esto ha dejado de interesar. El alcohol está omnipresente e influye en la suerte de casi cada familia. Y nosotros reconocemos y a la vez no reconocemos su poder sobre nosotros. La principal virtud, como para los antiguos griegos, no es la santidad, sino la moderación, cuando se dice: «Este sabe beber». Y si se emborracha, ese será el triunfo del alcohol.

Así empieza una borrachera: el tipo bebe hasta perder el sentido, se desconecta (eso mismo, se desconecta, no se duerme, con el consiguiente despertarse y arrepentirse), vuelve en sí tras tres o cuatro horas, aún ebrio busca más bebida, siempre la encuentra, bebe de nuevo, todo lo que puede (lo que haya), se desconecta de nuevo y así sucesivamente, hasta que se produce una interrupción forzada, externa (lo ha detenido la policía, lo han encerrado en casa) o se siente tan mal que no es que no pueda beber, es que ni siquiera alcanza a levantar la mano. Entonces es cuando lo llevan al hospital y mientras le dura el *delirium tremens* lo atan a la cama para que no salte por la ventana.

Pero el problema no está solo en la borrachera, ni en el perjuicio que produce en la salud, ni en el hecho de que una parte de su vida ha estado desconectado, que se la ha perdido. El problema está en lo ininterrumpido del diálogo con el alcohol y en que en él se consume toda una vida. Es como el diálogo con tu propio cansancio, languidez, pereza y desconsuelo, y aquí no puedes salir airoso; en el mejor de los casos puedes mantenerte dentro de un orden. Pero, como en el Evangelio de san Juan, «los hombres amaron más las tinieblas que la luz…». Es un diálogo con el abismo y este cada vez se ensancha más y más. Y en este abismo caen el trabajo, el amor, todo lo que nos une al mundo. La vida se nos aparece como vivida entre algodones. Un conflicto no con nuestro tiempo, no con los demás, no con la vida, sino con la muerte, con el abismo, con él y con el alcohol. ¿O tal vez valga la pena alterar la tradición de la «gran» literatura rusa y no buscar en cada uno la profundidad dostoyevskiana (pues si ahondamos se nos abrirán no se sabe qué abismos…), sino simplemente y en

términos médicos, constatar: eres un borracho, un desgraciado y un idiota?

¿En qué piensan mis pacientes? Es un enigma. Y la cuestión no es si tienen instrucción o no. Ahí lo tenemos sentado ante mí, escucha y no oye; le hablo en tono apasionado, como acostumbro, de la necesidad de adelgazar y de moverse, de tomarse las pastillas incluso cuando se sienta mejor; él, en cambio, lo que quiere es que me calle y lo deje marchar. A veces dice algo, distraído, sobre su invalidez y me pedirá un certificado, y yo le contesto: ¿y a quién se lo va a dar, a san Pedro? Y él me sonreirá, incluso si no ha entendido lo que le he dicho. ¿Qué tiene en la cabeza? Probablemente lo mismo que tengo yo cuando una compañía eléctrica me reclama algún impago: no entiendo nada ni de tarifas ni de recargos ni por qué hay que pagar antes del 25… y lo único que quiero es librarme de esta pesadilla. Aquí hablamos de electricidad, allá, de la vida, pero se puede comprender al paciente. Nunca en mi vida he tenido un trabajo tan interesante.

Todo empezó así: hace dos años y medio, una tardía y gris mañana de abril me acercaba a la ciudad de N. Llevaba conmigo una maletita con un electrocardiógrafo y un montón de pequeñeces médicas. He recorrido este camino decenas, decenas de centenares de veces, pero nunca antes había experimentado esta sensación de éxtasis. La triste belleza de la temprana primavera, pobres casas de madera y otras ricas de ladrillo, hasta la destrozada y resbaladiza carretera, todo me llenaba de alegría. «¡Ciudadanos, mostradnos vuestros corazones!» Hasta entonces nunca había experimentado la dicha primigenia de quien cura; hasta entonces siempre tenía algún objetivo: aprender, gustar al profesor, defender la tesis, hallar material para un libro...

Mis nuevos colaboradores me recibieron de manera amistosa. Me asignaron un despacho pequeño, pero para mí solo. Me dieron una litera, dos sillas y una mesa con una sola pata. Las otras tres se cayeron solas, pero esta se quedó bien fija, de modo que tuve que pedirle al mecánico un

hacha y amputarla. Cubrí las paredes desconchadas de chuletas que me había traído con dosis de medicinas y sus precios; y cubrí el hueco más grande con un mapa político del mundo. Una enfermera me preguntó, tímida, si no habría sido mejor poner el mapa del distrito (tenía toda la razón), pero yo, picado, le contesté que había buscado un mapa estelar, pues cósmicas eran mis aspiraciones, pero que no lo había encontrado.

A los médicos especialistas primero les presentan a las personas *socialmente relevantes*, no necesariamente enfermos, y aun antes, a los denunciantes. Mi primera paciente resultó ser Anna Grigórievna, una señora de setenta años; la mujer se había quejado a Putin en una carta que había mandado al Kremlin denunciando el mal trato médico y su pobreza y soledad. El gabinete del presidente mandó un fax al hospital: ¡que se aclare la reclamación! A Anna Grigórievna la consideraron una persona con sus facultades mentales perturbadas: ¡a quién fue a quejarse! Yo la informé, en el tono lo más frío posible, que me mandaba Vladímir Vladímirovich Putin y le rogué que se quitara la ropa. La abuelita, ciertamente, resultó estar enferma y no tratada, pero no loca, sino solo disgustada. De las almas de nuestros pacientes hemos de preocuparnos solo en los casos de falta de serotonina. «¿Cuánto dinero puede usted gastar en medicinas?», le pregunté a Anna Grigórievna. Resultó que en aquel momento ni un céntimo: había hecho reservas de sémola y la pensión no le llegaba hasta dentro de diez días. «¿Qué depresión ni qué…? Es solo tristeza», nos decía nuestro profesor de Psiquiatría en la facultad. Miré los precios de lo que le había recetado y le anuncié: «Vladímir Vladímirovich Putin me ha pedido que le entregue ciento cincuenta rublos». Luego me pasé el resto del día trabajando y al anochecer me vinieron a ver los cirujanos: «¡Te has vuelto loco, dar el callo de este modo! Aquí ni los emigrantes tayikos trabajan tanto». Y nos fuimos a celebrar mi primer día de trabajo. «Vamos a averiguar si la policía de carreteras está de guardia», dijeron los cirujanos, y llamaron a un número de teléfono. «¡Vía libre, doctores!»,

nos contestaron desde el otro lado del hilo. Les pedí que me pasaran aquel número secreto. «Apunta —me dijeron los cirujanos—: el cero dos.» El de emergencias.

Nunca más di dinero a un paciente. Anna Grigórievna me vino a ver al cabo de un año, para despedirse. Su hermano se la llevaba a Simferópol, y me devolvió los ciento cincuenta rublos.

Rumor primaveral del bosque,
crece la hierba, florecen las lilas.
¡No hay culpables, todo el mundo acierta
en días tan benditos como este!

Esta es la emoción que, como en los versos de Severianin, sentí aquel primer día de trabajo. Y creo que alimenta mi existencia hasta hoy.

Ha habido desde entonces momentos de pesar y oscuridad, claro. Te despiertas a las cinco de la mañana, estás en la cama, perdido el sueño, seguramente porque se te habrá acabado la serotonina (para alegrarse hay que estar), y en aquel momento, como a propósito, te llaman del hospital: ¡en marcha! Hace frío, sales a la niebla y al cabo de diez minutos entras corriendo en tu despacho, metes la clavija en el enchufe, todo resuena, te pones la bata, miras las tinieblas que alguien ha pintado tras la ventana y te dices: 1. la cosa no mejorará; 2. la felicidad es esto.

Septiembre de 2007

Una alegría no pascual

Cuesta ser médico jefe. En primer lugar, has de mandar sobre unas personas y eso es algo desagradable, sobre todo si eres una persona con alma y además estás en un hospital de distrito, donde no hay mucho donde elegir. En segundo lugar, en el hospital pasa de todo: los pacientes queman los colchones con sus colillas, saltan por las ventanas, roban a las enfermeras, redactan quejas, se mueren. El techo tiene goteras, las tuberías se obstruyen, se va la luz. En tercer lugar, las reglas del juego van cambiando y hay que adaptarse de modo que tus compañeros y los pacientes sufran lo menos posible: tanto si mejoran como si empeoran. En cuarto lugar, tienes que tratar con jefes, con todo tipo de bomberos, inspectores de sanidad y auditores gubernamentales. Y además de todo esto, no conviene olvidarse del fondo: al gestionar un hospital como una empresa hay que recordar que no solo es una empresa, no solo una mera entidad económica.

Nuestra médico jefe —una mujer de cincuenta y seis años— está a favor de los cambios a mejor, pero no solo de los que vienen de arriba. Y por esta razón ocurren hechos desagradables, uno de los cuales atrajo la atención de toda Rusia. Nosotros, tres médicos y varios benefactores del centro, intentamos ayudarla, a ella y a nosotros mismos. Como soy parte de estos acontecimientos, me corresponde a mí contar lo sucedido.

1

Un viernes, el bisiesto 29 de febrero, inauguramos la sección de cardiología (una sección nueva para varios distritos) y justo al siguiente día laborable, el lunes, a la médico jefe la despidieron sin dar razón alguna. En la reunión matutina se presentó un resacoso Nuevo Jefe, el sustituto mandado de arriba, quien nos leyó la orden de su nombramiento. En los periódicos, en la radio, en la televisión e internet empezaron a difundirse los rumores que nuestros amigos empezaron, pero luego el escándalo se mantuvo por sí solo. El martes recibimos la orden de la policía de entregarles las facturas; así nos enteramos de

que habíamos defraudado una gran suma de dinero. Los temores relacionados con una causa criminal pronto se desvanecieron: el documento que se nos había enviado resultó ser falso. El Periódico del Gobierno desempeñó un papel decisivo: el jueves me convocaron a una reunión con la Persona Importante. Sin vestirme de Mata-Hari me dirigí a Moscú en el blindado que me ofreció mi propio Benefactor.
No voy a detenerme en los detalles de la conversación que mantuve con la Persona Importante, diré tan solo que la posición de un cardiólogo en un hospital de distrito (el grado más bajo en el escalafón profesional) resultó ser muy ventajosa. Le conté lo sucedido con la médico jefe: una persona honrada y —lo más importante para una profesional— que se identifica con los médicos y no con las autoridades: «¡Ya ven que salvamos a tal y tal!».

Los resultados son bien conocidos: al Nuevo Jefe se lo instó a que presentara su dimisión, la suerte profesional de este y de la médico jefe los decidiría la junta del distrito: ni tan siquiera la Persona Importante podía destituir al Nuevo Jefe, que había sido elegido democráticamente.

Fue una semana tormentosa, ni tan siquiera una semana. Durante cuatro días el teléfono no paró de sonar; la situación se calmaba solo por las noches. Y, por culpa de la hermosa ira que nos había dominado (¡vencer, y no preguntes cómo!), nos olvidábamos del principal objetivo: los enfermos. «Ahora comprende usted mejor a los funcionarios, con ellos siempre es igual, les importan un pepino las personas», comentó nuestro Benefactor.

Una pesadilla parecida se produce entre la muerte y el entierro, cuando en dos o tres días vives mucho más que lo acostumbrado. Viene la gente, te acompaña en el sentimiento, hace falta tal cosa, otro se va a recoger el certificado de defunción, y un tercero prepara la *kutia*[*].

Los sentimientos se expresan de modos distintos, pero incluso un sentimiento insano es mejor que la sana ausencia de este; de modo que gracias, muchísimas gracias a todos, S. incluido. Una vez lo consideré un amigo, no nos habíamos visto en ocho años. S. había triunfado en la vida,

pero a veces se emborrachaba y me escribía cartas muy sentidas con citas de Wittgenstein y SaintExupéry. Esta carta la recibí el miércoles, 5 de marzo: «Con tristeza y dolor en el corazón observo lo sucedido. Tengo grandes deseos de ayudarte: ver los acontecimientos desde un punto de vista completamente distinto… Solo llámame. Esto será una gran victoria por tu parte en el sentido metafísico. Si para ti es imposible de momento, acepta de regalo este bordado: te traerá suerte si lo miras aunque sea de vez en cuando. Durante los últimos tres años, tras haber dejado casi todos mis quehaceres, me he dedicado a bordar. Un abrazo». Y la firma. En el archivo adjunto aparece un simpático bordado (líneas y estrellas). Un colega, al que le propuse que me diera un diagnóstico, rechazó la idea de una patología psíquica. «Estamos ante una dolencia espiritual.»

What a mess! («¡qué desbarajuste!»), me escribe lleno de entusiasmo mi coautor norteamericano. Se ha enterado por el *Washington Post* de nuestra historia. Hacía mucho que mi coautor no se ponía en contacto conmigo: él tenía que redactar y acabar de escribir algunos capítulos de la edición norteamericana de nuestro libro y se había esfumado por completo. Y ahora aparecía.

Me llegan también propuestas inesperadas. Me escribe un viejo vecino de Moscú, un biólogo dueño de una tienda de alimentación y que entonces, por lo visto, vivía en Sajalín: «Tarde o temprano reconocerá lo estéril de sus esfuerzos y se dirigirá a curar etíopes o filipinos: ellos agradecerán mucho más todo lo que hará por ellos. He vivido largas temporadas en los dos países y en ambos vive gente extraordinaria».

La «alegría no pascual» —la expresión surgió casi al instante— no es la alegría de un encuentro o la de haber adquirido un don, un contacto con lo sublime. Es probable que algo así experimentara Napoleón al entrar en la vacía Moscú; una falta de resistencia, como cuando un cuchillo corta la mantequilla. La mano que asesta un golpe o se extiende para un apretón de manos y se queda colgada en

el vacío.

El viernes, al día siguiente de hablar con la Persona Importante, tras la partida de los periodistas y el fin de las llamadas, el vacío me pareció espantoso. Nadie nos trajo las llaves del despacho de la médico jefe (como esperaría un victorioso Napoleón al entrar en Moscú). Los empleados recibieron unas postales en blanco y negro felicitándolos por el Ocho de Marzo (el Día de la Mujer Trabajadora) con la firma del Nuevo Jefe. El propio autor de la felicitación se marchó a paradero desconocido. No nos llegaron los documentos oficiales sobre los despidos («Llámennos pasados los días festivos»); por todo lo cual quedó claro que las espadas seguían en alto, o quién sabe si me declararían loco y me obligarían a encerrarme en la Bushmánovka, un hospital psiquiátrico: el doctor tiene un ataque de esquizofrenia, o cualquier otra dolencia, luego ya lo aclararían. A pesar de su estado, el interesado puede encontrarse con presidentes y ministros, puede llamar a los periodistas o destituir a funcionarios.

Pero recibimos, por fin, un fax (de chiripa, el 7 de marzo, un día de media jornada): una respuesta de la Persona Importante al Periódico del Gobierno, y nos sentimos aliviados: no nos encerrarían en la Bushmánovka. Y se instaló un auténtico y espantoso vacío: en el que ahora vivimos.

El vacío se materializa y de él emergen figuras de personajes muy activos y mediocres, además de la líder espiritual de nuestra ciudad, la confidente de nuestro Jefe, a la que conocemos desde hace tiempo. Ella domina varias instituciones, en las estanterías de su negocio aparecen diversos libros piadosos junto a *Contabilidad de empresa* y *Leyes de autogestión local*. La Confidente ha sobrevivido a grandes desgracias, es de trato amable, y su voz, angelical, emplea activamente la jerga espiritual: nuestra historia es como «una tentación del Maligno» y no siente «resignación cristiana» hacia ella. «No tiene usted temor de Dios», le digo. Y es cierto, no lo tiene, considera que Él le debe algo por sus sufrimientos: por la lectura de los libros sagrados,

por las largas horas de pie en la iglesia, por los ayunos soportados. Es espantosa la carga de mal acumulada en la Confidente. Fue ella justamente la que se inventó que habíamos sido nosotros quienes habíamos realizado experimentos con humanos, que ensayamos con sustancias prohibidas y queremos importar la «revolución naranja» (había leído algo sobre tecnología). También le habían ayudado los periodistas. Nuestros enemigos no recordarán, es muy posible, la lectura de *Los demonios*, incluso aunque lo hayan leído. Pero los periodistas deberían recordarlo: unos jóvenes se habían introducido en una tranquila ciudad de provincias para hacerla volar por los aires. Y allí están los bailes benéficos, las damas de las autoridades, o el escritor fanfarrón, o incluso nuestro Benefactor (cuando el aristócrata asume la democracia resulta encantador).

En la televisión, a nosotros se nos llamaba, siguiendo a Chéjov, el pabellón número 6, y recordando el Borís Godunov de Pushkin: «el pueblo calla», o el juzgado Basmanni.[*] Es más sencillo dejar de lado lo más interesante: la médico jefe ya lleva dos juicios con el Nuevo Jefe, los dos ganados, los vecinos han redactado una carta en defensa del hospital y están recogiendo firmas. Pues bien, en nuestro caso, la prensa del partido es mucho peor que el Periódico del Gobierno. Nos identifican hoy con George Soros y mañana con Yukos, magnífico material para los ataques. Sobre este tipo de cosas escribe Solzhenitsyn en *Un día en la vida de Iván Denísovich*: «Pero ya después de la guerra, el almirante inglés tuvo la ocurrencia de mandarme a modo de recuerdo un obsequio: “En señal de agradecimiento”. Perplejo, ¡lo maldigo!».

Se sabe que si a un millón de monos los pones ante una máquina de escribir, un día, uno de ellos escribirá una obra maestra. Los monos tienen una ventaja: aprietan las teclas al azar. «¡¿Y yo tengo que sacar algo en claro de todo esto?!», exclama una muchacha periodista. Pues sí, listilla, si lo que te proponen es que escribas *sobre todo*. Algunas publicaciones nos proponían que lo contáramos nosotros mismos: «Tiene usted buen estilo»: algo que suena

inofensivo para aquel al que se lo proponen, como «Eres alto, cambia la bombilla». Y siempre nos negábamos, no por altanería, sino porque nos fallaban las fuerzas.

Se han dicho muchas tonterías sobre lo que nos ha sucedido, aunque la cosa es sencilla. No luchamos contra las «fuerzas del mal» en general, ni con la arbitrariedad de los funcionarios, solo nos enfrentamos a aquellos que nos impedían trabajar. ¿Por qué luchamos? Para que se restablezca en su cargo a la médico jefe, es que ella nos deja hacer lo que queremos: curar enfermos. Y aquí no hay política, ni tan siquiera economía. Hay una autoridad y a los jefes no se les puede decir que no; ella, en cambio, se lo dijo. ¿Por qué parece que no tienen miedo? Pero lo tienen, y mucho, porque luchan por lo mismo que luchamos nosotros: por el derecho a vivir su vida. Y han hecho del hospital su campo de batalla, esta es su gran batalla de Borodinó, una aldehuela que nada significa para nadie, salvo para nosotros, los habitantes de este Borodinó.

La lista de quienes han salido en nuestra defensa en internet empieza así: Abrámova, Akímova, Akulova, Albaut, Allashin, Alekseyev, Áltova, Amélina, Andréyev, Avérkiev, Avílova, Ayzenberg, Azárova… Cartas de las ciudades de Chéjov, Moscú, Lisboa, Washington, Kursk, San Petersburgo, Beer-Sheva; ingenieros, médicos, maestros, empresarios, estudiantes, investigadores, literatos. Miles de firmas. ¿Surtieron efecto? ¿Quién sabe? Pero te llenó de satisfacción y te inspiró: por mucho que corras, por fuerte que pegues, los seguidores ayudan.

¿A quién defiende esta gente? ¿Ha valido la pena montar todo este escándalo por el despido de una señora a punto de jubilarse? La respuesta me la dio una amiga; trabajaba en la Universidad Estatal de Humanidades de Rusia: «Yo explico cuatro variantes de verbos en hebreo y sé que usted al mismo tiempo examina a sus pacientes. Y tengo la impresión de que nos dedicamos a lo mismo». De modo que la respuesta es sencilla: esta gente se defiende a sí misma. Es cierto que luchar con el vacío impuesto da miedo; pero aquí se da la extraña situación de cuando no

tienes más remedio que vencer. El vacío intenta tragarnos, someternos a su voluntad, como los sargentos en el ejército, como los criminales en la cárcel, y nosotros, los reclutas y los «pringados», nos defendemos. Hay que vencer, demostrar que somos duros, y del resultado, justamente del resultado, no del proceso, dependerá la vida que nos espera.

Hay cantidad de preguntas colaterales; por ejemplo: si logramos salirnos con la nuestra, pero con la ayuda de autoridades muy, pero muy importantes, ¿se puede considerar una victoria? Pues claro que sí. El hospital es del Estado, ¿quién sino él nos habría de ayudar? Me preguntan: ¿y qué pasa con los habitantes del lugar, sus pacientes? Esto es algo que no me preocupa: somos médicos, no responsables de un ejército de enfermos. «¿Cómo responde ante su labor la gente sencilla?» Ahora mueren menos. Se me acerca una viejecita, hace unos meses la mandamos a operar a Moscú; se siente mejor. «Me han dicho que lo cierran. ¿No me regalaría antes unas pastillas?» Todo en orden: ella es una persona insignificante; nosotros, grandes personas; ¿quién ha de defender a quién? Tomar sus medicinas y llevar una vida sana, eso es todo lo que esperamos de ellos.

Nuestros colegas, los profesores, también nos apoyaron, aunque a algunos esto no les resultaba nada cómodo. Ellos pasan mucho tiempo en toda clase de reuniones, nosotros no; nosotros hemos huido aquí en busca de la libertad de la posibilidad de organizarnos a nuestra manera. La medicina siempre se ha apoyado en la autoridad, antes no había otra posibilidad; en cambio, en las matemáticas, por ejemplo, la autoridad no es tan importante. Da lo mismo: la medicina ahora se mueve en esa misma dirección.

Otra categoría de quienes simpatizaban con nosotros: los «héroes de Rusia». Uno de ellos, condecorado en verdad con la estrella, la máxima condecoración del país, abre de golpe la puerta de nuestro despacho: «¡Les vamos a enseñar lo que vale un peine!», ya bebido de buena mañana. «¡Los vamos a doblegar y a darles donde más les duele!» «¿Qué ha sido eso?», me pregunta el colega. «Un héroe de Rusia,

Benia, es un rey, no como nosotros: “en la nariz las gafas y en el alma otoño”.» Lo cierto es que tanto los héroes como los periodistas y los profesores hicieron lo que pudieron. Puede parecer que no estoy agradecido. No es así.

2

Se han producido algunos sucesos. El 14 de marzo se reunieron los diputados del distrito. El presidente, más estirado de lo habitual y con moreno de playa, propone un pacto: una amonestación al Nuevo Jefe y restablecer en su cargo a la médico jefe. El presidente y su esposa, buenas personas, habían recaudado antes dinero para ella, simpatizaban con ella. Pero el presidente estaba recién llegado de los Alpes (esquí de montaña); el vuelo, el cansancio, el cambio de husos horarios, no habló con quien debía y este es el resultado: de los dieciséis diputados, seis a favor y el resto en contra. El presidente insiste: «Somos gente demasiado correcta». En un día adelgazó un kilo y medio.

Los tipos supieron defenderse. ¿De dónde viene esta intransigencia, cuando un intento de hacer las paces se percibe como un gesto de debilidad y se convierte en una señal para un contraataque? Porque la amonestación al Nuevo Jefe y la orden de reinstaurar en su cargo a la médico jefe en realidad habrían sido como un empate. Pero el presidente hace tiempo que no vive en el tiempo real, en una situación que cambia según lo que haces y dices.

Una sensación de tiempo real —que es cuando descubres que el pasado continuo se ha convertido en pasado perfecto o, sencillamente, pasado, en el que ya nada se puede ni arreglar ni cambiar— es la que se produjo durante mi encuentro con la Persona Importante o, por ejemplo, durante la declaración de amor de Kiti y Levin en *Anna Karénina*: el transcurso del tiempo se detiene y es entonces cuando has de mostrar tu habilidad, justamente aquí y ahora. El hecho de que seas una persona habilidosa, con conocimientos o digamos que honrada, es algo que pertenece al pasado, esa circunstancia aumenta las posibilidades de actuar de manera inteligente en el presente, pero tampoco garantiza nada.

De nuevo somos los perdedores: ¿marcharnos o quedarnos? Si nos tuviéramos por benefactores del género humano, tendríamos que mantenernos firmes hasta el final, para que más tarde pongan nuestro nombre a alguna calle; pero somos libres en nuestras decisiones y no somos más que médicos; quisimos lograr unas condiciones de trabajo mejores y casi lo conseguimos. Soñamos con escribir una nueva carta y nos extraña que no hayamos recibido respuesta a la anterior, y nos decimos que la unidad mínima de tiempo en la Rusia de provincias es una semana. Alguien de muy arriba nos ayudará.

«Con la aparición de tal y cual médico —escribimos—, la mortalidad general ha disminuido hasta la mitad, y los infartos de miocardio, a la sexta parte.» Es cierto, aunque los datos aburren hasta a las ovejas. ¿De qué nos vamos a vanagloriar dentro de un año, cuando haya muchos más enfermos y sean más graves? Pero, de momento, durante nuestra pelea, los enfermos casi dejaron de estarlo. Los mismos que están en el local recientemente reformado parecen fuera de lugar: «La guerra ensucia los uniformes y desordena las formaciones», como dijo un gran príncipe ruso amante de los desfiles. Hay que hacer un esfuerzo para que el paciente se sienta en su lugar entre estos espléndidos azulejos, paredes rectas y anchas y luminosas ventanas. Mi colega tiene algún que otro trabajo que hacer, y yo tengo para mí los dos despachos: el Grande, de cardiología, y el Pequeño, que es para mis llamadas telefónicas y la redacción de ruegos y súplicas.

Ingresa una mujer mayor con una arritmia de antigüedad imprecisa, no menor de una semana. Hay que llegar con la sonda al esófago para comprobar si hay trombos en el corazón; anestesiarla, practicarle una cardioversión para restablecer el ritmo cardíaco. Todo esto durante el último año lo hemos realizado decenas de veces y sin problemas. Pero ¿cómo vamos a trabajar hoy cuando el nuevo médico jefe se alegraría de cualquier fracaso? Menos mal que el ritmo se restableció por sí solo, mientras nos afanábamos con el aparato, de pronto, como sucede a

veces: ritmo sinusoidal. «Ya ve, alguien del más allá nos ha escuchado.» «No blasfeme», ruega el colega. Sí, *mea culpa*. Estamos muy cansados; no es el precio más alto por nuestra independencia, pero sí el máximo que estamos dispuestos a pagar.

Salimos del hospital y de pronto descubrimos que en un estado más cotidiano nos fundimos mejor con el paisaje y el miedo es menor. Por lo demás, ¿adónde ir?, ¿a las vecinas Tutáyev, Kirzhach, Bóldino? En todas partes, está claro, ocurre lo mismo. Se comprende por qué tenemos una vida tan repugnante y una literatura tan buena.

Bueno, tranquilos, tranquilos, todo se arreglará, alguien nos necesita: esta es una ciudad no solo de funcionarios y sus confidentes, sino también de viejecitas aseadas, de sus nietas y nietos, la ciudad del pianista Richter y del poeta Zabolotski, de mi bisabuelo M. M. Meléntiev, de la gorda y desconfiada vendedora de la ferretería, de la simpática maestra con un problema inexplicable en la válvula aórtica, una ciudad de pintores, de un alcohólico callado y creyente con una cardiopatía, la ciudad del padre Ilyá Shmain, la ciudad de Tsvetáyeva.

3

Así tuvo que ser: de pronto (el 19 de marzo) empezó un terrible vendaval: llegó una comisión al hospital —diez personas—, y al mismo tiempo, quince auditores a la Administración. El vendaval se llevó por delante al Nuevo Jefe e incluso al pobre presidente. Y, como quien no quiere la cosa, se presentó Alguien que leyó la orden: «Restablecer a la médico jefe». De nuevo encerraron el Vacío en los espacios intercelulares. Desgraciadamente se vengará, pero para nosotros la primera guerra mundial ya ha terminado. Il faut travailler, *hay que trabajar*.

En las palabras finales pronunciadas ante los diputados del distrito —publicadas en el periódico local—, el Nuevo Jefe dijo: «Gente extraña ha entrado en nuestra casa y la ha destruido...». ¿A qué casa se refería? Cuando nosotros llegamos, en el hospital no había ni un desfibrilador. Aquí bien pudo haber habido una casa —«¡No pisar la hierba!»—

pero no había césped que pisar, solo una plazoleta de tierra apisonada, y, ¿había crecido algo en el lugar?

El Vacío se dedicó a las bellas letras. Un gran artículo anónimo: «La gestación de un genocidio de las proporciones de un distrito». El texto empieza en tono emotivo: «A nosotros, los rusos, siempre se nos ha echado en cara que nos hemos partido el pecho por el bienestar de otros pueblos. Esta es la condición natural del alma rusa incrustada en nosotros por nuestras más antiguas tradiciones y el amor cristiano…». Al poco —oh, maravilla— llega el turno de los forasteros: «Los astutos forasteros han sabido aprovecharse de la bondad del pueblo ruso para conseguir sus bajos y ambiciosos fines»: este es el tema principal.

Por fin. ¿Qué significa ser judío en Rusia?, me pregunta una señora de una organización judía internacional a la que solo le interesa este tema. Y yo le contesto: resulta duro, pero es legal.

«En pro de sus ávidos intereses, los forasteros aprovechan hábilmente las fuerzas y los medios del Estado, creado este gracias a los esfuerzos milenarios del pueblo ruso.» Y toda una columna de este estilo. Y más adelante, otras tres columnas sobre el hospital, con cifras, fechas de órdenes, con números de salida y de entrada, un trabajo detallado: mentiras nada sofisticadas. Todo mezclado, como los autores en las estanterías de la Confidente. Palabras cálidas sobre el Nuevo Jefe (nieto de veteranos, hijo de soldado) y modulación hacia una tonalidad musical lejana sobre A. P. Chéjov; un apartado dedicado a «Por qué la fiscalía se ha quedado ciega»; algo sobre mí y mi colega («cardioinversores», «cardiólogos de pacotilla») y una coda sobre la Persona Importante, sobre el impulso que lo mueve: «Una fuerza antipopular, antirrusa y un poder —masónico— que la dirige».

«Gente de pocas luces», me dice la buena gente. Yo lo diría de otro modo: mala gente. Por eso tiene pocas luces, porque es mala, no al revés. Un sinvergüenza en su coche hace maniobras peligrosas: llega de pronto por detrás y

pone las largas: ¡apártate! ¿Él también tiene pocas luces? «Tú eres más inteligente, no hagas caso…» De acuerdo, que le den. Y en cuanto a más inteligente: ¿si tienes un coeficiente intelectual más alto eres más inteligente? La moscovita Tercera Roma está mucho más cerca de la bizantina Segunda que de la Primera latina. Aquí lo importante no es el intelecto. Y me espanta pensar: ¿y si justamente esta intransigencia (no por mala fe, sino por la tendencia a la plenitud), esta disposición inagotable a sacrificarse y sacrificar a los demás, esta fe en la palabra, fue lo que derrotó a los polacos, a los franceses y a los alemanes? Hace falta que todo se calme, hay que trabajar mucho, tenemos que convivir todos juntos. Consideremos lo sucedido como una iniciación. (Pasados unos años, a la inauguración de la sección quirúrgica, ya reformada, vendrá a vernos el nuevo ministro de la región. Saldremos los dos un rato a la calle; él, tras examinarme, comentará: «Pues no me parece usted un tipo nada guerrero, no». «Qué quiere que le diga, tampoco a [y aquí pronunciaré el nombre del Nuevo Jefe destronado] se lo parecí». Nos volveremos a examinar atentamente el uno al otro y nos iremos cada cual por su lado.)

«Nuestra vida ya nunca será como la de antes —le diré entretanto a mi colega—. No iremos al bar de las brochetas, ya sabes a quién nos encontraremos allí. No pasa nada, en lugar de encontrarnos con la Confidente, podemos ir a comer unos *pelmeni*. Está claro que no nos iremos a ninguna parte, pero hay que asegurar la casa; las casas arden. ¿Acaso no han falsificado los papeles? ¿Cuántas travesuras, pues, no serán capaces de prepararnos? No vayáis a esta farmacia. No vayáis y punto. ¿Que la municipal está cerrada? Pues id mañana, sí, allí es más barato (cuando en general resulta más o menos lo mismo). Instalas un sistema de seguridad en la casa, colocas una valla. No vale la pena ir a pasear por la orilla del Oká, y si tantas ganas tienes, podemos ir a Drákino, está en otra región y, total, son quince kilómetros; allí el paisaje también es hermoso y no te encontrarás a nadie. Por lo demás, ¿para qué pasear?,

puedes abrir las ventanas: el aire es saludable en todas partes. Porque ¿qué somos en realidad? ¿Unos veraneantes? No somos unos veraneantes. Nos hemos convertido en uno más. Ahora somos del lugar.»

Marzo de 2008

El grito del ave doméstica

En provincias: una casa caliente, algo sucia, tuya. Sobre el mundo de provincias también existe otra mirada: exterior, superficial, pero que comparten muchos de los que se han encontrado en él por circunstancias ajenas a su voluntad: provincias significa barrizal, tinieblas, y en ellas vive gente desdichada, que es lo más halagador que se puede decir de ella.

El grito del ave doméstica expulsa el mal que ha cobrado fuerza durante la noche.

Una mañana en el hospital. En una camilla, un hombre delgado, impregnado de olor a tabaco, chofer —que no es un avecilla doméstica— ha sufrido un infarto. Lo peor ya ha pasado y el hombre observa cómo asisten al vecino, un viejecito con aire de vagabundo; tiene en la muñeca un sol azul. Una descarga y el corazón ha recuperado el ritmo.

«El abuelo está mejor; ya casi no respira», comenta, sarcástico, el chofer desde detrás de la cortina. Intercambiamos miradas. ¿Podrá conducir un autobús? Y hacer cosas más cotidianas: no vaya a ser que en la habitación se encuentren la esposa y la otra, la que le trae pinchos de carne. El chofer también adivina algo sobre mí, bastante: las aves salvajes son muy perspicaces.

La tendencia natural es amar no solo a nuestros allegados, a los de casa, sino más allá, a la gente y el lugar. Para ello se necesita recordar, explorar, crear.

Por ejemplo, un recuerdo de infancia: mi padre y yo nos vamos lejos, hace mucho calor. Estamos en el campo, tengo una sed espantosa. Mi padre llama a la puerta de una casa cualquiera y pide agua. La dueña nos dice: no tengo agua, pero nos trae leche fría. Bebemos, bebemos mucho, un litro o quizá litro y medio. Padre le ofrece dinero a la dueña y la mujer se encoge de hombros y pronuncia, sin expresión alguna: «Hijo, ¿es que estás loco?».

Cualquier lugar, a su manera, es atractivo, y más si se trata de la franja media de Rusia. Sentirse atraído por ella es tan sencillo como para una mujer querer a un fracasado.

«Sí, amamos estas rocas», reza el himno de Noruega. En el nuestro también se canta a la geografía, lo cual, dadas las dimensiones del país, resulta casi indecente. El himno lo ha escrito la autoridad, los otros, no las aves.

Otro recuerdo: tengo dieciocho años, conduzco un viejo Zaporózhets, y de la parte trasera, donde el coche tiene el motor, empieza a salir humo. Se va a producir una desgracia, una explosión. En la acera hay gente: ¡apártense, que va a explotar! «Abre», me dice un transeúnte de unos treinta años. Agarra un trapo y durante largo rato, con calma, apaga con él las llamas. Y luego se va. Otra ave no doméstica.

Muchos casos relacionados con viajes me vienen de golpe a la mente: en la carretera las aves domésticas se exponen a experiencias desagradables. Y allí es donde se producen sus encuentros con las aves silvestres, rapaces, y estos encuentros permanecen en la memoria: tanto los de una bondad inesperada como los de un mal invisible, inimaginable. «Los asesinos son gente ordinaria», te dirá un coronel de la policía. Y tú, un pardillo, un ave doméstica, de pronto aceptas la idea, la entiendes, la haces tuya.

Si hablamos de la policía, aquí los médicos tienen una relación muy cercana con ella. Para llevar a un piso alto a un enfermo si el ascensor se ha estropeado, para encargarse de un borracho hasta la mañana para que no arme jaleo en el pabellón, incluso para sacar del barro un coche, se llama a la policía. También ellos llevan uniforme y en el entorno local crean la ilusión de que estamos protegidos.

Junto al despacho de Urgencias se encuentra un policía con un detenido esposado, joven y algo magullado. Ha hecho algo serio; por aquí no te ponen las esposas porque sí. «Haberlo dicho antes: mujer, niños, lo habría entendido… —le dice el policía al arrestado.— En cambio, tú me sales con que quieres un abogado y que vendrán tus amigotes de Moscú…»

Además de la historia del muchacho que apagó las llamas del motor, me viene de pronto a la memoria un jugador de hockey, sudado, destrozado. «Debe de estar

doblemente feliz: vencer a los inventores del hockey en su propia tierra.» Sonríe con la boca desdentada: «¡Qué más da!». Con lo que gana podría ponerse unos dientes postizos, pero, al parecer, el tipo mastica la carne sin problemas. Me causó una profunda impresión.

¿Qué más? Un sermón oído el día de la Intercesión de la Virgen: el día en que nuestros antepasados judíos fueron vencidos por los cristianos griegos y que hemos convertido en una de las fiestas más veneradas. No hay ocupación más banal que vilipendiar a la Iglesia. Es lo mismo que, por ejemplo, criticar a Dostoyevski: es verdad, claro, es verdad, pero no se trata de eso. La Iglesia es un milagro, y Dostoyevski es un milagro, y que sigamos vivos también lo es.

«Hijo, ¿es que estás loco?», esto podría haberlo dicho una de las abuelas del pabellón número 1. Decir «abuela» no es una falta de respeto, es como se las suele llamar. La que está más grave oye voces, ve visiones: «Yura, ¿eres tú?». «No, no soy Yura», replica la vecina. «¿Y quién eres?» «Soy una abuela.» «¿Y quién es Yura?», le pregunta otra vecina. «No —contesta la anterior—. Yo soy otra abuela.» No hay nada de ofensivo en la palabra. No se sienten señoras de mente clara, como son sus coetáneas, las aves de ciudad, sino abuelas.

Hoy dos enfermeras se han peleado a voz en grito. Una trabaja aquí para alimentarse ella y sus animales con la comida que sobra de los enfermos; la otra es propietaria de varias hectáreas. Viaja alternativamente a Turquía y a Europa, y se ha colocado de enfermera para estar en sociedad. La verdad es que la cosa es más enrevesada: la primera enfermera también viajó a Europa, la pobre pidió tantos créditos que ya la han venido a buscar los alguaciles del juzgado.

Aquí lo privado está por encima de lo público. El inspector de Hacienda es un chaval de unos veintitantos años y es quien comprueba nuestras cuentas. Menos mal que usted es médico, me dice. Justo me han llamado del ejército, ¿me entiende? ¿Cómo no entenderlo? «¿Podría

hacer una excepción?» es una fórmula segura: todos estamos en manos de todos. Pase que Moscú no crea en las lágrimas, como en la película; nosotros solo creemos en ellas. Si es necesario, pues claro que haremos «una excepción».

Está muy mal y no debemos ser sensibleros, pero la alegre participación en el fraude colectivo refuerza la unidad de la nación no menos que las buenas leyes. ¿Que no se paga la luz, el gas, el teléfono? En la capital la falta de dinero es motivo de vergüenza, aquí, en cambio, es la norma general. La empleada de la compañía del gas me dice: «Estos contadores son un desastre. «Ya veo. Pues pase por el hospital y la trataremos.» Padrinos, nueras, sobrinas; el agua, la electricidad, el gas… Todo es familiar, cómodo, benévolo. La cosa tiene sus menos, pero es un modo de vida bastante estable. Aquí, de los demás, todos lo saben todo. Como en el cielo.

Las enfermeras y las abuelas: eso ocurre durante el día, pero al llegar la noche uno descubre que muchos esfuerzos a lo largo de la jornada han sido en vano y que muchas cosas no han salido bien. Al llegar la noche regresan los pensamientos odiosos e irritados. En concreto: ¿dónde se ha metido la gente capaz? En nuestra infancia había bastante. ¿Se han marchado? Una idea se encadena con otra en una especie de círculo vicioso. Por la noche, con sus terrores, el alma es más vulnerable al mal. Y también otra cosa: no pocas veces los pájaros —carboneros, golondrinas— se te meten en casa. Dicen que esto es de muy mal agüero. Qué le vamos a hacer, porque no vamos a estar con las ventanas cerradas: o te marchas, si tanto miedo te da, o no te queda más remedio que liberarte de las supersticiones. Y siguen esta clase de pensamientos hasta que llega la mañana, con un rato de sueño a modo de entreacto.

En San Petersburgo, en Moscú o en provincias, la vida da pavor. O digámoslo así: también da pavor. En ella se dan cosas sobre las que es imposible escribir: la muerte de víctimas inocentes, incluidos jóvenes y niños pequeños. La experiencia pavorosa y prescindible del duelo por su muerte

siempre nos acompaña y no hay modo de gritarla, de expulsarla a gritos.

Y luego llegará el día y de nuevo aparecerán los pajarillos, las aves del cielo: domésticas, silvestres, de todo tipo. Y el mundo no se rompe, pase lo que pase. Así está hecho.

Septiembre de 2010

Los niños de Dzhankói

1

La reciente historia empezó así: por la mañana temprano, sobre un Volga, coche en el que se transporta a funcionarios de medio pelo, se presentó en el hospital de la ciudad de N. una comitiva de la región. Y nos pidió que hiciéramos una colecta para los niños de Dzhankói: cada uno lo que pueda.

Dzhankói es una pequeña ciudad del norte de la península de Crimea, un importante nudo ferroviario; muchos han pasado por allí en los tiempos soviéticos. Cuántos son estos niños, qué necesitan; la comitiva no pudo informarnos al respecto. Lo único que quedó claro es que el dinero, si es que llega a alguna parte, no lo hará en forma de billetes arrugados, sino, por ejemplo, a modo de caminitos empedrados o de un elegante monumento, como el que hace poco han erigido en el patio del hospital: una estatua a un alto funcionario de aspecto jactancioso, con un texto escrito en ortografía antigua: «Grandeza, Gloria y Provecho a la Patria constituyen los principales objetivos de este Médico sabio, laborioso y experimentado». Nos trajeron a este extraño tipo en lugar de medicinas, catéteres y material de curas, en lugar de los salarios a las enfermeras, que antes cobraban y cuyo número se ordenó reducir: un hábil procedimiento para mejorar las estadísticas y elevar el sueldo medio de los sanitarios tras despedir a los peor pagados. Entonces, en la inauguración de la estatua, casi se produjo un escándalo.

—El Estado os lo ha dado todo —dijo la autoridad ofendida.

—¿Eso cree? ¿Qué exactamente? ¿A este payaso?

—La electricidad —y tras una pausa—, la calefacción. Os ha traído el agua…

—¿Por qué no una colecta para los niños de California?, a ellos no nos los hemos anexionado.

La broma no fue aplaudida ni por los visitantes ni por los médicos. Pero, si hay que hacerlo, se hace: se recogieron más de quince mil rublos.

Por la noche te llega una imagen, una metáfora: «Parece un infarto, el paciente yace enganchado al monitor y escucha cómo palpita su corazón, confiando en descubrir algo en los monótonos pitidos. En la cabeza solo tiene pensamientos sobre cosas cotidianas que no ha hecho y sobre el bienestar físico de los suyos. Imposible leer, o escuchar su música preferida; no porque algo le duela, sino porque los libros y la música pertenecen al pasado, y el presente parece no existir. Solo está el pitido del monitor; los vecinos de la sala también están fuera de juego, y la convicción de que es probable que la vida siga, aunque será distinta. Pero ¿cómo?».

Desde entonces algo nuevo ha empezado a estar presente en el día a día, algo importante y triste: como la muerte del padre, la enfermedad de la madre. Aquel año hubo que trasladarla de Moscú y acercarla al hospital, a tu ciudad, para siempre. Como el conocimiento irrevocable sobre la gente con la que convives.

La colecta para los niños de Crimea fue en marzo de 2014. Emociones luminosas, positivas —«¡Ciudadanos, mostradnos vuestros corazones!», etcétera—, que experimentaste anteriormente, en otra época, pero que siguen existiendo hoy, como todo sentimiento auténtico, aunque no demasiado sensato. Desde que empezaste a trabajar en la ciudad de N., sin darte cuenta, día tras día, han pasado diez años: un tiempo durante el cual cambian muchas cosas.

N. es una ciudad antigua, con un siglo menos que Moscú, pero una ciudad al fin: un hospital, dos colegios, dos cementerios, dos templos ortodoxos, un cuartel de la policía, una fiscalía y un tribunal. Bibliotecas: una infantil, que vive una época de apogeo gracias a unos mecenas. Una para adultos, moribunda (no tiene las revistas literarias *Inostrannaja literatura* «Literatura Extranjera» ni *Znamia* «Bandera», y quienes llenan sistemáticamente sus estanterías son dos antisemitas locales, miembros de la ultraconservadora Unión de Escritores). Una escuela de música (acordeón y piano), una escuela profesional (que

ahora llaman «College»). Una escuela de las artes, la Casa de Creación infantil (que la Municipalidad ha puesto a subasta), la grandiosa Casa de los Literatos (conciertos, mosaicos, veladas literarias). Un centro de ocupación (eternamente vacío), dos semáforos, abundancia de farmacias, varias casas de descanso, una dársena, una piscina de veinticinco metros; hasta hace no mucho un *bowling* (destruido en un incendio), el club nocturno A Través del Espejo (espacio para la imaginación: varias Alicias: una negra, otra pelirroja, una tercera calva, el Sombrerero, el Conejo, Humpty Dumpty, pero también aquí hay déficit de visitantes). El Registro Civil, una pinacoteca. La Administración: de distrito y la local. Una fontana. Un monumento a Lenin en la plaza Lenin, donde empieza la calle Lenin, aunque falta la correspondiente avenida. Solo hay una: la avenida Pushkin. La redacción de periódico local *Octubre*: en él se publican las esquelas de todos los fallecidos, por eso lo leen los médicos. Campos, barrancos, bosques también los hay. En primavera funciona una draga, que ahonda el cauce del río y un riachuelo más pequeño, poco profundo, y además, en el territorio de la casa de descanso, un estanque «piscificado», como aparece escrito en el anuncio. En el río hay pocos peces, pero hace tiempo un paciente regaló varios kilos de esturiones esterlete. No hay puente ni falta que hace: no hay contacto con la región vecina. Desde que cerraron la fábrica de ladrillos, los hombres trabajan o de taxistas o como vigilantes en el sinnúmero de tiendas. No hay grandes industrias.

El que no haya posibilidad de elegir es el gran problema de las ciudades pequeñas; pero aquí hay donde escoger: casi para cada caso (el hospital es una excepción) uno puede encontrar lo que los ingleses llaman *the other club*, un lugar donde nunca pondría el pie. Los profesores no viven en la colina de la Resurrección. ¿Por qué? Porque no. Por la misma razón por la que los leales al hospital nunca irán al bar de las brochetas.

No hay demanda de vino seco entre los bebedores locales. Pero también hay dos tiendas de vino.

—¿Lo bebe usted cada día? —le pregunta una joven vendedora a un pintor de pelo canoso al que las muchachas llaman a sus espaldas «Don Ramón», por el nombre de su vino preferido.

La vendedora no juzga al pintor, simplemente es curiosidad.

—No cada día, pero… sí.

Y ella, con el mismo tono respetuoso:

—Y ¿cómo? ¿A traguitos o de una sentada?

No sabe preguntarle de otra manera. Él la comprende y no se ofende. Por cierto, ahora se bebe menos: por ejemplo, se han acabado los regalos de vodka casero. También se fuma menos; se conduce con más cuidado; los conductores «fittipaldi» lo han dejado de ser o se han matado, y a los niños ahora se les pega menos. A pesar de todo, la ciudad de N. se mueve en dirección a Occidente más deprisa que Moscú.

En la capital hay más orden, las baldosas son lisas, las aceras, anchas, y nada de quioscos. Aquí con el orden las cosas están peor, pero tampoco hay torturantes obstáculos: parapetos de cemento, barreras en cada patio, evacuaciones obligatorias de las casas; y a una pareja del mismo sexo, aunque se la vea como algo extraño, se la tolera sin problemas, al menos en apariencia: a diferencia de nuestro Estado, los habitantes de N. han empezado a respetar la *privacy*, la vida privada.

Sobre el nombre de la ciudad. Los escritores, ya se sabe, son peores que los cerdos: «El cerdo no ensucia donde come, ni donde duerme», como expresó Semichasni, un político soviético, sobre el autor de *El doctor Zhivago*; por eso en los amplios espacios de las letras rusas solo se habla de Moscú, de San Petersburgo y un poco de Vorónezh, Tamañ, Mtsensk, la exótica Abakán («Pasan las nubes…», donde hay un museo de nubes), Magadán, Oremburgo, y del resto de las ciudades de nombres inventados como Yuriátin, Skotoprigónievsk, Kalinov (del drama *La tormenta*), Glúpov, Goriújino, etcétera. De manera que dejemos nuestra ciudad de N., no vaya a ser que se nos

disguste Semichasni.

«El mundo no se rompe, pase lo que pase»: se producen historias (más bien anécdotas), pero la capacidad de observación se debilita dada la excesiva familiaridad con el objeto, observado con demasiada proximidad. Para ver y asombrarse hace falta establecer una adecuada correlación entre lo viejo y lo nuevo, entre lo conocido y lo que ignoras. Y para suscitar la compasión a veces es suficiente un conocimiento momentáneo, superficial.

Olga L., de unos treinta y pocos años, vino desde una ciudad vecina para acompañar a otra mujer, la directora del jardín de infancia.

—¿Me recibirá, doctor?

Olga no necesita un cardiólogo, tiene el corazón sano, pero padece una diabetes aguda. ¿Tiene un glucómetro? No, se quemó.

¿Cómo puede quemarse un glucómetro si funciona con pilas? Resultó que se quemó literalmente, en un incendio provocado por un vecino borracho. Alcanzó a salvar a sus hijos (tres niños), viven ahora en un local adosado al jardín de infancia. Olga no tiene marido.

—¿Y el vecino, se salvó?

—¡Qué va! —replicó, sonriente—. ¡Quedó hecho un pollito asado!

También ocurren incendios en la ciudad de N. Se quemó una casa de una planta en el centro, murió una mujer. Le pasó por la ventana los hijos al marido, pero ella no pudo escapar. El marido sufrió quemaduras, que sobre todo le afectaron a los ojos. Está hospitalizado en la sección quirúrgica. Los hijos salieron sanos y salvos y los han ingresado, claro está, en la sección infantil. Nos informaron de que las autoridades, que ya no viajaban en Volgas, sino en automóviles más serios, gestionan el suceso personalmente. ¿Esto qué quiere decir? ¿Le darán a la familia una casa nueva? No. ¿Tiene el damnificado algún otro deseo? Que lo dejen en paz y le consigan unas gotas con antibiótico para los ojos. Al parecer, la última petición es demasiado trivial, aunque tampoco hay modo de

satisfacerla: las compras de los medicamentos se planifican con muchísima antelación.

El gobernador quiere echar un vistazo al hospital. La bata por encima de la americana, fundas para el calzado (inútiles si pensamos en la limpieza).

—A ver, abuelo —le grita a un anciano de ochenta años—, ¿te deja el doctor tomarte una copita, o no?

—No soy alcohólico —le responde el anciano—. Y oigo perfectamente.

El gobernador pasa a tratarlo de usted y le pregunta por las condiciones de vida. El abuelo se queja: la pensión casi no le llega para pagar los servicios comunales, y luego vienen las medicinas, la comida…

—Tiene usted sus derechos, solo que no sabe cómo ejercerlos —lo interrumpe el ministro, agitando una mano.

«Llamamos isla a una parte de tierra firme rodeada de agua por todas partes», escribe una pobre mujer en un relato de Chéjov. Contaba un paciente, restaurador, que al jefe —se refería a nuestro jefe supremo— le había gustado mucho el monasterio de Valdái, y en general le gustaban los monasterios. El jefe, al parecer, se encontraba en la isla no por casualidad. El hombre mandó construir un puente: unir la isla con tierra firme, y la isla dejó de serlo gracias a los buenos sentimientos de aquel. Los jefes pueden bombardear cualquier cosa, y esta circunstancia atrae la atención hacia ellos, como hacia cualquier peligro, pero son incapaces de proporcionar a un hospital unas pastillas o enfermeras, y por eso, como decía (mal) otro paciente, un georgiano, su poder no vale ni una triste higa, hasta que le explicaron cómo era la forma correcta de decirlo.

En la ciudad de N. no existe una autoridad capaz de construir un puente, y menos de bombardear algo. Los jefes son unos tipos bajos, fortachones, aunque con tendencia a engordar, unos muchachos con mariconeras, de las que no se separan ni cuando van a misa por Pascua. Del anterior alcalde, cuando dejó el piso que ocupaba y luego la propia ciudad, solo quedó una decena de extintores, herencia de su antigua profesión, por la que se lo recuerda. Lo cierto es

que solo se temía a la autoridad:

—Una vez vino un general y se puso a gritarle a Pável Andréyevich —nos contaba llena de entusiasmo la secretaria un día que vino corriendo al hospital a por algún papel—. Le gritó de tal manera, pero tanto, que Pável Andréyevich… —soltó de pronto en falsete por todo el pasillo— ¡se cagó encima!

Un ejemplo del tipo de relaciones que hay que tener con las diversas autoridades nos lo ofreció el cirujano de un distrito vecino a N. Acabada la jornada de trabajo, se presentó una inspección. «Un momento, ahora voy…», pidió el cirujano, se dirigió al cuarto vecino, se cambió y se fue a casa. Los inspectores lo esperaron un rato y al final también se marcharon.

«Nunca te pongas en el lugar de tu jefe», le aconsejaba a su madre el director de una gran facultad moscovita donde aquella trabajaba. El director sirvió de prototipo para un personaje de Solzhenitsyn, el coronel Yákonov (el jefe de una *sharashka,* un centro de investigación penitenciario). Ni bajo su mandato, ni más tarde, la madre tuvo que ir a trabajar en festivo ni hacer ningún otro trabajo «voluntario», ni siquiera cuando dirigió un laboratorio, y su negativa no tuvo consecuencia alguna. «No quiero.» Y punto.

Las señoras (la del agua, la de la red eléctrica, la del gas…), los veraneantes, los extranjeros, los tayikos («Jefe, ¿tiene algún trabajo para mí?»), los pintores, con doble residencia —en N. y en Moscú, y algunos incluso en París—, los empresarios, la intelectualidad técnica local (del Centro de Investigaciones Cósmicas): cada grupo con su jerarquía, sus estratos, a veces representados por tan solo unas pocas personas. Y justo al lado, los bajos fondos: la enfermera a la que su marido (que ha regresado no hace mucho de un centro de reclusión) pega de manera regular; una mujer sola de Moldavia, que se contenta con que le dejen venir a limpiar una casa con su hija de cinco años (por lo general no se lo permiten y la niña se queda sola casi todos los días). En este ambiente, donde se lucha por la

supervivencia, vive gente sin agua corriente e incluso sin electricidad («tiene usted derecho a», etcétera), y uno puede encontrarse la taza del váter en la cocina (unos amigos lo vieron durante una visita para recoger firmas…). Y también aquí se producen historias sorprendentes.

A Volodia K. lo soltaron de la cárcel antes de lo previsto para que ingresara en el hospital de la ciudad de N., para dejarle morir allí (tratamiento en el lugar de residencia). De sus cuarenta y dos años —y esto cuesta creerlo— se había pasado en total veintiséis encerrado («en el trullo»), con ocho condenas. A la pregunta de si esto podía ser cierto, el jefe de la policía, un visitante asiduo del hospital —tanto durante el servicio como en calidad de paciente—, dijo: «Les gusta inflar las penas. Pero unos diecinueve años, seguramente, sí los habrá pasado». La última vez, según declaró su hermana, Volodia le afanó algún mueble. (¿Existen en Moscú hospitales donde ingresen tanto un jefe de policía como aquellos a los que este ha encerrado?)

Trajeron a Volodia directamente del ascensor al despacho principal de cardiología y se le encontraron lesiones en las válvulas aórtica y mitral. En el hospital el paciente se mantenía vigilante; a veces le daban breves ataques de ira: los médicos —personas de uniforme— no eran de su agrado. Pero se tomaba las pastillas con regularidad, dejó de sufrir ahogos y desaparecieron los edemas. Luego se marchó a Moscú para que le remplazaran las válvulas: era este el único modo radical de ayudarlo.

Operó a Volodia el padre Gueorgui, coronel-general, profesor, académico de la Academia de Ciencias y sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Ucraniana, exministro federal, director de la Academia Militar Kírov y otras muchas cosas, además de numerosos detalles relevantes: en el instituto que él dirigía estableció la norma de que el personal se confesara al director. «No temas. De aquí, si pasa algo, te vas directamente al cielo.» Con estas palabras, según contaba Volodia, lo despidió el padre Gueorgui antes de que le aplicaran la anestesia. Pero todo pasó como es

debido: le colocaron las dos válvulas, y ya sobrio, rosadito, lleno de gratitud, Volodia regresó a N.

—Puedo hacer por usted lo que me pida.

—¿Como por ejemplo?

—Puedo sacudirle a alguien.

—De momento no se me ocurre a quién.

—Puedo pasar un tiempo a la sombra por usted.

¡Vaya! De modo que podrías robar una vaca o un ganso, o romper la vitrina de un bar (lo llaman estalinista, por el retrato del Gran Guía que han colgado en él) y Volodia se haría cargo de la pena que te echen por tu crimen.

Murió al cabo de varios meses, pero también al final la suerte le sonrió. Volodia se colocó en los servicios funerarios, recogía a los fallecidos en sus domicilios, y un día, al llevarse de un piso a un difunto, conoció a una mujer que justo había enviudado. Se gustaron y al poco iniciaron los trámites en el Registro Civil. Aunque a Volodia se le avisó de que combinar la warfarina (un medicamento para prevenir que se obstruyan las válvulas) con el alcohol era mortalmente peligroso —pero ¿cómo no beber en tu propia boda?— el hombre no pudo renunciar a este placer. Y así se le acabó la vida: con un derrame cerebral.

La ciudad debe su relativo bienestar —cultural, sanitario, arquitectónico— a los forasteros, a los veraneantes y a aquellos que se quedaron en ella para siempre. La ciudad de N., como los Estados Unidos de América, fue creada por gente llegada de fuera. Los veraneantes intelectuales reconstruyeron el templo en la colina de la Resurrección (en la época soviética, primero fue un horno de pan y luego se convirtió en un almacén de «artículos culturales»); los veraneantes incluso organizan conciertos, exposiciones anuales, ofrecen a los locales algún que otro trabajo y, en los cafés, quienes comen son también ellos. Es natural que susciten cierta hostilidad: a los franceses no les gusta Norteamérica; a los griegos, Alemania; es duro depender de gente de fuera. Pero ni incluso entre los adolescentes locales se da una seria animadversión hacia los veraneantes.

Los niños juegan a las «creídas», fingen que son damitas moscovitas. Se lanzan sobre un reflejo solar en el suelo y gritan: «¡Solárium! ¡Solárium!». Las «creídas» pueden ser de todas las edades:

—Creo que esto es algo que usted debería saber —exclama entre suspiros una moscovita de ochenta y pico años—. Cuando tenía tres añitos mis padres tuvieron una pelea horrible.

¿Comprende la señora que se encuentra ante un médico?

—Y mi papá me agarró de las manos y me dejó colgando de la barandilla del puente y le gritaba a mamá que me soltaría si ella hacía lo que le daba la gana y no lo obedecía. Desde entonces tengo dilatado el ventrículo izquierdo.

No lo tiene dilatado. Pero un diagnóstico como este no le sirve para nada.

La jerarquía de los veraneantes se establece independientemente de sus fortunas, o, digamos, de las excelencias arquitectónicas de sus dachas. Es mucho más sustancial el éxito alcanzado, aunque no en Moscú: un libro publicado en Norteamérica, un cuadro adquirido por un museo de Berlín, acabar de regresar de una gira por Japón…, todo esto se valora; ya puedes colocarte en la cabecera de la mesa y largar. También los lugareños respetan los éxitos cosechados en el extranjero: para el entierro del pintor Eduard Shtreinberg —un destacado artista y amigo de todos, trajeron su cadáver de París y lo enterraron aquí—, la policía se vistió de gala y cerró al tráfico la zona, aunque del templo al viejo cementerio no había más de dos minutos y en la ciudad nunca hay atascos.

Mi bisabuelo por parte de madre, como muchos presos políticos (lo condenaron en la primavera del 33, con un grupo de catorce médicos), apareció en la ciudad de N. no del todo por su propia voluntad: después de la cárcel Butyrka, de la construcción del canal Belomor y de la guerra. «Este es, por si acaso, un buen refugio para la familia», escribió en su diario. En Vladímir, donde el

bisabuelo fue médico jefe, con el regreso de los militares del frente, su situación se volvió de nuevo peligrosa como persona con antecedentes (podrían denunciarlo, encerrarlo).

De modo que llegó aquí en el verano del 46, con su nieta, una niña de diez años. En aquellos tiempos se tardaba doce horas en llegar desde Moscú: primero en tren, luego tras un carromato con el equipaje, unos siete kilómetros hasta el puerto, y, finalmente, en barco río arriba.

Aquí, en la vieja casa de la calle Pushkin, se instaló mucha gente conocida y desconocida: la ciudad de N. tuvo la fortuna de hallarse a la distancia adecuada de la prohibida Moscú. A principios de los setenta, unos años después de la muerte del bisabuelo, saquearon la casa y la derruyeron, de modo que el contacto con la ciudad se interrumpió. De los tiempos pasados se salvaron los azulejos de la estufa, que conservó mi madre, y un enorme tilo que sigue en un rincón del patio. De los primeros recuerdos de la infancia: este mismo tilo y algunos olores: la humedad del sótano y el polvo atacado por la lluvia.

En el año 46 había aquí un solo responsable del NKVD; en los setenta el número de funcionarios de este cuerpo de la policía secreta creció a los once; tanto se habían multiplicado en la ciudad de N. los enemigos. Y ahora no hay modo de averiguar cuántos hay.

En cualquier caso, los europeos se sienten aquí muy cómodos. Un italiano, mosaiquista, vive en la ciudad con su mujer desde hace años. No hay modo de asombrarlo con los vericuetos de la historia rusa:

—*Che cazzo!* Cuando vosotros aún saltabais de árbol en árbol, nosotros ya éramos gais.

Su mujer entró en una tienda armenia, mientras él se liaba un cigarrillo, fumando junto a un tenderete de pepinos.

—¿A cuánto? —pregunta un comprador.

El italiano abre los brazos: *italiano* (no habla ruso).

—Entendido, italiano. Pero ¿a cuánto van los pepinos

italianos?

No se sorprenden al ver a un extranjero. Los hay alemanes, franceses, indios, norteamericanos, de todo tipo. A los tayicos, azerbaiyanos, armenios o moldavos no los toman por extranjeros, pero tampoco los incordian: qué le vamos a hacer, han tenido mala suerte.

En el túnel de lavado de coches ha aparecido un nuevo empleado: Súrik, Surén. ¿Y el de antes?

—¿Gágik? Lo han encerrado, pues. Se ha cargado a un azerbaiyano…

Le han echado cuatro años. Parece demasiado leve, ¿no?

—No se lo ha cargado, papá, lo ha intentado, pero solo lo ha herido —interviene el hijo de Súrik de diez años; va al colegio y en verano ayuda a su padre.

Los domingos vienen turistas que visitan la iglesia de la Resurrección, el «niño dormido» (bajo la estatua está enterrado Borísov-Musátov) y descienden a la Roca.

El guía cuenta que a principios de los sesenta, vino como pudo de Kíev el estudiante Senia O., «un muchacho con los pantalones destrozados» —como escribe Ariadna Efrón (la hija de Marina Tsvetáyeva)—, un espíritu romántico, de una pureza cristalina, de esos a los que ahora llaman «maravillosos». Se presentó tan solo con un deseo: cumplir con la postrera voluntad de la Poeta, hasta tal punto impresionaron a Senia los versos de Tsvetáyeva: «Yo quisiera yacer en la tumba de la paloma de plata…».[*] La roca que colocó Senia (extraída de la cantera local) la retiraron al cabo de pocos días. Las buenas obras —como la ayuda (aunque sobre todo con armas)— dirigidas entonces a los «niños de Dzhankói», a los africanos y a los árabes no las realizaba más que el Estado, sin cuyo consentimiento no se podía hacer nada, no solo a Tsvetáyeva, sino a nadie, ni siquiera a Khruschov. Pero, por otro lado, la intelectualidad de la ciudad de N., sobre todo el sector femenino, valoró el arranque de Senia. «Sorprenderlos (a los intelectuales) es un juego de niños. Se los puede atrapar con los ojos cerrados.» El triunfo de Senia fue fantástico, pero su triunfo no fue del

gusto de todos. De Senia hasta se ha escrito una novela. De modo que la ciudad de N. hace mucho que está vacunada contra las buenas obras. La roca actual la están reconstruyendo y Senia se encuentra lejos, en Nueva York, creando «dulces versos para niños, para que no olviden la lengua rusa».

Las tiendas, los bares, los hoteles y las casas de descanso son propiedad de empresarios locales, gentes de peculiar encanto. Se han acostumbrado a la idea de que es mejor actuar al margen del Estado y desprecian a aquellos que gracias a los galones o a los amigos se llevan su buena mordida. Así se expresan, «con tal de llevarse un buen mordisco». Entre los suyos abunda la terminología criminal, pero son gente a la que le puedes pedir ayuda sin cargas morales. A veces te la niegan, pero actúan sin problemas, sin todos esos «lamentablemente» o «usted no encaja en nuestro programa». Sin alguno de los empresarios que nos ayudaban en secreto, el hospital lo habría pasado mal. En su momento se quedó muy extrañado de que a su abuela de noventa y dos años nadie le preguntara qué quería a su edad. Lo mismo que los demás, estaba claro: vivir más años y sentirse bien. La tratamos, la ayudamos. Ahora ya ha fallecido, pero el nieto sigue ayudándonos.

Las mujeres de mediana edad dirigen, como corresponde, los temas de importancia práctica (los servicios comunales, las escuelas, el fondo de pensiones, la tesorería, el Registro Civil) y sobre sus espaldas, para bien y para mal, se sostiene el día a día de la ciudad. Estas damas no están en contra de tomarse unas copas con las compañeras ni de cantar en alguna celebración, y son mucho más agradables que los de las mariconeras. A veces, parecen completamente comprensibles, casi de tu gremio, y otras no. Por ejemplo: en una clínica trabajaba un médico de atención primaria, un tipo alto, triste y muy mediocre. Y supimos que ahora está detrás de la caja de una de las farmacias de Moscú. En el banquete de Año Nuevo, entre los aperitivos y el baile, se hablaba sobre las hortalizas que solía vender el médico por su cuenta. A los contertulios su

degradación profesional no les parecía algo trágico, ni les daba lástima que el hombre hubiera abandonado la ciudad: antes de estar tras la caja de una farmacia, el médico se había dedicado a vender buenas hortalizas.

Los sábados, para los vecinos, el mercado de la ciudad de N. se presenta como el acontecimiento más importante. Aquí se puede oír de todo:

—No le ha dado salud el Altísimo a nuestro patriarca —comentan el óbito del patriarca Alexi.

Y la respuesta:

—Tampoco vida.

Otra pareja de compradoras:

—¿Para qué le compras todo esto? —Probablemente refiriéndose a la suegra o a la madre—. Con toda esta comida te vivirá hasta los cien años.

Una tercera:

—Pues al mío ni hígado le ha quedado. Los médicos dicen que se mantiene solo gracias al estómago y al páncreas.

No ha habido asesinatos dignos de mención desde hace muchos años, desde que se cerraron los casinos. La prohibición de los negocios relacionados con el juego y la reducción del servicio militar obligatorio: estos, diríamos, son los dos únicos méritos que se le pueden atribuir al poder actual. Aunque, con el paso del tiempo, es fácil que algo se te escape: por ejemplo, que a Yeltsin se le practicara un baipás y el número de operaciones en el país se multiplicara por diez. ¿Quién se acuerda de este paso adelante?

De entre los crímenes de los que se habló entonces: el robo a un banco, un asalto a mano armada (cortaron la electricidad de la ciudad, robaron y dejaron tirado un coche), y se llevaron dos cuadros: un Polénov y un Aivazovski; no dieron con los culpables en ninguno de los dos casos. Y también la paliza que les propinaron a unos residentes en la casa de descanso. Trece personas reclamaron al mismo tiempo el servicio de urgencias: apalearon a las víctimas de noche, con palos de béisbol y

por encargo del director de la misma casa de descanso, que se ofendió por una broma de mal gusto. La historia se hizo muy popular en todo el país, como una novedad en el mundo de la hostelería.

Una vez nos dirigimos a la policía; fue en 2008: alguien recorría las casas con unas octavillas que metía en los buzones de correos, en las que se decía que los médicos trabajan para la CIA. Aún no había aparecido el actual término de «agente extranjero». Y en el pasquín se decía: «Extremistas foráneos de otras razas dan de comer a los sintecho para trasplantar sus órganos…», es decir, preparaban el ambiente para una nueva caza de brujas como la de los médicos en el 53. Entonces no encontraron a nadie y la cosa se calmó. Muy a la rusa, el caso no se aclaró y con el paso del tiempo: ¿a qué buscar? Es agua pasada.

Al menos, la propia policía de la ciudad no se percibe como un peligro. Las relaciones con los agentes son de tú a tú, todos también son funcionarios, y tienen hijos, esposa, familiares y de vez en cuando necesitan de los médicos.

He aquí una historia. Reciente, pero moscovita. Llega una ambulancia al despacho del médico de guardia y entra corriendo una enfermera: «¡Han traído a uno de tráfico!». Alegría y jolgorio general: el poli viene con un infarto de miocardio. Y la esposa que grita: «¡Que el mío trabaja en un despacho!», queriendo decir que, como no pone multas, piedad, no me lo matéis. Algo así a nadie se le habría ocurrido en nuestra ciudad.

De entre las confesiones cristianas, están presentes: los pentecostistas (arriba, en la colina, tienen el templo), los adventistas del séptimo día (al otro lado del río está su escuela, una universidad y un centro de traducción de la Biblia) —ambos mantienen una actitud sumisa—, y los ortodoxos, que son, naturalmente, la mayoría.

Un petimetre entrado en años, recién llegado, nada contento con la ciudad, suspira:

—Tienen ustedes todo como gris, poco atractivo. Aunque tampoco en Moscú las cosas son mejores.

¿Y dónde lo son? ¿En el monte Athos? Porque, salvo la

salvación del alma… Aunque en la realidad, necesita muchas cosas, y además: ya mismo, gratis y de calidad. Por eso se ha presentado en el hospital de la ciudad de N.

La religiosidad de la anciana Olga Mijáilovna, con su insuficiencia cardiaca, es más directa y, además, alegre.

—Por mis convicciones, soy comunista. Pago incluso las cuotas. Pero ¿sabe?, soy supersticiosa. Me parece que me ayudan no solo sus pastillas, también lo hace Dios.

Otra mujer, ortodoxa, directora de un almacén de artículos de oficina:

—Dejaré de fumar, seguro. Hasta lo he hablado con el pope. Porque un buen cristiano no puede fumar, ¿no es verdad? Durante las peregrinaciones no fumo, pero cuando regreso vuelvo a las andadas; porque aquí los nervios, ya se sabe… Trabajo en un almacén y tengo una responsabilidad. Por cierto, doctor, si necesita grapadoras, carpetas, rotuladores, tenemos a montones.

La mujer ríe, ha traído una bolsa enorme llena de artículos de oficina. «Por eso os digo que os valgáis de las riquezas mundanas para ganar amigos…» (Lucas 16, 9) De entre las enseñanzas de los Evangelios, esta es la que se ha aprendido mejor.

Finalmente, Nastia, una niña de trece años con un retraso en el desarrollo. La enfermera le toma una muestra de sangre y le pregunta para distraerla:

—¿Qué signo eres?

—Ninguno —le responde la niña—; yo no tengo signo del zodíaco, soy cristiana.

La respuesta de la muchacha desarma a la enfermera: también ella es cristiana pero tiene signo del zodíaco.

Todos pueden entrar en la UCI, incluidos los sacerdotes. A veces se les pide venir a ver a los pacientes que agonizan: para la extremaunción y la comunión.

«Pero ¿hay alguna esperanza de que sobreviva?», pregunta un sacerdote joven. La extremaunción es una ceremonia pesada, ¿valdrá la pena? Un infarto grave, ventilación pulmonar asistida, varios días ya inconsciente. Y los milagros…, ¿quién cree en ellos, salvo los parientes?

Otro sacerdote trató de disuadir a varias mujeres de abortar. Se presentó en la sección de ginecología: habló con pasión y vehemencia, pero las mujeres, en lugar de atenderlo, se pusieron a gritar: una no tiene con qué alimentar a su futuro bebé porque no tiene trabajo; otra no tiene marido, y una tercera busca cobijo en cualquier rincón. «Haberlo pensado antes», les dijo a las mujeres y se marchó.

Los sacerdotes más cercanos a su parroquia tienen poca libertad, menos incluso que los médicos. No todos, gracias a Dios, pero por alguna razón, se convierten rápidamente en parte del sistema: escuela, mili, hospital, cárcel. Mucho se esperaba de la Iglesia mientras estuvo reprimida, e incluso después, en los noventa; pero, de hecho, lo único que les ha enseñado a sus fieles es que no deben comer en los días de ayuno.

Mucha añoranza por el pasado, incluso por el ajeno. Con los pacientes es mejor no hablar de política. Pero te parece que si una mujer tiene una válvula mitral extraña, debe de ser interesante. Natalia, de treinta y seis años, piloto amateur de aviación y periodista, añora la Unión Soviética.

—¡Eso era poderío!

Pues bien, nada interesante; ni siquiera vivió de verdad en la Unión Soviética. Los jóvenes comunistas del Komsomol se reproducen solos, sin organización alguna. Y el siguiente paciente es una viejecita que, en respuesta a la pregunta de por qué no se toma las medicinas, te dice:

—¿Y a quién le hacemos falta? Antes las cosas eran diferentes…

Está claro. Antes el Estado se preocupaba por los ciudadanos. Y ambas viven una sensación de orfandad; aunque los padres de la primera siguen vivos. A la anciana es más fácil comprenderla, vive sola.

La nostalgia por la Unión Soviética se ha convertido en un lugar común: todos nos temían y había muchas cosas buenas: sanidad gratuita (aunque quién sabe qué quería decir eso), revistas literarias con tiradas enormes. Maravillosas películas de dibujos animados. Los judíos,

después de huir de Egipto, también añoraban sus años de esclavitud: tanto las «ollas de carne» y el pescado que comían gratis en Egipto, como los pepinos y melones, incluso la medicina egipcia o, quién sabe, también la enseñanza.

«En huérfanos pañales / envueltos desde que nacisteis / olvidad los funerales / por los paraísos donde no estuvisteis.» De la casa de los Tsvetáyev el poder soviético no dejó ni rastro; allí ahora está la plazoleta de la misma casa de descanso en la que hay un estanque con peces y donde tan poco corteses fueron con los residentes. Frente al hospital hay un museo: entre los objetos de Marina Tsvetáyeva solo queda el espejo en el que tal vez se reflejara la poeta. Para concluir la excursión, la muchacha que trabaja allí declama en voz alta «A mis versos» y anuncia que «a mis versos, como a los vinos más valiosos, les llegará por fin su hora».

Son pocos los auténticos fanáticos. He aquí, no obstante, uno de ellos: en el 38 fusilaron a su padre y él también se las ingenió para pasarse unos años encerrado por protestar contra la entrada de las tropas soviéticas en Hungría. Khruschov lo soltó al poco (aunque odia a Khruschov). Ahora, a sus ochenta y pocos años (coetáneo de mi madre, recuerda a su maestra de inglés de entonces, Margarita Rabinovich. «También a ella la en-cerraron», y aquí es donde empezó nuestra conversación), da clases de Filosofía, Teoría de las Religiones y Sociología en una universidad moscovita, y aquí, en la sección en la que está ingresado, hace propaganda del estalinismo.

—¿Y qué pasa con su padre?

—Sí, excesos los hubo… Aunque, por cierto, también Churchill lo ensalzó…

Sí, a los estalinistas también les gustan las alabanzas que llegan del extranjero.

El profesor no se expone a nada, no le ocurre lo mismo al tranquilo y sensato K., un ingeniero de la región de Moscú.

K. necesita anticoagulantes; en su caso, el riesgo de

trombosis es muy alto. Hay dos versiones: la barata y la cara, pero ninguna le va bien: la barata lo obliga a frecuentes análisis, pruebas que no se practican en su clínica, y la cara le cuesta casi cuatro mil rublos al mes, dinero que no tiene.

—Antes nos ganábamos la vida, pero ahora no. La crisis, el precio que hay que pagar por Crimea.

Entiende con gran claridad la situación.

—¿Y qué, estamos dispuestos a pagarlo?

—Sí —contesta inesperadamente K.—, estamos dispuestos.

—¿Y qué pueden hacer los que no están en condiciones de hacerlo?

Se encoge de hombros.

—Meterse en la cama y morirse.

Y el primero que ha de morir es él. Pero «*Merde!* La guardia muere, pero no se rinde». Qué le vamos a hacer: no hay, pues no hay. En los dos casos no hay esperanza de que se curen: tanto el profesor como K. son personas adultas, han leído *Archipiélago Gulag*, saben de la existencia de la fosa común del polígono de Bútovo, los primeros centros de reclusión, como las islas Solovkí, las cuotas de fusilables, Katyn y todo lo demás, pero eligen el poder militar, el programa espacial y el hockey soviético.

No todos, sin embargo, están dispuestos a abrazar este ideario.

—Nina Ivánovna, o sea que usted vivía en Moscú, pero trabajaba ¿de qué?

—Oh, yo tenía el mejor trabajo del mundo: era pulidora. En la fábrica de relojes Kírov. Entrabas en el taller instrumental… —Y Nina Ivánovna entorna los ojos de placer—. Todavía hoy sueño con ese olor; no hay en el mundo mejor aroma.

—Y entonces ¿por qué se fue?

—Porque empezaron los retrasos con el sueldo. Y me marché. Para qué diablos voy a tragarme todo ese polvo. «Entre todos los mandamases, los médicos son los mejores», me decía Brailovski, un compañero de curso de mi madre y

amigo, después de años de cárcel y destierro (lo encerraron a principios de los ochenta por actividades sionistas). Una alabanza de dudoso valor, pero merecida. La asistencia sanitaria rusa, al igual que la soviética, forma parte de un sistema represivo: prohibido salir del hospital, prohibido trabajar en él, no puede parir, operación rechazada; su estado es grave; la fiebre es normal, las visitas: de seis a ocho.

No, no puede ir a otro hospital. No soportará el traslado, no pregunte por qué. Prohibido esto y aquello: tomar café, volar en avión, emocionarte. No puedes inclinarte, dormir sobre el lado izquierdo, conducir, llevar cargas pesadas; prohibido entrar en la sala sin fundas para el calzado…

Qué le vamos a hacer. Se pasa usted el día entero ante la pantalla, ya tiene usted sesenta (o cien), han llegado tarde a la visita del médico, tienen la culpa de todo; no cometáis crímenes y no os encerrarán. Hay códigos, estándares, planes… Pero podemos compadecernos: una vez una médico de prestigio le dio un consejo a una joven violinista a la que le dolía la espalda: pasar el violín al otro brazo. Aunque también podrían haberla metido en una pesadilla administrativa y suspirar: «Así es nuestro país».

La idea de que un médico ha de actuar en interés del enfermo y no para agradar a la institución en la que trabaja, al sistema de sanidad o para el provecho y gloria de la Patria suena tan revolucionaria y paradójica como el mandamiento «Amaos los unos a los otros». A veces, durante el mismo día, de pronto, se presentan en la consulta personas a las que han operado en las clínicas más prestigiosas de modo completamente arbitrario y sin síntoma alguno que lo justifique. Ellos mismos ven que se han sometido a un riesgo inútil, que su estado no ha mejorado, pero tampoco creen que algo así pueda ser posible, como tampoco las personas en los años treinta y siguientes creían que podían encerrarlas o fusilarlas porque sí, por nada, «para cumplir con las cuotas».

Una paciente, una médico de Moscú, ha venido a por

una segunda opinión: le han prescrito una operación. No tiene otros síntomas. Padece de un prolapso de la válvula mitral, en estado bastante grave; pero de momento no hace falta operarla. Ella misma no desea descubrir hasta qué punto está enferma, tampoco quiere que le mandemos informe alguno, no tiene correo electrónico. Los intentos de aclararle la situación (la parte anterior es más difícil de reparar que la posterior, etcétera) son inútiles:

—Pero si solo soy una médico de distrito…

Pero un médico no es lo mismo que un policía de distrito.

Sonríe: no hay que operarla… Menos mal, se siente más tranquila.

Me cuenta: en su hospital todos están convocados a un mitin moscovita autorizado, un acto en contra de la optimización, es decir, contra la reducción del personal médico, pero ella no está segura de si vale la pena asistir.

Corrió el rumor de que echarían a todos el siguiente viernes; se convocó una reunión. Todo parecía indicar que había que protestar. Pero luego las autoridades trasladaron la reunión, de manera que no echarían a nadie y puede que no lo hagan; entonces ¿para qué ir al mitin? Pero ¿y si la protesta llega hasta los de arriba?, ¿si lo transmiten por la tele?

—Pero la gente va a los mítines justo para que el problema llegue hasta las autoridades, ¿no?

Suspira.

—Para usted es fácil decirlo.

Me lo contó un buen amigo, un pintor, también de la ciudad de N. En cierta ocasión, para una exposición en París, necesitaba pintar un desnudo de una mujer delgada. El pintor se fue a la famosa place Pigalle y se trajo al taller a una prostituta muy delgada. El pintor le pidió que se desnudara y se dispuso a pintarla. Para su asombro, la mujer se negó a posar e incluso se ofendió. «Yo soy prostituta, no modelo.» Hay una variante italiana de la misma historia: «*Signora*, yo soy ladrón, no cartero», respondió un ladrón a la propuesta de devolver los

documentos que contenía la bolsa robada. Qué dignidad la de los europeos. O como dice Epijódov en *El jardín de los cerezos*: «En el extranjero ya hace tiempo que todo es muy complicado».

Pidiendo dinero tanto a conocidos como a desconocidos para que nos ayudaran con el hospital, revisando las cuentas y consultando a colegas —a los locales, a los de Moscú y de Norteamérica— vimos que aquí, no obstante, se podía hacer aquello que nos parecía lo correcto. Hay, sin embargo, enfermedades que en la ciudad de N. no podemos curar. Por ley y porque no tenemos ni aparatos ni personal. Hay pacientes que debemos enviar a Moscú y, en el peor de los casos, a un centro regional. Una de estas enfermedades es el cáncer. Nuestro retraso, si lo comparamos con otros países, es especialmente manifiesto en oncología: sí, es un tumor (aunque acostumbran a llamarlos más a menudo «neoplasias»), sí, pero tenemos lista de espera para casos como el suyo, y si luego, además, el electrocardiograma ha salido mal, arregle su ritmo cardíaco y venga dentro de cuatro meses, que es cuando ya nos encontraremos en la última fase: «tratamiento domiciliario». Los «condenados» —así es como los bálticos veían a los judíos durante la guerra—: ¿para qué apiadarse de ellos inútilmente?, ¿para qué? No vaya a ser que sufras de estrés laboral… A los enfermos no se los arroja desde una roca ni se los fusila, sencillamente no se los trata y además la gente está educada así: hay cosas importantes —las Olimpiadas, Crimea—, las mujeres mayores y además enfermas no tienen importancia. Aunque nosotros tampoco somos unos cafres: les construiremos casas de ancianos, un concepto de moda; no en vano les gustan tanto a las autoridades (los geriátricos están llamados a evitarnos el exceso de tratamientos: como, por ejemplo, que no les cambien las válvulas cardíacas a los ancianos con demencia profunda, y en nuestro país hasta sin demencia alguna; si ya tienes más de setenta puedes olvidarte de la operación).

El caucásico Akhmad fue un modelo de auténtico coraje: su historia se conoció cuando acabó felizmente.

Akhmad vivía en un pueblo alejado de la ciudad de N., trabajaba de tornero, y no es que no hubiera estado en Europa o en Estados Unidos, es que no había pisado Moscú. Hace unos meses empezó a perder peso y a sentir unos dolores. Akhmad fue al hospital y le encontraron un tumor. Sección de oncología: un tratamiento complicado, hay que examinar el corazón, los pulmones, apuntarse aquí y allá. Viajó a Moscú, a una conocida clínica, aunque tampoco sacó nada en claro.

La casa de ancianos (que la gente llama «difuntorio») aún quedaba lejos, pero Akhmad se dio cuenta de que no le quedaban años, sino semanas, y habló con la familia. En Bélgica (qué suerte la de los caucásicos, que tienen parientes en todas partes) apareció un sobrino que le contó que allí la asistencia médica era buena. Y Akhmad vio claro su objetivo: viajar a Bélgica. Los ahorros (dos mil euros) se fueron en la mordida para el visado. El visado no funcionó, pero le devolvieron el dinero. Y Akhmad se despidió de la familia, llegó hasta la fronteriza ciudad de Brest en autobús, atravesó la frontera (para lo que existe un «mecanismo») y tras cruzar Polonia, Alemania (la medicina alemana no es peor que la belga, pero el sobrino no le habló de Alemania), haciendo autoestop y sin saber ni una lengua extranjera, llegó finalmente a Bélgica, donde se entregó a las autoridades: pidió asilo, pero no dijo nada de su enfermedad.

Mandaron a Akhmad a un campo para personas desplazadas, pero no había guardias sobre las torres, ni había perros ni alambre de espino. Una residencia en el centro de Bruselas, una habitación para cuatro. Le daban de comer y hasta le pagaban algo; la condición de refugiado se la concederían (o no) al cabo de unos meses, que en su caso no tenía. Pero Akhmad no pidió ver a un médico, esperó a que lo visitaran.

Después de que en uno de los grandes hospitales de Bruselas lo operaran, al parecer, con éxito y le aplicaran unas sesiones de quimio para que el cáncer no se reprodujera, Akhmad anunció que sentía añoranza y que

quería volver a casa. Por cuenta del Estado y a través de organizaciones internacionales, mandaron a Akhmad de Bélgica a casa, acompañado de un médico, por quien me ha llegado esta historia. Y le entregaron una reserva enorme de analgésicos, que, quisiera creer, no tendrá que usar.

Akhmad se muestra digno y sin una gota de arrogancia. Por su valor y sus ganas de vivir recuerda al cardo tártaro en medio del campo, el cardo de Tolstói en *Khadzhi-Murat*. «¡Qué energía!»

—Doctor, pero ¿qué es una apoplejía?

—Es como si te cortaran las manos y los pies.

—Pues mi mujer me dice que a ver cuándo me cortan la lengua.

La cosa está clara: una pareja bien avenida, los dos beben juntos cada tarde, juntos llevan el negocio y juntos vienen a marear al cardiólogo.

Al siguiente paciente también le gusta el hospital. Recorre con la mirada el despacho de cardiología:

—Aquí le habría gustado tratarse a Marina Tsvetáyeva.

Aquí también todo está claro: el intelectual ha venido de lejos, pero ha tenido tiempo de pasear junto al río y ver la roca dedicada a la poeta.

Comprender la situación es la condición básica de la vida en la ciudad de N. Al oír los ladridos de un perro desconocido o la bocina del coche del vecino, la gente sale a la calle a ver qué pasa: no debe haber misterios.

El paciente tiene un infarto, extenso, con complicaciones, nos pasamos la noche con él. Y ahora, por la mañana, se dispone a irse a casa.

—Se ha vuelto loco. Hay que atarlo —dice la enfermera.

No, el hombre está en sus cabales, aunque con sus manías:

—¿Sabe qué día es hoy?

—Hoy es el día del nacimiento de la Organización Pansoviética de los Pioneros.

Lo miramos en internet. El 19 de mayo, correcto. Y ¿cómo ha llegado aquí?

—En transporte privado.

Entendido. Ha dejado el coche bajo las ventanas del hospital y ahora teme por su suerte.

—Si quiere, se lo cambiamos de sitio. Deme las llaves.

—No es eso. Por culpa de sus medicinas me duele el hígado. —Miente.

Los intentos de convencerlo no han servido. Qué le vamos a hacer, otro que está «cansado de permanecer internado» (magnífica fórmula hospitalaria); todo el mundo tiene derecho a irse. Pronto, es cierto, no han pasado ni veinticuatro horas y el riesgo es grande, pero esto no es una cárcel. Desconectados los cables, extraídos los catéteres. Pero no cambien las sábanas, volverá dentro de poco. Y justo: al cabo de unos veinte minutos suena el timbre.

—Me muero, bajen el ascensor.

Ha dejado el coche en un garaje y ha regresado en taxi.

Otro hombre llamado Nikolái lleva un enigmático tatuaje en el brazo: VOVVA. ¿Qué es esto? Y ¿de dónde viene la doble uve? Nada se te ocurre que no sean bobadas. Preguntárselo no parece muy apropiado, pero la curiosidad es más grande. El misterio se resuelve inesperadamente: NONNA, así se llamaba una amiga de juventud, de la cual tenía celos su esposa. ¿Qué no hará uno por amor? Y de nuevo el hombre tuvo que soportar el dolor de tachar unas líneas más en el tatuaje: cambiar las enes por uves.

En el veloz transitar de caracteres y situaciones transcurre la vida hospitalaria y la de sus alrededores. El número de pacientes que han pasado por la atención primaria, incluidas las urgencias, durante mis años de trabajo en la ciudad de N. ha superado los doce mil; la mayoría, varias veces. Uno se olvida de todo si no toma notas: y ahí están las víctimas de incendios y el delincuente Volodia, la pulidora de la fábrica de relojes y la almacenista religiosa y el ingeniero K. («La guardia no se rinde…», quien finalmente tuvo una apoplejía.) Hasta los niños de Dzhankói se convierten en una vieja historia, aunque desde entonces, desde cuando recogimos aquel dinero, no han pasado ni tres años. O este enfermo que vino en 2009 y se

ofendió porque no lo habíamos reconocido:

—Ha envejecido usted, doctor. Soy yo, Krymtsov, con y griega.

¿Cómo iba a escribirlo si no?

Los hombres viven en la ciudad de N. una existencia hasta cierto punto monótona, pero —como ya escribí: «bajo mis pies, la tierra, y encima, el cielo»— cómoda, acogedora. Hay cosas que te emocionan, otras que te irritan. No te gusta el orden político y no solo el régimen, tampoco la manera de ser de los conciudadanos, pero el mismo regalo, la libertad, no te lo dan dos veces; son pocas las esperanzas de que se produzcan cambios radicales; con Brézhnev solo tenías que esperar, la diferencia de edad era de sesenta años. El alma, no obstante, se niega a creer en lo peor (puede que le falte imaginación), y uno, la verdad, no sabe dónde meterse con una madre desvalida a su cargo. Y luego se autorreproducen no solo los Komsomol, sino también los intelectuales rusos, nuestros jóvenes colegas: miras y ves que te han superado en mucho. De modo que con la ciudad de N. todo parece claro. Pero los acontecimientos que siguen nos obligan a mirarla desde un ángulo inesperado.

2

Código 172.8 (según la CIE): «Aneurisma de otras arterias especificadas». Se trata de una fórmula absurda, pero en otras circunstancias se podría decir que no exenta de cierta belleza.

—La muerte de una madre es una dolencia psíquica que dura un mínimo de un año —decía el padre Iliá Shmain, maestro y amigo—. Por preparado que esté uno, aunque la espere y a cualquier edad.

Los médicos han hecho lo que han podido: una operación y repetidas transfusiones de sangre. Cuatro días muy movidos, descartada la falsa idea de poder controlarlo todo. Las cuentas pendientes —viejas, casi de la infancia— también se han borrado. También ocurrían milagros, del tipo de aquellos en los que creen solo los familiares. Salvo lo principal (vencer a la muerte), se ha conseguido todo: a una gran noticia, mala, la acompañan buenas, mucho

menores.

En las facultades norteamericanas de escritura creativa, a los estudiantes les proponen escribir sobre la muerte de sus padres: decenas de miles de ensayos cada año, decenas de miles de muertes, decenas de miles de escritores. Jonathan Franzen cuenta en tono ligero que, tras recibir la triste noticia, se hizo una tortilla. Esto no tiene ningún interés: todo el mundo recuerda a Camus: «Madre murió hoy. O puede que ayer».

Los últimos años mamá los pasó aquí, en la ciudad de N., en una casa construida para ella, con asistentas, mujeres de edad de las exrepúblicas soviéticas. Es duro depender de personas extrañas: a veces era ruda con ellas, les hablaba de tú, y esto las enfadaba, pero ahora de pronto te ha llegado el porqué (la idea de la igualdad no funciona cuando yaces impotente en la cama y el otro se mantiene de pie); como el alemán, la lengua en que a veces hablaba inconscientemente: el hecho de no entender lo que pasaba la trasladaba a Alemania, donde vivió desde los once hasta los trece años, justo después de la guerra.

Sus últimas palabras: «Si me la dan», a la propuesta de recibir la extremaunción del padre Konstantín, que alcanzó a llegar a casa desde Moscú. Y al cabo de una hora: parada respiratoria. Hay que informar a los conocidos, el funeral, rodeada de los más cercanos, y luego el misterio, allá donde vayas, pienses lo que pienses.

Nunca se permitió hablar banalmente sobre la muerte ni quería provocar lástima; pero sin duda habría preferido ser enterrada aquí. Sus sentimientos hacia la ciudad eran fuertes y hasta no del todo comprensibles. No obstante, antes no se había enterrado en la ciudad de N. a ninguno de los miembros de la familia (el bisabuelo expresó el deseo de que sus cenizas se esparcieran sobre el río), y en el cementerio no había sitio.

De modo que, a la mañana siguiente, tuvimos que pedirle al responsable, un tipo alegre y bigotudo, al que contrataron en N. cuando se produjo el conocido escándalo en el hospital, que nos concediera un lugar en el viejo

cementerio. Pero no, eso no estaba en sus manos; tenía que recibir un permiso de la comisión municipal de diputados, una estupidez que no vale la pena ni escuchar.

Las señoras, las fuerzas vivas de la ciudad, resolvieron la cuestión en quince minutos.

—Escriba usted que ya tiene familiares enterrados aquí.

Los intentos de untar a alguien serían inútiles. Nadie me preguntó, como aquel día a mi padre: «Hijo, ¿es que estás loco?» (al ofrecimiento de pagar la leche que nos ofrecieron un día de calor). Simplemente nos dijeron:

—Es usted una persona conocida. Si se hubiera tratado de un artista, un deportista o, quién sabe, incluso un criminal, también le habríamos ayudado.

Ya en la salida, un viejo conocido de mamá, un refugiado de Bakú cuya familia se hospedó largo tiempo en su casa de Moscú y que ahora dirigía los servicios comunales, comentó:

—¿Por qué no vino a verme directamente a mí?

«Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando estas falten, os reciban en las moradas eternas.» ¡Vaya! Se me había olvidado.

El papeleo, la organización del funeral. Las conversaciones con los miembros del coro, con los religiosos de ambos templos: quisiera que el responso corriera a cargo del padre Konstantín, un amigo («Es legal, es un padre legal», estas eran las palabras mágicas que había que pronunciar) y la búsqueda de soluciones cotidianas a una situación que no lo era en absoluto.

En la oficina de pompas fúnebres trabaja un personal que no está dotado de las mejores cualidades humanas; el trato con ellos es complicado (una vez, por ejemplo, se equivocaron de cadáver) y no hay donde elegir, nada de *the other club*. Y sin embargo, también aquí todo fue correcto. Un folleto: enorme variedad de ataúdes, incluidos los de importación. Te entran ganas de bromear sobre «el amor hacia los ataúdes patrios» de Pushkin; pero mejor no hacerlo.

Es doloroso constatar que estas dos noches ella

descansa en un lugar extraño.

Se ha acabado la ceremonia y el entierro. La Iglesia ha mostrado mucho amor tanto hacia ella como a los vivos, y hubo más gente de la esperada, vinieron muchos de la ciudad; en Moscú no se habría reunido a tantos. Se puede decir que todo fue bien. Los viejos compañeros de trabajo hablaron de su don de la presencia silenciosa. «Un espíritu prisionero», así se expresó sobre ella el amigo más cercano, el más entregado (Tsvetáyeva de nuevo vino a cuento).

De las anécdotas: el padre Konstantín se trajo consigo de Moscú a un sintecho que vivía con él en la iglesia; un hombre que hacía mucho que no bebía pero poco antes se dejó llevar, se emborrachó y montó un escándalo. ¿Dónde meterlo? Se pasó el día encerrado en el coche del padre, soltando denuestos y recibiendo agua por la ventanilla.

Un día más y otro: encontrar a alguien para cercar la tumba. Se diría que no había prisa alguna, pero algo hay que hacer: la ilusión de que aún la puedes ayudar… Añadir su número de móvil a los contactos: Valera del Cementerio. Del Cementerio no es el apellido, es su lugar de trabajo. No vaya a ser que se te olvide. La observación de que la gente ahora bebía menos no lo incluye a él. Valera se presentó para medir el lugar, pero se olvidó la cinta métrica. Absurda situación, ni enfadarte puedes, y además, ¿de qué serviría? Que irá a buscar el metro y que ahora vuelve.

De momento puedes examinar el entorno: las puertas están abiertas, no hay vigilantes ni los habituales vendedores de flores y coronas. En las cruces, en las lápidas funerarias, te encuentras con nombres conocidos, nuevos vecinos para la eternidad. Si vas a la derecha te encontrarás con Paustovski (año 68, el primer entierro de tu vida, sobre los hombros de papá, toda la ciudad vino al entierro del escritor). A la izquierda y hacia abajo está la tumba de Shteinberg, un buen amigo; pero hay caras que es mejor verlas en las lápidas que, por ejemplo, en un callejón. Muchas tumbas abandonadas: piedras caídas, inscripciones borradas por el paso del tiempo, una lápida asombrosamente ligera, de la cantera local, siglo xix

(estaría bien levantarla), y allá, tras una valla derrumbada, un grupo pintoresco de cruces de colores medio podridas: una azul, otra gris, una tercera marrón. Estaría bien que no las tocaran. Aquí y allá, clavadas en el suelo, tristes flores de plástico: un intento de mantener la belleza con el mínimo esfuerzo. Crecen demasiados árboles; el ambiente es oscuro. Habrá que plantar hierba en la tumba; más tarde, claro está, en mayo o junio: ¿hay algún césped que crezca a la sombra? Antes no tenías este género de preocupaciones. Y allí está Valera; hay que ayudarle a tomar las medidas.

¿Para qué va la gente a los cementerios? ¿Es más fuerte aquí el contacto con tus queridos difuntos? Difícil respuesta, aunque además, ¿para qué hacer estas preguntas? La gente viene aquí y seguirá viniendo. Aquí, en el viejo cementerio de la ciudad de N., el silencio es total. No es la simple ausencia de sonidos molestos, sino que, como ocurre en las bibliotecas o en una sala de conciertos sin público, el espacio está lleno de silencio.

El lunes siguiente una enfermera trae al despacho un fajo de billetes: los han recogido para usted.

Gracias, aunque…

Agradecimiento, incomodidad, pero el sentimiento más poderoso es de sorpresa: ¿es que somos como los niños de Dzhankói para que nos hagan una colecta?

La enfermera me mira sin entender nada, como el día de los signos del zodíaco.

—¿Los niños de Dzhankói? ¿Quiénes son?

En el paquete hay billetes de cien y de mil rublos: son cerca de dieciséis mil. Una cantidad para nada simbólica: sumada a la que concede el Estado (570 rublos), con este dinero, en la ciudad de N. bastaría para un entierro sencillo.

Y en cuanto a los niños de Dzhankói, ¿quién habría podido imaginar que te encontrarías en su situación?

El viejo cementerio pronto se convierte en la gran casa, que es como percibes ahora la ciudad de N.: junto con el hospital, las viviendas de los viejos amigos, el taller del artista italiano con sus bosques, barrancos, lejanías, el «niño

dormido», el sendero que sigue la orilla del río, junto al cual yacen, atadas, unas cuantas barcas de fondo plano. Las barcas despiertan los recuerdos. Bajo una de ellas hará más de cuarenta años te tuviste que esconder, por haber dicho o hecho algo malo y para no tener que discutir tu acción con los mayores, como si fuera una confesión, igual que los católicos. Bajo la barca estabas a oscuras y fresco, y olía a sótano húmedo: padre y madre se sentaban no muy lejos sobre la hierba: ella, como era habitual, callada, incluso dormitando, él hablando acalorado. Mucho ha cambiado desde entonces, pero las barcas siguen siendo las mismas, y N., como entonces, es tu casa-ciudad.

Las cosas de mi madre: todo lo único (viejas fotografías, grabaciones magnetofónicas, diarios), conservarlo, y todo lo médico y de uso cotidiano o casual, repartirlo o tirarlo. Lo más difícil es saber qué hacer con las fotos de los últimos tres o cuatro años; este tiempo vivido con grandes esfuerzos, con los intentos de retener la caída: no las puedes destruir, pero tampoco quieres mirarlas. Y esta carpeta gigante dedicada a un litigio (que perdió) con las autoridades de la ciudad de N. Los hechos se remontan al año 73; en ordenar los papeles se te va todo un domingo.

Quejas, actas, resoluciones sobre las causas y los rechazos a estas, telegramas, informes, inventarios, cartas al periódico *Octubre*. Los procedimientos que empleaba el poder de aquella época se parecen a los actuales: han desalojado la casa y han permitido que los vecinos la saquearan (junto con el jardín), han decidido ceder un terreno en la colina de la Resurrección y trasladar al lugar toda la casa pieza a pieza, a cuenta del Estado. Pero luego, en un solo día, derruyeron la casa con una excavadora y cancelaron su resolución por ilegal. Solo les faltaba recomendarnos, como ahora, que apeláramos a la justicia: entonces estaba prohibido litigar con el poder.

Inventario de los objetos sitos en la dirección calle Pushkin, 1. Entre los testigos, el profesor de música de la ciudad, y en el primer apartado aparece «un piano viejo y desafinado», y es que cada objeto inventariado va

acompañado de algún epíteto peyorativo: si es un cubo, es que está oxidado; un armario, hecho a mano; una manta, sencilla. La personalidad del presidente del Comité Ejecutivo del distrito, descrito en los diarios de mi bisabuelo, el de «una persona con aire de trágico de provincias de la vieja escuela», también resulta bien conocida. Era su espectáculo personal, y el presidente lo ejecutó con virtuosa ligereza, pues, según decían, odiaba con fervor a los veraneantes. Desde entonces en la calle Pushkin lo que reina es algo peor que el vacío, algo más pavoroso: un monstruo de ladrillo gris, la Casa de la Creación infantil, con las ventanas tapiadas desde hace ya tiempo: ni niños ni empleados.

En los diarios el bisabuelo recoge un pequeño episodio sobre cómo tuvo que curar a las autoridades de la ciudad: «Esta noche, junto al hogar encendido, me lavé a las mil maravillas. La radio transmitía *La flauta mágica*. Y antes fui a visitar a un enfermo grave, un servidor del Comité Ejecutivo del distrito, y después de su enfermedad y de su vivienda desarreglada, mi acogedora casa y mi salud me parecieron sobre todo un regalo de Dios», escribe un hombre privado de todos sus derechos, de sesenta y cuatro años. La suerte de aquel presidente en verdad resultó trágica: borracho, se estampó con su Volga contra un árbol, se clavó el volante en el pecho y murió.

Le siguen otros documentos más alegres: «El restablecimiento de la justicia histórica», nada menos, te es fácil reconocer tu propia letra. Ya estamos en los noventa: el regalo de la libertad («Cómo batía el corazón de los rusos ante la palabra “patria”…»). Y empezó una vida interesante: la relación con el entonces médico jefe, casi casual (logramos ayudar a una paciente que él nos mandó al centro). Luego se presentó él mismo, se acordaba el bisabuelo, quien en cierta ocasión le prestó una espléndida guadaña, y el médico jefe la sigue guardando en espera de los herederos… Una tras otra, las circunstancias se adaptan. Primavera del 93: entregar una parcela de tierra edificable de tales dimensiones dentro de los límites de la ciudad; he

aquí el documento.

La construcción avanzó lentamente; veníamos solo los meses de calor, y solo una vez, en la temprana primavera del 99, nos presentamos los dos.

Es más corto contarlo: es una historia pavorosa. Era un día de fiesta y fuimos invitados a casa de una gente increíble (Nemchínovka, Bákovka, Zhúkovka, una zona de la élite en las afueras de Moscú); mármol, vidrieras, cerámica industrial. Unos compañeros de curso de mamá, instalados en Estados Unidos, nos pidieron que les lleváramos algo a través de unos nietos o hijos. Mirada feroz. ¡Ah, es usted médico! Quédense a comer.

Y durante los entrantes, la dueña de la casa cuenta: pues resulta que, tras cuatro abortos naturales, cuatro fetos muertos, la mujer encontró una madre de alquiler. ¿Quién? Una buena ucraniana, sana como una manzana, que les engendró a Vitálik: aquí lo tienen, sentado a la mesa, ya mayorcito. Y sin embargo —los ojos de la dueña se encienden—, cuando quisieron producir con su marido otra criatura con la ayuda de la misma querida ucraniana, pues entonces —y una repentina nota de alegría— ¡se le acabó la fertilidad!

En la casa no se puede fumar; por eso, en la pausa, ponte el abrigo en silencio y sal afuera. Y juntos, casi sin acordarlo, nos metimos en el automóvil y ¡larguémonos de aquí! Por la carretera, seguir por la circunvalación, «pongamos música», cantar y charlar animados y dejar atrás la entrada a la avenida Lenin, y ya, tal como están las cosas, seguir hacia la ciudad de N. Ahora el viaje ya no dura doce horas, tan solo una y media, y allí, el frío en la cara en la casa helada se nota aún más penetrante que en la calle, pero está el hogar, el «piano desafinado» (el hogar y el piano son lo mismo), vodka, salchichas de Cracovia («¡Cómo te pareces a tu padre!», recuerdos de mi madre), y te calientas —por dentro y por fuera— y juntos recordáis la historia de otra fuga, ya muy lejana.

Estamos en Moscú, Escuela n.º 31, quinto curso, once años. La maestra, la tutora (ni un recuerdo, ni el nombre ni

su cara, una idiota; no conocía la palabra «bochornoso», me la borró en la redacción: ¡esta palabra no existe!), no te dejaba salir si los padres no lo pedían en una nota, y un día mamá entró en la clase: sal, ponte el abrigo, adiós.

La estación del año, invierno: ponte los zapatos, el abrigo, guarda las zapatillas en la bolsa y afuera, a la calle oscura (estudiábamos en la sesión de tarde). ¡Espabila! Llegamos tarde…

Tras nuestros pasos, un alumno, sin abrigar, corre y me agarra por la solapa del abrigo: ¡Alto! ¡Liudmila Olégovna (o Larisa Valérievna) no te ha dado permiso para irte!

Yo no sabía pelear, pero le arreé bien en los morros hasta tumbarlo en la nieve, y salimos corriendo para nunca más regresar a la Escuela n.º 31.

En julio y en agosto hizo frío, llovía, pero luego llegó un buen otoño, seco, templado. Acabar cuanto antes las visitas e ir a rastrillar las hojas verdes y amarillas caídas sobre la hierba: la sembramos varias veces y al final creció, a pesar de la sombra. Sentarse en un banco, que construyó aquel mismo Valera, leer un librito…

«Rechazar las creencias colmadoras de vacíos que endulzan las amarguras. La de la inmortalidad. La de la utilidad de los pecados: *etiam peccata*. La del orden providencial de los acontecimientos; en una palabra, "los consuelos" que comúnmente se buscan en la religión», escribió Simone Weil.

¡Vaya! ¿No será algo demasiado radical? Aunque, por cierto, tampoco quieres pensar sobre esto: pues tu interés por la sabiduría humana ha desaparecido por completo.

«La mejor vista sobre esta ciudad es si la ves desde un bombardero», escribió Brodsky sobre otra ciudad, Moscú. (Y ella se vengó de él con un monumento ostentoso: las manos en los bolsillos, zapatos italianos y la cara alzada hacia el cielo.)

N. se ha de mirar desde el suelo, o mejor, desde debajo de él. Pues aquí hasta el tiempo no corre según la física clásica. Como si alguien lo hubiera elevado a una potencia de menos uno. La vida desde esta perspectiva no tiende

hacia su agotamiento, hacia el cero, sino al revés, hacia la plenitud. Los recientes sucesos se precipitan los unos sobre los otros, se amontonan, lo sucedido se mezcla con lo que nunca ha pasado y en cambio la fuga de la escuela, la barca-confesionario en la orilla, el tilo en la calle Pushkin, todo se ve más próximo y más feliz, infinitamente más de lo que imaginaba entonces.

Octubre de 2017

Moscú — Petrozavodsk

Oye, pues, ¡oh, Job!, mis palabras y apresta el oído a todos mis discursos.

Job 33, 31

Librar al hombre de su prójimo ¿no es acaso el cometido del progreso? ¿Y qué más me dan las alegrías y las desdichas de los hombres? Así es, nada. Entonces ¿por qué, díganme, ni siquiera en un viaje puede uno estar a solas?

Nos preguntaron: ¿quién va a Petrozavodsk? Era un congreso internacional, en el que toda la participación internacional consistía en dos emigrantes. Poca bebida, hotel, una ponencia, bebida a gogó y a casa. Después de la intervención, además, te hacen preguntas, pero a tus espaldas tienes a unos tipos pequeños y forzudos, con la cara roja, que te señalan el reloj: ¡la hora! Estos hombrecitos son los profesores locales; ahora en provincias todos son profesores, como en el sur de Estados Unidos: si eres blanco, o eres juez o comisario.

Así que: ¿quién va a ir a Petrozavodsk?

Y me apunté: el lago Ládoga, esto y lo otro. O no, no es el Ládoga, es el Onega… Aunque ¿qué diferencia hay? ¿Has estado en Petrozavodsk? Yo tampoco.

La estación: un lugar que da algo de miedo; adopto una apariencia de auténtico viajero, eso me protegerá. Avanzo con aire aburrido hacia el vagón, para que quede claro desde el principio que estoy acostumbrado a las estaciones y que no tiene sentido atracarme.

El viaje en el tren de Moscú a Petrozavodsk dura, por cierto, catorce horas y media. Los compañeros de viaje acostumbran a ser una fuente de situaciones desagradables: cerveza, arenques secos, coñacs baratos Bagration o Kutúzov, charlas sinceras y luego agresivas.

En marcha; la cosa no va mal, sigo solo.

—Preparen los billetes.

—Señorita, ¿puede ayudarme? Yo, es que… Bueno,

quisiera viajar solo…

Me mira de arriba abajo:

—Depende de qué vaya usted a hacer.

¿Y qué quiere que haga?

—Leer un libro.

—Si solo va a leer un libro, entonces serán quinientos.

De pronto llegan dos tipos. Casi pierden el tren. Las dos literas inferiores. Sentados, jadeando. El viaje echado a perder. Lástima. Acomódense, no les voy a molestar. Me encaramo arriba, les doy la espalda. Y ellos abajo con su ajetreo.

El primero es un tipo simple, primitivo. La cabeza, las manos, los zapatos: todo grande, grosero; la boca entreabierta: un retrasado. Un retrasado sudoroso. Ha sacado el móvil y juega. Drinc-drinc, cuando gana, y si pierde: blu-u-um…, recorre con la mano libre la cremallera, un ruido más; resopla. Aunque parece sobrio.

El segundo, que está debajo de mí, dice, desabrido:

—Quítate la chaqueta, inútil. —Irritable, el tipo—. Y deja de hacer ruido.

El viaje se hace pesado. El traqueteo de las ruedas. Abajo: el drinc-drinc. Como para leer nada. ¿Será posible que todo el viaje sea así?

Salgo al pasillo. En el compartimento de al lado se oye una conversación:

—Rusia es del grupo de países alargados —se oye la voz agradable de un joven—. A diferencia de, digamos, Estados Unidos o Alemania, países del tipo redondo. Países donde, por cierto, he vivido mucho tiempo. —Una muchacha se sorprende con un alegre «Oh»—. Rusia —sigue la voz— se parece a un renacuajo. Solo se viaja por ella de este a oeste y de oeste a este, por el cuerpo del renacuajo, espacio densamente poblado: pero no se puede uno mover de norte a sur ni de sur a norte.

Esto sucede en el compartimento de la izquierda; a la derecha, beben. Descuartizan pollos, parten con las manos los tomates, los hombretones brindan y se ríen a carcajadas.

Vuelvo a mi sitio. ¡Dios mío, qué lento pasa el tiempo!

Hace nada que hemos salido de Moscú.

Media hora, una hora más. Pronto llegaremos a Tver. El retrasado sigue con su «drinc-drinc». El segundo ha vuelto en sí.

—Quita el sonido.

—Tolia, es que…

O sea que se llama Tolia. Alto, de metro noventa, seguramente; los dedos largos, blancos, con las uñas redondas. La cara, nada especial. Los labios, finos. Como si no tuviera cara. No sé cómo explicarlo. Hay algo que no me gusta en Tolia. No me llegan impulsos de ningún tipo; eso es. La *Anaesthesia dolorosa* es una dolorosa pérdida de sensibilidad. Pasas la mano sobre una superficie y no sabes si es lisa o rugosa. ¿No estoy demasiado susceptible? Está sobrio, es considerado y trata de no molestar.

—Periódicos, periódicos, prensa del día.

Gracias. Ya conocemos vuestros periodicuchos: una tenista se ha desnudado delante de los periodistas, una tragedia en la familia de una presentadora de televisión, han secuestrado a la hija de un millonario. Los secretos del vientre plano. Crónica criminal. Unos difuntos bien vivos. ¡Puaj! Y no obstante, Tolia se ha quedado con un diario, y por el ruido parecía que lo estaba ojeando allí abajo. Al cabo de un rato, le dice al retrasado:

—Vamos.

Me quedo un rato solo. Vaya viajecito.

Antes de que todos se retiraran a dormir se produjeron además unos cuantos sucesos sin importancia.

En primer lugar, del compartimento vecino, donde estaban de juerga, se presentó un tipo borracho. Abrió la puerta y se dispuso a hacer una foto. Tolia se abalanzó sobre él, pero de pronto se dio la vuelta y se tapó la cara. ¡Ajá! Uno del KGB. De la secreta. Ahora lo entiendo.

El borracho me atrajo hacia él, yo que me disponía a lavarme los dientes. Quería que le hiciera una foto con los amigos. Una foto. ¿Ya está? No, no está. Tengo que escuchar la historia de su vida. Casi se me cae encima: vodka, sudor y tabaco… Qué agradable aliento… Habría

que mantener la distancia entre las personas. Como en Norteamérica.

Su madre, hace tiempo, le regaló cien rublos para la cámara, pero luego, como se quedó sin dinero, se los quitó.

Y a él, que de pequeño le había gustado la fotografía. Ya ve, ¿no? Le acompaño en el sentimiento. ¡Me voy!

—¡Alto! —Me va a leer un verso, de los buenos.

—Perdone —le digo—: es que reviento. Ahora vuelvo. —Casi no consigo escapar.

—¡Por la… tundraaa, por el ferrocarril! —aúlla una canción del hampa, extendiendo los brazos para abrazar a todo aquel que no logre esquivarlo.

Está claro que los míos no son los peores vecinos. Un poli, ¿y qué? Al menos es callado y no huele mal. Y mantiene las distancias: como yo, evita los excesos.

En segundo lugar, resultó que no había modo de usar el lavabo más próximo: alguien había llenado la taza de periódicos, hasta arriba. Todo dibujos de colores mojados; ¿para qué?

En tercer lugar, el agua para el té estaba tibia y probablemente sin hervir.

—Como en los S-s-s-óviets —suelta Tolia.

No, no es del KGB.

Se apaga la luz general; intentemos dormir. ¿Qué los unirá a estos dos? Nada bueno. No son parientes, ni compañeros de trabajo. ¿Puede que sean gais? Quién sabe. ¿Y a mí qué me importa? A lo mejor lo son. Entre la gente corriente ocurre más a menudo de lo que se cree.

Y entonces se oyen unos sonidos: toc-toc, zas-zas. Sientes lástima por ti mismo. Te duermes.

Me dormí e, inesperadamente, me sumergí en un sueño profundo y largo, y cuando desperté me esperaban, tras la ventanilla, un sol primerizo, la nieve y, a juzgar por el estado de los abetos, una intensa helada.

Sin mirar a mis vecinos salí del compartimento. El tren se había detenido. Parece que pone «Snyt», no veo bien la inscripción. Durante las paradas, está prohibido usar los lavabos… Esperemos, pues. Bien, un par de horas más y la

soñada Petrozavodsk: hotel, agua caliente, almuerzo, vino. Ahora me sentía mejor. ¡Qué piel más fina!

Mis vecinos ya estaban listos. Tolia, al parecer, ni se había acostado. Se sentaba junto a la ventana y movía la cabeza, excitado.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estamos parados?

—Estamos en Snyt, parece —le dije—: en la estación de Snyt.

—¿Qué? Oye, Gris, ¿dónde estamos?

—Media hora de parada. Parada en Svyr.

Ahora Gris daba mucha mejor impresión. Nada de juegos infantiles ni resoplidos.

Gris salió, el tren se puso en marcha. Me lavé como pude, tomé un té caliente y me sentí aún más alegre. Me entraron ganas de vivir: desayunar, bromear, cotillear sobre los profesores moscovitas, gustar a las doctoras jovencitas del congreso. ¿Llevamos retraso? Fui a preguntar, me enteré. Que no, parece.

¡Vaya! ¿Qué le ha pasado a mi vecino? Ahora, solo, a la luz del día, Tolia mostraba un aspecto lamentable.

—Anatoli, ¿se encuentra mal?

—¿Qué? —Y se giró hacia mí.

¡Dios mío, está temblando! Es algo que he observado en muchas ocasiones: al final de las primeras veinticuatro horas de la hospitalización, el paciente empieza a temblar, expulsa los demonios y a veces se arroja por la ventana: ¡el *delirium tremens*! Así de sencillo. Resulta que Tolia es alcohólico.

—Señorita —grito—. ¡Señorita! El pasajero tiene *delirium tremens*, ¿me entiende? Delirio alcohólico. ¿Tiene un botiquín? —No hay botiquín. Cierto, ¡estamos como en la Unión Soviética! Pues sí que…. Podría llamar al jefe del tren… Aunque, ¿dónde estará?—. Dele un poco de vino, yo se lo pago. Si no, ¡lo va a destrozar todo!

—Cálmese, señor —me dice la revisora—. ¿Y su colega, dónde está?

—Se ha bajado en la estación de Svir, o como se llame.

—¿Cómo que se ha bajado? ¡Si su billete es hasta

Petrozavodsk! —grita la mujer—. ¡Ha llenado el váter de periódicos! ¡Los ha cogido todos! ¿No tenía bastante papel higiénico?

¿Qué tiene que ver el váter con todo esto? El hombre se encuentra mal. Le pido ayuda y no un ataque de histeria. Seguramente ahora se estará dando cabezazos contra las paredes. Ya es tarde. Le habrá dado algo.

—¡Nos ocuparemos de su compartimento ahora mismo, señor! ¡Los vamos a apear del tren! —Y se va corriendo a no se sabe dónde. Maldita sea, da miedo entrar en el compartimento. Me quedo en la puerta. Espero.

Estación Pyazh Selga. Viene un policía. Este sí que lo va a resolver todo. Yo, un doctor en medicina, no he podido, y este va a solucionarlo todo. Como se decía, nuestro Dzerzhinski tiene olfato para la verdad.*

—A ver, documentación.

Los míos casi ni los miró. Pero con Tolia pasó algo terrible: el hombre se subió a la mesilla y se puso a aporrear la ventanilla con el zapato. No rompió el vidrio a la primera, pero lo hizo añicos: aire frío, sangre. Todo ocurrió deprisa. El policía golpeó con la porra de goma a Tolia en las piernas y este se quedó colgando, agarrándose de la litera superior con las manos. Y luego se derrumbó en el suelo. No vi cómo lo arrastraron afuera; la revisora me llevó al compartimento vecino, con el joven agradable y la muchacha.

A Tolia lo aporrearon delante de nuestras ventanillas durante no menos de un minuto: llegaron corriendo un muchacho con ropa deportiva ligera y otros policías. Lo golpearon con unos bastones negros y con los puños. Así es como se cura en nuestro país el *delirium tremens*: una dolencia nada rara que digamos. ¿Vale la pena entrar en detalles? Las fuerzas del orden tienen un término para esto: «arresto extremo». ¿En qué momento oí el crujido de los huesos?, aunque a saber lo que oyes tras una ventana doble.

Mientras lo golpeaban decían algo y, al parecer, le preguntaban algo. De un extremo trajeron a rastras a Gris y también lo apalearon. Gris se dejó caer al instante y se

protegió la cabeza, se encogió del todo y con él no se esforzaron tanto. Se ve que los servidores de la ley ya se habían cansado.

Observábamos aquel horror desde la ventanilla. Luego el tren se puso en marcha.

—¡Qué horror, qué horror! —exclamaba la muchacha entre lágrimas. ¿Por qué le hemos dejado ver eso?—. ¡Es terrible! ¡No quiero vivir en este país!

—Esto es lo que decía —suelta el joven—. Pero lamentarse por estos temas es contraproducente.

No comprendí enseguida la que había armado. Como cuando, después de un error médico fatal, miras con cara de idiota al paciente, a las pantallas de los aparatos y a tus colegas.

—Son tal para cual —siguió su discurso el joven—: apaleadores y apaleados. Porque si a un profesor de Berkeley le hubieran dado semejante paliza, seguramente se habría suicidado de la vergüenza. En cambio estos se levantan, se sacuden el polvo y «mañana será otro día».

—¿Y usted? —le pregunté—. ¿Usted qué habría hecho?

—¿Yo? —me sonrió—: me habría ido de este país.

Ninguno de los tres teníamos, en mi opinión, una idea clara de lo que decíamos.

—¿Por qué no marcharnos —intervino la muchacha—, antes de que nos rompan la crisma? Las personas normales no deberían vivir aquí.

Mi nuevo compañero sonrió de nuevo.

—No me imagino cómo habría sobrevivido a este viaje sin esta encantadora acompañante. En el tren no hay ni compartimento de primera.

Miré a mi alrededor y me pareció extraño: en un compartimento como este, todo respira orden y bienestar. Del joven emana un aroma de colonia exquisito. Sí, también viene al congreso. Es un exmédico, en su actual encarnación se ha metido a editor, publica una revista (como en su día Pushkin), es presidente de no sé qué asociación y un montón de cosas más. Sobre la mesa, media botella de Napoleon. Y la muchacha es ciertamente un

encanto.

—Necesita una copa. —Tiene la copa en la mano, es de alguna piedra preciosa. Debe de ser de ónix, o, no sé, de jade. Copas de roca. Y el coñac, muy bueno.

El joven explica por qué no se ha marchado hasta ahora: por la cultura.

—Digamos que para mis amigos norteamericanos, la *triple A* significa la Asociación Americana de Automovilismo. ¿Y en nuestro caso, cuál es esta asociación con una triple A? —Hace una pausa—: Anna Andréyevna Ajmátova. —Nos mira con aire triunfante y añade—: Sí, y por los *businesses*.

Así lo ha dicho: «los *businesses*».

¡Está bien entrar en calor con una copita de coñac, cuando has sido el causante de la desgracia de dos personas!

—Tiene usted toda la razón —prosigue el joven—. No es nuestro país, es el de ellos. —¿Acaso he dicho algo parecido?—. Usted y yo, dese cuenta, no hemos contratado a esta gente para que nos defienda. Parece que aquí actúa una especie de selección natural a la inversa. Y ya ve el resultado: en el sistema actual un poli humano es algo imposible. El sistema lo expulsa. ¿Qué nos queda, pues? Cambiar el sistema. O, nuevamente, la emigración interior. Y en el peor de los casos —y el hombre abre trágicamente los brazos— el *downshifting*.

He captado la mirada de la muchacha. Ya. El *downshifting*.

Golpean la puerta con algo metálico: «Dentro de quince minutos, final del trayecto». He de regresar a mi compartimento a por las cosas. El vecino me ayudará, gracias.

En el devastado compartimento me esperaba un descubrimiento importantísimo: comprendí quiénes eran Tolia y Gris. Debajo del asiento, junto a mi maletita, había dos enormes bolsas a cuadros, con las que solo viaja una categoría de personas: los estraperlistas. Y la extraña amistad de mis dos vecinos quedó clara: los traficantes son

personas de muy distinta extracción. Y también entendí la brutal paliza que recibieron.

—Un ajuste de cuentas entre rivales —estuvo de acuerdo conmigo el joven; un encarguito de la bofia.

—Entonces ¿a qué este entusiasmo, si era un encargo?

—Por gusto. Si se lo digo yo: los maderos no son personas.

Sobre los estraperlistas, mi contertulio también tiene algo que decir.

—Lo cierto es que cumplen una importante función social —dice con su hermosa voz—. Nosotros, la sociedad entera, en un momento dado, experimentamos el deseo de las mismas cosas: trapitos, relojes Rolex, no sé… Pero a aquellos que no se pueden permitir un Rolex suizo —sacudió su mano izquierda—, los traficantes, como se llamen, les proporcionan Rolex chinos o lo que sea; al fin y al cabo, también son relojes, señalan la hora. Y además, se ven bonitos.

¡Qué pesadas las bolsas! Ahora ¿qué hacer con ellas? ¿Dárselas a la revisora? ¡No, esta impresentable no recibirá nada de mí! El joven se encoge de hombros; yo saco las bolsas al pasillo.

—¿Me ayuda a llevarlas?

—¿Sabe una cosa? —el joven reflexiona—. Deme usted su maleta. Si no, vaya pinta voy a tener con estos dos sacos.

Bueno, gracias. Quise decirle algo agradable y solté:

—¡Qué simpática, su compañera de viaje!

—Pero ¿qué dice? Si es toda piel y huesos. Le doy un siete y medio.

Y quién sabe por qué, preciso:

—Sobre diez, ¿no?

—¡No, en una de siete y medio! —se ríe—: No está bien de la cabeza; la tiene poco amueblada.

Me complace saber que no ha conseguido nada de ella. Lo extraño es que en semejantes circunstancias esto me preocupe, pero me habría dolido que hubiera pasado el rato de una manera muy distinta.

La revisora nos deja salir sin más al andén. A la

muchacha la vienen a recibir. Nos despedimos de ella; esperamos al maletero y luego lo seguimos sin casi poder alcanzarlo. Y luego vemos el anuncio: «¡Bienvenidos, participantes en el…». En efecto, el congreso se presenta como algo serio.

Tras subirse a un taxi, el joven suelta:

—¿Sabe una cosa? Olvídese de todos sus castigados. —De pronto parece venirle a la mente la novela de *Crimen y castigo*.

—Lo grave es que justamente he sido yo el causante de sus problemas. O, mejor dicho, de sus desgracias.

—Vaya —replica, agitando la mano—, el típico complejo de culpabilidad de un intelectual. La policía sacude por todo el país. Ya es hora de que se entere: la vida es injusta. Déjelo estar.

«No —me digo a mí mismo—. Este tipo es un cínico de tomo y lomo. No lo puedo dejar estar.»

Tras instalarme en el hotel, pido un listín telefónico y llamo a todas las abreviaturas de Interior y de Ferrocarriles. Por extraño que pueda parecer, consigo contactar con facilidad. «Venga a vernos, el comisario lo recibirá.» Y ya al cabo de una hora, hora y media, me dirijo en taxi hacia uno de esos edificios impersonales y grises. Las bolsas a cuadros viajan conmigo. El comisario me espera.

Negro sobre dorado: «Schatz», y debajo se puede leer, en la puerta del comisario: «Semión Isaákovich», y más abajo, entre paréntesis: «Schlomo Itskóvich». Nunca había visto nada igual. Hay que tener mucho valor.

El dueño del despacho se acababa de despertar y aún estaba adormilado. Estaba sentado en un diván vacío, sin almohada ni manta, vestido con una camiseta y pantalones de deporte. Semión Isaákovich ya había conseguido meter un pie en el zapato, el otro aún no. Era un hombre de unos setenta años, de baja estatura, completamente calvo, sin bigote ni barba, pero con un montón de pelo que le salía de las orejas, de la nariz y de todas las partes donde el pelo no debe crecer. Los brazos, los hombros y el pecho estaban cubiertos de una lanilla entre canosa y oscura. Pensé:

«Peludo como Esaú en la Biblia». ¿Cómo dirigirme al comisario? El nombre de Schlomo era el que casaba más con él, pero tal vez solo era para los amigos.

—Comisario Schatz —suelta cojeando hacia la mesa, aún sin haberse calzado el otro zapato.

Entendido, camarada comisario.

Con una gran barriga, los brazos gruesos como los de un levantador de pesas, una nariz carnosa, surcada de arrugas, al igual que las mejillas. Me costaría describir los ojos, casi no los miré. El comisario alcanza la mesa, se pone la guerrera reglamentaria sobre la camiseta y se sienta.

Yo me preparo un poco: soy médico, participo en un congreso, etcétera.

—Médico —dice—. Funcionario. —Se queda callado un rato—: Siéntate.

Me siento en una pequeña silla frente a él. En el despacho hay de todo: una gran mesa pulida, un diván, varias sillas. Se ve que lo han reformado no hace mucho.

—¿Eres *goy*?

Niego con la cabeza. Gracioso. Funcionario y judío. Como él. ¿Pasamos a hablar de nuestro asunto? Le cuento: unos vecinos de compartimento, estraperlistas; un trato, dicho suavemente, inhumano; un ajuste de cuentas de los compañeros de usted. Quisiera una investigación imparcial, que se haga justicia. Como mínimo, los objetos se tendrían que devolver a sus propietarios.

El comisario medio asiente con la cabeza, la agita levemente.

El teléfono. Levanta el auricular, responde con frases breves, la mayoría llenas de injurias. A mí las blasfemias y en general las groserías no me gustan, pero aquí suenan de lo más natural.

Las paredes desnudas, sin retrato alguno. Solo en una pared, un mapamundi con unas banderillas que asoman aquí y allá. Un buen puñado. Aunque el sistema seguido para clavar las banderillas es incomprensible.

—A ver si acabáis ya. —Cuelga el teléfono y se dirige ahora a mí—. Teníamos un responsable del partido, Vasil

Dmítrievich se llamaba, un buen hombre, cada mañana se bebía una botella de coñac. A las ocho de la mañana ya estaba listo.

¿Qué me importa el tal Vasil Dmítrievich? Pero a ver.

—¿Cuánto tendría que afanar el tipo para tener cada mañana una botella de coñac? ¿Comprendes?

Sigo escuchando.

—Y aquí mismo —señala el teléfono— a un director de una institución estatal le han confiscado trece millones de dólares, en metálico. Y los empleados llevaban medio año sin cobrar el sueldo. A ver, dime: ¿para qué necesita este hijo de su madre trece millones de dólares?

Impresiona, sí. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con los pobres estraperlistas?

—¿Estraperlistas? Bueno, también podrían llamarse así. A ver, lee.

El comisario me alcanza el mismo periódico que me habían ofrecido en el tren.

«Bajo la sospecha de haber cometido un doble asesinato —leo—, se busca al natural de Petrozavodsk…» Y veo la fotografía de Tolia, con bigote. En la foto se ríe, en una sobremesa. Las víctimas son un hombre y una adolescente. Dejaron que Tolia se instalara en su casa.

Fue algo muy torpe: el hombre vivía con su hija; vendió el piso para trasladarse a uno más pequeño. Tolia llamó a un amigo… sí, ya sé: Gris, el alias de su compinche Serguéi.

—No, no es Serguéi —dice el comisario—: lo de gris viene por su apellido. Y este no se ha hecho público para no entorpecer la investigación.

Doblo con dificultad el periódico, se lo devuelvo al comisario; me tiemblan las manos, me tiembla la voz.

—Perdóneme, camarada comisario —llego, no obstante, a pronunciar—, pero la prensa amarilla, o cualquier periódico, no son una prueba. Perdóneme, pero no me parece convincente.

—¿Tú qué eres, un jurado al que tenga que convencer?

Lo dijo de un modo que comprendí que el periódico

decía la verdad. El comisario tomó varias fotos.

—¿Dices que eres médico? Pues mira.

En la carrera cursamos la asignatura de Medicina Forense, pero esto era otra cosa. Me sentí mal y no pude ocultarlo.

—Toma. —Me llenó un vaso de agua—. Bebe.

No voy a contar cómo Tolia y Gris mataron a sus víctimas. Hay cosas que de verdad nadie tendría que saber.

Le explico al comisario: he dormido mal, llevo ya un coñac con el estómago vacío y bueno, eso…

—*Farshteyn* —replica, que significa «entendido» en yidis.

—¿Y para qué las fotografías?

Para dar fe. Para hacer cantar a los abonados de las líneas telefónicas de aquí. Hemos descubierto a los asesinos por las llamadas telefónicas desde el piso. Los números quedan grabados en la central de teléfonos; yo no lo sabía. Uno de ellos o los dos habían llamado a Petrozavodsk, tanto antes de cometer el crimen como, lo que es más importante, después. Querían ahorrarse el *roaming*.

No se fueron enseguida; pasaron la noche en el piso con los cadáveres; esto me afectó muchísimo. Cuando se muere un paciente lo primero que quieres es abrir cuanto antes las ventanas de par en par e irte de la sala; estos, en cambio… Sí, pasaron la noche, puede que dos.

—¡Dios mío! —farfullo, descompuesto por el miedo—. ¡He dormido con unos asesinos! ¡Y he dormido tan tranquilo! Y no he notado nada. ¡Dios mío!

Todo esto no afecta demasiado al comisario.

—No pienses en ello —me dice—, los asesinos son gente corriente.

Otra vez el teléfono; de nuevo, escucha más que responde; me alegra esta nueva pausa. Cuelga.

—¿Qué hay ahí? ¿Lo ha mirado? —Se refiere a las bolsas.

No, ni se me había ocurrido. Agarra las bolsas y las sube sin esfuerzo sobre la mesa. Un tipo muy fuerte.

—No las toques con las manos. Si no, te tendremos que

tomar las huellas.

Aparatos electrónicos. Una videoconsola; para Gris, cómo no.

—¿Esto qué es?

—Una flauta.

¿La niña tocaba la flauta? Maldita sea, vuelvo a encontrarme mal.

—No necesariamente. Pueden ser objetos de distintos lugares.

Trapos. ¡No le han hecho ascos ni a la ropa! No, son trapos para cubrir iconos.

—Iconos —pronuncia el comisario—. ¿Crees en Dios? —Y sin esperar mi respuesta dice—. Ahora todo el mundo cree. Aquí hay hasta algún chaval judío que lleva cruces.

Yo me paso instintivamente la mano por la garganta: no vaya a ser que se me vea la cadena. Espero que el comisario no se haya dado cuenta. De pronto no quisiera disgustarlo.

Libros. No son libros, son sellos.

—¿Entiendes de sellos?

No, ¿de qué? Sé que hay sellos de mucho valor.

El comisario devuelve los objetos a las bolsas.

—Todo esto vale pasta.

—Es curioso, ¿estos asesinos llevarán cruces en el cuello?

—No tiene nada de curioso. Ya te lo he dicho, son gente corriente.

Me levanto y camino por el despacho. ¿Cómo he podido ser tan…? ¿Cómo ha sido posible? ¿Por qué se me da tan mal calar a las personas? ¿Por qué no me entero de nada? Bebo agua de nuevo; ya me he hecho un poco al lugar.

El comisario recoge las bolsas.

—Siéntate. Lo has hecho todo bien. Has ayudado a la investigación. Si no, los habríamos tenido que arrestar en la ciudad.

Ahora veo que todo ha sido una feliz coincidencia. Resulta que desde Moscú viajaba en el mismo tren un inspector para arrestarlos. Me acuerdo del hombre con ropa

de deporte. Todo, una feliz coincidencia. Puede que no hubieran dado con ellos. Se resuelven tan pocos casos…

—¿Pocos? ¿Qué capullo te ha dicho eso?

El comisario sonríe y añade cariñoso:

—*Schlimmazl*…

No conozco esa palabra. ¿Qué significa?

—*Schlimmazl*… —repite satisfecho el comisario—: Pardillo.

¿Para eso he venido a Petrozavodsk? ¿Para que me llamen pardillo? Ninguna gracia.

—En Norteamérica —digo— se las arreglan sin soltar bastonazos a diestro y siniestro. Hay reglamentos. No es que quiera defender a los asesinos ni nada…

—En Norteamérica, dices —replica el policía—. Pues escucha lo que te voy a contar.

Y el comisario me contó la historia de su padre.

A Schatz padre, un judío circuncidado, lo llamaron al frente al principio de la guerra, pero no tuvo ocasión de luchar: en agosto del 41 toda su compañía se vio rodeada y se rindió. Schatz consiguió los papeles de un soldado ucraniano muerto, de modo que no lo fusilaron entonces y tampoco fue a parar a un campo de concentración, sino primero a un campo de trabajo y luego a otro. Terminó en la región de Ruhr, en una mina.

—¿Sabes que quiere decir «Schatz» en alemán?

Riqueza, tesoro. El comisario asiente; padre hablaba algo de alemán; antes de la guerra todos estudiaban alemán. De modo que fue a parar a la mina con un solo deseo: vivir. Aunque, como te imaginas, no se sabía cómo ni cuándo acabaría la guerra, ni estaba claro qué le pasaría a su familia. Los campos de trabajo no eran campos de exterminio, pero de todos los que estuvieron en ellos durante toda la guerra, sobrevivió solo una décima parte.

¿Colocarse de traductor? No, eso quedaba descartado. Para perderse entre aquella gente tenía que ser como los demás, y además, la gente normal en el campo trataba exclusivamente con los soviéticos. Solo los bastardos trataban con los alemanes más de lo necesario. Schatz

actuaba de otro modo: él no cumplía un turno de trabajo, sino dos. Por ello le concedían premios: pan, tabaco. Dejó de fumar. El tabaco era, se podría decir, su único placer. Pero lo dejó para conseguir más comida, para trabajar más, para cumplir con el plan. Cambiaba el tabaco por comida con otros compañeros y no pasó hambre. Cuando subía el primero de la mina les robaba a los guardias patatas, huevos, pan. Solo comida. Lo zurraban cuando lo atrapaban; le sacudían de lo lindo: en cada ocasión, veinte bastonazos. Ya se sabe, los alemanes y el orden. Tenía la espalda negra de los bastonazos. Le pegaron, pero no lo mataron.

—¿Y no se enteraron de que su padre era judío?

—Mientras duró la campaña de identificación, no. En los baños, lo cubrían, y para los suyos se inventó una excusa.

—Fimosis.

—Pero finalmente se enteraron. Y lo supieron por los nuestros.

Cuando se descubrió que Schatz era judío la vida se le hizo notablemente más dura. Se convirtió en lo que se llamaba un «judío útil», los alemanes tienen una palabra para eso. Ahora la jornada que tenía que cumplir era triple. Y el hombre recibía tanto de los alemanes como de los suyos. Pero en el campo los sádicos de verdad no eran tantos. Los guardianes son también como los demás.

—Gente corriente —recuerdo su expresión.

—Sí, corriente. —El comisario no se da cuenta de la ironía—. Los sádicos no eran muchos, no más que ahora, pero había una, la mujer del comandante del campo. Una tipa guapa, decía padre. Le gustaba pegar con el zapato en la entrepierna. Te obligaba a quitarte los pantalones delante de ella. Que se divertía, vamos. Hasta que se le acabó la diversión.

Los liberaron los norteamericanos. Lo hacían del modo siguiente: rodeaban el campo y esperaban que los guardas se rindieran y luego dejaban que los presos se los cargaran. Podían esperar un día entero o dos. Mantenían la distancia.

Una práctica habitual entre los norteamericanos. Los alemanes querían que los hicieran prisioneros, pero ¿para qué querían a aquellos alemanes?

—¿Y qué hizo con ella? —pregunto.

—Se la calzó. ¿Está claro? El primero.

—¿Y luego? ¿Luego qué? ¿La mataron?

—Seguramente. —Se encoge de hombros—. A los alemanes se los cargaron a todos; difícilmente se salvó alguno.

Permanecemos callados un rato.

—Dígame, ¿qué pensaba luego de los alemanes?

—Pues lo normal. ¿Por qué dice «pensaba»? Sigue vivo. Solo que está furioso porque los alemanes no le pagan la pensión. En los documentos no aparece como Schatz por ninguna parte.

Está vivo. ¿Y qué hace? Pues nada, ¿qué va a hacer? Le gusta ir al mercado. Recuerda a aquella alemana. Antes, mientras madre estuvo viva, callaba, pero ahora habla de ella más que de su esposa.

El despacho estaba casi a oscuras. De pronto siento deseos de mostrarle mi apoyo al comisario, al menos mirarlo a los ojos, pero él se sienta de espaldas a la ventana y no veo sus ojos. Intento decir algo: sobre la incontinencia afectiva, sobre la sexualidad en los ancianos. El ser médico parece darme derecho a pronunciar palabras que de hecho no significan nada.

—Durante toda la guerra —dice el comisario— mi padre no mató ni a una sola persona. Y si tus norteamericanos lo hubieran liberado como es debido, ahora mi padre no recordaría a aquella alemana.

El comisario acaba el relato y paulatinamente vuelve a su letargo. ¿Tal vez haya que irse?

Y le pregunto para acabar:

—¿Y estas banderitas en el mapa qué significan?

El hombre de pronto dibuja una amplia sonrisa, y en la semipenumbra asoman sus dientes.

—No significan nada. Unas banderitas como cualesquiera. Sin más.

Bueno, ¿me voy?

—¿Adónde vas sin gorro, muchacho? —pregunta el comisario—. ¿Tienes gorro?

—Pues claro, hasta dos: una visera y otro gorro caliente, de lana.

—Ponte el de lana.

Petrozavodsk: oscuridad, frío, hielo, las calles casi sin luz, no se distingue nada.

Por la noche me encuentro en el congreso con el joven de la voz hermosa, el del tren. El joven comenta sus impresiones sobre la ciudad y dice: «Un agujero como todo lo demás», y expresa su deseo de que nos sigamos viendo en Moscú.

—¿Quedamos para comer? Invito yo. —Y entre otros temas, me pregunta—: ¿Alguna noticia sobre los «castigados»? —Tipo listo: ha encontrado la palabra.

—No —le digo—. No.

Febrero de 2010

El pequeño lord Fauntleroy

—Erik, ¿qué nombre es ese, «Erik»? —pregunta una enfermera desconocida. No lo hace por curiosidad, sino como un reproche.

Erik entra en la sala de enfermeras, ella no se cohíbe, lo mira a la cara y con animadversión. Pero ese es su nombre y no por ello ha de pedir disculpas. Me llamo así. Ya se acostumbrarán y le darán el visto bueno: al nombre y a lo demás.

Aquí es donde visita a los pacientes los sábados: tanto en cuidados intensivos como en general, lo que le echen. Erik es aquí el único cardiólogo.

No es una ciudad, aunque tampoco una aldea, claro está, es algo intermedio, del género neutro. Un suburbio, esa sería la palabra correcta. A los residentes de las dachas del otro lado de las vías del ferrocarril se les aparece en sueños —casi idénticos para todos— como un lugar propicio a las desgracias, al modo de las pesadillas más informes. No vale la pena ir allí ni siquiera por cuestiones profesionales, incluso unos pilones de cemento cierran el paso desde hace una eternidad, de modo que solo puedes llegar o a pie o en bicicleta. «Búscate un asno», me aconsejaban los más chistosos.

Así pues, si venimos de Moscú, a la izquierda de la vía del tren se extienden las dachas y a la derecha, el caos: edificios de varios pisos, fábricas, grises construcciones oficiales de hormigón. En los últimos tiempos la industria ha menguado y, como dicen, para mejor, si tenemos en cuenta la calidad del aire y del agua; la gente sigue viviendo en sus casas y se dedica, aunque tibiamente, a reproducirse. Pero es mejor no pensar demasiado en lo que pasa tras los pilones de cemento: no vaya a ser que deje de ser un sueño.

Aquí las casas son buenas, dachas clásicas: terrenos de media hectárea, pinos, arena, sin barrizales, todo siempre limpio, y mucho cielo; solo un defecto: no se ven espacios abiertos, no hay siquiera un buen río. Los terrenos son grandes, muy grandes, con casas casi idénticas; para dos familias, una en cada piso. Ahora esto parece un

anacronismo —¿dónde está la *privacy*?—. Pero las casas se construyeron a finales de los veinte, para los ex presos políticos. Entonces no se podía ni soñar con una mayor intimidad, ni existía siquiera la palabra *privacy*.

Los ex presos políticos ocuparon unos ochenta y tantos terrenos. Lo cierto es que desde entonces las dachas han cambiado muchas veces de dueño. Un día en el fondo de un trastero encontró un certificado: en el año 1881, la ciudadana tal, una familiar lejana e indirecta suya, había participado en el magnicidio. El certificado se entrega en el lugar del tratamiento médico, con sello, firma y fecha: 1926. No se lo enseñó a nadie; que se quede donde está.

Ya ven: una dacha, no peor que la de muchos, mejor incluso, y perfecta para los niños, con su bosque de pinos. ¿Cómo apareció al otro lado de las vías? Una sonrisa cansada, ¿a qué viene la pregunta?, ¿no ve que soy médico? A la vecina se la llevaron con taquicardia, con fibrilación auricular (¿ya sabe qué es eso?). No pasa nada, le dimos una buena descarga y la curamos. Y a los más allegados les explica: es un deber que me viene de dentro.

Un comportamiento digamos que extraño. Borís, un compañero de la facultad, ahora neurocirujano, con una sonrisa amplia y una dentadura espléndida, dice: «¿Practicando el amor al pueblo, Albert Schweitzer? ¿O estás harto de la familia?». Siempre había algo de incorrecto en Erik. Habría sido mejor que hubiera acabado la segunda tesis.

Que no, si solo trabaja aquí los sábados, ¿qué tiene que ver aquí la familia? Trataba de igual a igual a los enfermos, como de joven. Borís no para de incordiar; se lo puede permitir: le ha conseguido de su departamento un montón de medicinas. Borís es un tipo medio calvo, grande, de carnes abundantes: manos fuertes, dedos gordos, solo le falta un pecho peludo asomando del pijama medio abierto. Trabajan en la misma clínica, diferentes especialidades, diferentes pabellones. Borís tiene la dacha en la misma zona, no muy lejos, y sus carreras parecen seguir el mismo curso.

«¿A quién has salido tan… —busca la palabra— aristocrático? ¿O no fuiste, como todos, pionero? ¿O te dieron a leer libros distintos a los nuestros?» Borís no está satisfecho de su amigo: «Menudo filántropo estás hecho…».

¿Y cuál es el primer libro que leyó Erik por su propia cuenta? ¿El primero? Debe recordarlo.

—*El pequeño lord Fauntleroy*.

¿De qué trata el libro? Y ¿quién es el autor? Erik lo ha olvidado. Había una inscripción con letra de mamá, entonces aún firme y hermosa, no dirías que femenina: «Que la vida no te impida ser bueno y mejor», y con el día del aniversario: seis años. Nos enseñaban a ser buenos. Sin explicarnos para qué ser buenos, ya estaba claro. Recuerda la inscripción como también el título del libro: *El pequeño lord Fauntleroy*.

Le propusieron media paga. Pero él no se había parado a pensar en el dinero. ¿Y por qué no? Está de acuerdo. ¿Cuánto querría? Además, se ha traído su propio instrumental… Bueno, un material no del todo suyo, era de la clínica de Moscú, todo pequeño, transportable, el lunes lo devolverá.

—Media jornada.

La médico jefe suplente le sonríe, aunque aquí eso no se estila. No le extraña su presencia: quién sabe para qué necesita un moscovita nuestro hospital. La ciencia y todo eso, ya lo sabemos. El dinero nunca sobra, pero el cincuenta por ciento es claramente demasiado.

—Hay una mujer que viene a vestir a los difuntos, a maquillarlos y todo eso; pues ella, ¿sabe?, nos cobra solo el treinta por ciento.

Esta sí que es buena: ¡ya ve con quién compite! Pero ahora, por lo que parece, ya tendrá historias que contar: esto no es Moscú. Porque allí, claro, hay de todo: ellos tienen mil doscientos colegas para cuatrocientas camas, de modo que todos los que se tratan o son parientes de los médicos, o gente activa, o pacientes de pago. Hay historias, claro está, pero en secreto; a Erik le llegan raras veces.

Pero a esta mujer él no le dirá nada; todo quedará

entre ellos, *entre nous*, ¿me entiende? Por cierto (hace un gesto amplio; por lo que parece, no en vano Borís lo tachaba de aristócrata), está dispuesto a hacerlo gratis o… como les parezca.

—¿Gratis? —No debería haberlo dicho, no durará mucho aquí. —Ella mueve la cabeza en señal de desaprobación —. Todo trabajo ha de estar recompensado.

Es cierto, no tenía que haberlo dicho, le ha salido sin querer. No quería ofender a nadie. Y además, ese dinero extra, por poco que fuera, siempre le iría bien.

—Ya lo decidiremos sobre la marcha —oye decir a su nueva jefa.

El pasaporte, el diploma, una copia del certificado de su vida laboral, ¡mira!, las prácticas, la tesis doctoral. Y ya está: contratado.

Camina por el patio, mira a su alrededor: varios edificios, el servicio de seguridad, como en los grandes centros. Vaya por Dios: ya está cansado. Porque hace calor, mucho calor, y eso que solo estamos en mayo. En la dacha no hace tanto. Pues claro, aquí hay asfalto.

El personal médico: todo gente gris, educada, se mueven en silencio, ahorran fuerzas.

—Un infarto. Échele un ojo, si lo desea.

¿Qué quiere decir, «si lo desea»? ¿Les da vergüenza pedírmelo?, piensa, y lo examina. Esto no es ningún infarto, fuera el tratamiento y para casa. ¿No me dirá que no se alegra? Todo es nuevo para ellos y a veces las cosas les salen bien; pero de alegría, ni gota. Hasta le han asignado una enfermera: un trozo de barro, es más joven que él, pero parece mayor. Lo sabe todo de aquí, mira atentamente, lo hace todo sin una sonrisa. La gente tiene mala dentadura, por eso no sonríe. Como en los cuadros de los viejos maestros, concluye Erik, que trata de querer a todo el mundo.

Un patio caluroso, ha salido aquí para estar a solas y observa entre los árboles: la gente viene y va, con diagnósticos equivocados y con recetas que te han tocado al azar. No pasa nada, pronto él lo mejorará todo. Organiza un

seminario, pero el único que interviene es él; los colegas se han presentado, soportan la sesión y callan.

Los pacientes son cada vez más y a veces acude también los viernes por la tarde o incluso los domingos, si lo llaman. Ha empezado a refrescar, los primeros días de junio han resultado ser más fríos que mayo.

—Qué poca clase —se queja Eric, tanto de los colegas como de los pacientes.

¿Por qué asombrarse? «Participó en el magnicidio», recuerda el certificado. Y, no obstante, antes, en sus años jóvenes, aún veía en las caras de las personas rasgos de refinamiento, no hereditarios, sino adquiridos a través de la lectura; ahora, en cambio, ni se habla de libros:

—Es algo complicado, pero no imposible —le explica a una enfermera. Se refiere a cómo trasladar a un paciente grave a Moscú. La enfermera está desconcertada: ¿se puede o no?

Por cierto, conviene que nos fijemos bien: en todas partes reina la vida, en todas partes hay gente simpática y otra no tanto, ¿y no encierra ya un error moral la propia palabra «ellos»?

A mediados de junio la médico jefe suplente le pide que venga un día laborable. «¿Ha enfermado alguien importante?» Lo reclaman los «órganos» para una entrevista. «¿Para qué?» «¿Cree que se puede hablar de esto por teléfono?» La jefa está tranquila y Erik no tiene nada que temer.

En unos amplios edificios grises que se ven desde el tren: allí es donde se hallan los citados «órganos». Junto a la entrada lo espera un teniente mayor; tendrá unos treinta años, o puede que no llegue; Erik ya ha comprendido que no sabe acertar con las edades. Educado, le da la mano; una cara desagradable, llena de marcas de viruela. Luego ya examinará mejor al teniente; de momento se dirigen a la oficina de pases, todo se desarrolla según el procedimiento habitual.

Siente algo de miedo, porque ¿a qué viene toda esta parafernalia si se trata de una entrevista? Podríamos haber

tenido el encuentro en el hospital. «No, nosotros no hacemos así las cosas.»

Finalmente llegan al despacho, que el teniente comparte con un joven. Este monta unas carpetas de cartón, unas de esas que se venden en todas partes y que son baratas; se dedicará a esa tarea todo el rato durante el cual el teniente interroga a Erik. El despacho respira pobreza, o más que pobreza, directamente ruina, miseria; hasta el hospital se ve más moderno. En la pared, un mapamundi; en el alféizar, un periódico con colillas, un hervidor y bolsitas de té usadas.

—¿Fuma? —El teniente le alarga un paquete.

—No —por alguna razón le miente Erik—. Me gustaría saber…

Luego se lo explicarán todo, pero de momento escuche lo que digan: puede no testificar contra sí mismo ni contra sus familiares. ¿Entendido? Entonces, firme aquí. Solo una cosa más: ¿de qué familiares estamos hablando? El marido, la esposa, el hijo, la hija… La lista acaba de manera inesperada: el abuelo y la abuelita. Erik se echa a reír y pregunta con cierta complicidad:

—¿Es eso lo que pone: «abuelita»?

—Así es en lenguaje jurídico. —El teniente también sonríe con ternura.

¿Ya está? No, ahora le leerá un artículo sobre la responsabilidad que se asume en caso de dar falso testimonio. O si se niega a testificar. ¿De modo que me han llamado como testigo?

—No, hombre… —El teniente agita la mano: les ha llegado un aviso y lo están estudiando.

Erik examina el libro: qué código penal más raro, ilustrado con dibujos. En cambio, al teniente le gusta: es más distendido, dice. Finalmente le muestra una hoja, que es lo que él llama «aviso». El nombre del autor no le dice nada a Erik y lo olvida al instante. «Gente extraña ha entrado en nuestra casa…», este es el tono general del texto; el escrito se refiere a él, a Erik. Y la conclusión es la siguiente: «¡No lo permitiremos! No permitiremos nada: ni

experimentos con humanos, ni trasplantes de órganos de nuestros ciudadanos…». Por eso lo ha invitado a venir el teniente: ¿tiene él alguna relación con los trasplantes? ¿No? Pues tomemos nota. El teniente suspira y empieza a teclear su informe: lenta, muy lentamente; todo es viejo, arcaico.

¿Y qué piensa él en general de los trasplantes? No es la solución, está claro, pero en ciertos casos… A alguno de sus pacientes, un trasplante de corazón le habría alargado mucho la vida. Pero en nuestro país no se puede ni hablar de trasplantes. Aunque órganos no nos faltan: mire cuántos accidentes, catástrofes. Pero para hacer algo así, ¿sabe usted qué organización haría falta? Hay que congelar, transportar, reunir rápidamente el equipo médico. Aquí nos faltan las cosas más sencillas, de modo que los trasplantes…

—Vaya, se me ha gastado la cinta —suspira de nuevo el teniente.

Hace tiempo que Erik no ve una impresora. Entonces decide fumar, mira hacia la ventana: vaya, pronto va a anochecer. El compañero del teniente se marcha; a lo lejos, en la zona de las dachas se está poniendo el sol. Por fin, también el teniente concluye su trabajo y se pone a contarle los éxitos de su servicio, sus enormes logros técnicos y lo buena gente que son. Es la única organización no corrompida. Quién lo hubiera pensado.

Parece que es hora de marcharse, ahora el teniente le firmará el pase. Y de pronto: le ruego que conteste a otra pregunta médica.

—Dígame, ¿una hernia diafragmática es algo muy grave? —El oficial se ha emocionado hasta el punto de que su voz ha subido de tono.

—¡No, qué va! —exclama Erik aliviado—. Es una bobada. No se acueste enseguida después de comer. Eso es todo.

Pero resulta que no todo es una bobada. Al teniente se le murió una hija de dos años por esta dolencia. La operaron y falleció.

—¿Dónde? —pregunta desconcertado Erik; cuesta cambiar todo el rato de registro—. ¿No será en nuestro

hospital?

No, la niña murió en Moscú, en el hospital de su organización. Aquí le dijeron que no practicaban estas operaciones. Así es… Y hace poco el teniente ha tenido otra niña. ¿Qué probabilidad existe de que también tenga una hernia?

En los últimos minutos el teniente ha cambiado mucho. ¿O era la luz que le caía de otro modo? En cuanto a la hernia, estudiará el caso, se enterará.

En la noche del sábado 21, Borís se presenta en la dacha a ver el fútbol: después de la tormenta se le ha estropeado el televisor. Erik no es aficionado al fútbol.

—Es un gran deporte —le explica Borís—: es la culminación de todo lo masculino: un chute y gol. Es como el sexo. —La mujer y el hijo más vale que no lo escuchen—. Solo que el fútbol es mejor: con una tía a lo mejor vas y la cagas; aquí, en cambio, una hora y media de pura gozada. ¿Está claro?

Claro, claro del todo.

Los nuestros han ganado y Borís se dispone a marcharse, muy contento: no es moco de pavo estar entre los cuatro mejores. Resopla de placer: tenemos un buen entrenador, un holandés. Borís siempre lo decía: necesitamos a un especialista extranjero. Lástima que Erik no entienda nada de fútbol.

—Sé más sencillo —le aconseja Borís— y la gente vendrá a ti.

Erik no sabe si quiere que la gente venga a él. No especialmente.

—Un aristócrata, eso es lo que eres, un aristócrata; permita que le bese la mano.

—Déjate de payasadas —le pide Erik.

—Oye, y ellos, ¿te quieren los de allí? —Y Borís señala más allá de la estación.

Depende de quién, Borís; no existe ningún «ellos». Y le cuenta por encima la historia del teniente y su hija. Vaya, se le ha olvidado averiguar lo de la hernia diafragmática. Pero ¿lo querrán? Se queda pensativo. Si ha de ser sincero,

no, no lo quieren.

—Pero ¿por qué pierdes el tiempo con ellos? ¿Tienes cargo de conciencia? ¿La famosa mala conciencia? —Aquí puede que Borís tenga razón: un sentimiento de culpa hacia todos, primero fueron los padres, ahora la mujer, el hijo; es algo natural en Erik. ¡Y ante algunos pacientes, qué culpable se siente! Y será así para siempre.

¿Y tú, Borís —quisiera preguntarle—, nunca tienes cargo de conciencia? No, nunca, claro está: bueno es Borís para que algo lo corroa.

—Bueno —y Borís le da unas palmaditas al amigo en la espalda—: ¡vive la vida con Coca-Cola… y fútbol! —Y se marcha. Desde la estación llega un rugido: «Olé, olé, adelante, adelante». De allí retumban el estruendo, los gritos, los cohetes, los cláxones de los coches que se desgañitan. En cambio, aquí, entre las dachas, de momento todo está en calma. Así, con estos «olé, olé» es como se desarrolla nuestra lengua rusa. Le llega una entonación borracha, flotante, descarada.

Durante el domingo 22 de junio se oye por los altavoces: «El duelo que provoca el aniversario del inicio de la guerra se disuelve en nuestra alegría general ante nuestra victoria». Y en eso, suena el teléfono: ¿podría venir urgentemente al hospital?

En urgencias la cosa está animada. Un tipo enorme de unos treinta, un sanitario, un policía y otro tipo sin una apariencia digna de mención, con americana; y sobre la litera, un muchacho fortachón, musculoso. Su apellido: Poprov, diecisiete años. Él es quien se encuentra mal, le duele el corazón. ¿Ha valido la pena venir? Erik mira al muchacho, lo ausculta, un electrocardiograma, otras pruebas más, y lo que decía: sanísimo. Lo único es que está nervioso, tiembla mucho, de ahí las variaciones en el cardiograma; pero en general bien. Hay que anotar el diagnóstico.

—A ver, ¿el apellido? ¿Popov?

—¡Poprov! —aúlla el tipo enorme—. Alexéi Poprov. ¿No sabes quién es Poprov? ¿Qué eres, tonto de remate?

Aaah, eres forastero… ¿Te has caído del guindo, forastero?

El policía se lleva al tipo afuera.

—¿Es un familiar? —pregunta sin entender Erik—. Para ser su padre parece joven.

—No, nadie, es su acompañante. El ayudante de su padre.

—¿Y qué ha hecho el detenido? —pregunta indiferente Erik, como si fuera forastero, porque si no, no te enteras de nada.

—Nada, que le ha arreado a un tayiko con un bate de béisbol. Celebrando.

—¿Por qué con un bate? Y ¿de dónde ha salido el bate? ¿O es que tenéis por aquí un club de béisbol?

Todos se ríen a carcajadas, incluso Alexéi parece reírse.

—¿Estaba solo? —le pregunta Erik al sanitario, mientras levantan a Poprov y le dejan vestirse.

—¿Quién más estaba contigo? —le grita a Poprov el policía.

¿Acaso así, sobre la marcha, se interroga a un detenido?

—En lo referente al asunto, agente…

Vaya, tirando de diccionario.

Poprov muestra los dientes. Él no vende a los suyos. Ya ven, un joven con principios. Tiene buena dentadura, blanca; mejor incluso que la de Borís.

«Le soltarán un sopapo y cantará», se le ocurre pensar de pronto. Bueno, él es solo un médico, y cuanto más repugnante sea el cliente, más tiene que esforzarse uno.

—Toma estas pastillas: te calmarán. —Le trae un paquete de sus reservas personales.

Tras la espalda de Erik aparece una mano y el hombre sin rasgos le quita las pastillas.

—¿Es usted familiar? —le pregunta Erik también a él.

—Yo soy el jefe del centro de reclusión —le responde el hombre sin atributos.

En una palabra, de la cárcel. Esto sí que se recuerda.

—Escúcheme, estimado —se dirige a él el jefe de la prisión para, al parecer, aclararle algo.

—Doctor —le apunta Erik—, llámeme «doctor».

—Nuestro sistema, doctor, piense usted lo que quiera, trabaja lentamente, pero….

—Pero ¿qué?

En el pasillo aparece su enfermera, ¿qué hará aquí en domingo? Lo siente por Aliosha, le da lástima, muchísima; lo conocía ya de niño. «¿Y cómo era de niño?» Erik la sorprendió de verdad con su pregunta: todos los niños son buenos. Pero Aliosha ha echado a perder su vida; qué pena. Practicaba lucha libre; quería ser dentista. «¿Y el tayiko no le da pena?» Claro que sí, también es una persona. ¿Dónde está, por cierto? Aquí, en cuidados intensivos, con respiración asistida. ¿Quiere verlo?

Bueno, vamos. El tayiko, un joven delgado, de pelo oscuro, inconsciente. ¿Cuántos años tendrá? Veintidós. Da la impresión de ser más joven, casi un niño. Sin tatuajes, piel morena, hematomas. Los ojos, cubiertos con una gasa. Se la quita, examina las pupilas. Tiene los ojos grises. Por su hombro corre una mosca: ¡fuera! Le mira las manos, no hay ni golpes ni abrasiones; no se ha peleado con nadie. Nos ha llegado de noche: coma, fracturas en el cráneo y las costillas. No es de su especialidad. La sonda de la orina gotea fuera del bote, arréglelo. Qué triste es todo esto. El monitor, el aparato de la respiración asistida, todo parece más vivo que el muchacho. Le ausculta el corazón; todo normal, de momento. ¿Y el cerebro estará vivo? ¿Quién sabe?

¿Y dónde está Poprov sénior? En Europa, apoyando con los hinchas a los nuestros; el veintisiete es la semifinal. Podíais haberle dado un toque a vuestro Poprov. No; al parecer, más vale dejar a Poprov en paz.

Regresa a la dacha, come; cuando haga más fresco irá a Moscú. Pero después de comer se duerme y al despertarse piensa: Aliosha, Poprov júnior, un chico espabilado, futuro dentista, se ha comprado, ya ven, un bate, y allí la tienes, la lucha libre sin armas. Ha visto varias veces el filme *Hermano* de Balabánov. Le gusta. El muchacho tayiko llevaba algo metálico colgado al cuello; no era una cruz, ni

un amuleto. ¿Puede que el nombre? Se lo habrá puesto la madre antes de venir aquí. ¿Para qué habrá venido? Es que todos emigran. Toda la gente actúa igual. «No me mates, hermano», ruega el muchacho en la película. Pero Aliosha Poprov dibuja una amplia sonrisa y suelta, como en la película: «¡Tú no eres mi hermano, piojo culinegro!». Y le arrea con el bate a diestra y siniestra.

Qué triste. Dios mío, qué triste… Llama medio dormido a Borís.

—Saludos intempestivos —dice. Y se queda callado—. ¿Camino de Moscú? —Otro silencio. Por el ruido del auricular está claro que sí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no hablas?

—Me estoy armando de valor para pedirte algo; a ver si lo consigo.

Y se lo pide.

No, Borís ya se ha marchado de la dacha. ¡Mala suerte!

—¡Peor es la muerte! —bromea Borís.

Rima y es cierto, pero de pronto:

—No te preocupes, doy media vuelta.

Qué buen amigo, este Borís.

Al cabo de una hora y media o dos ya están ambos a la puerta del hospital. Erik fuma. Charlan. Mal asunto, peor de lo que se suponía. De todos modos, hay que llevar al chaval a Moscú, para hacerle una tomografía de la cabeza; aún tiene alguna posibilidad. De acuerdo, Borís se lo lleva, ya hablará con los muchachos. A ver, el historial médico, dame el pasaporte, apunta mi diagnóstico. ¿No hay parientes? ¿Qué pasa, es que no hay nadie que responda?

En la sala de médicos vacía toman café, charlan sobre la cuestión nacional.

—Los tayikos son arios. Signifique lo que signifique.

—¿Ah, sí? —Borís no lo sabía; pensaba que eran *jáchik*.

—*Jach*, por cierto —Erik se había interesado por el tema—, en armenio significa «cruz».

—Cruces. Tampoco está mal. Cruces y ceros… — Borís bromea a pesar del cansancio.

El transporte llega por la mañana.

Buen tipo, este Borís.

—Tú tampoco estás mal. Pequeño lord Fauntleroy. Casi no se tienen en pie del cansancio. Ahora te tendrán por su salvador. Trasladar de aquí a un paciente como este, ¿eh? No pasa nada, lo llevaremos. Quien no se arriesga, no bebe champán. ¿Quieres champán?

Erik mueve negativamente la cabeza.

—Seguro que se inventan algo poco halagador, ya lo verás. —Pero ni él se cree mucho lo que dice. Una cosa así también estos la valorarán.

Durante la semana deja de lado la historia del tayiko y, además, no iba a marear a Borís cada día. El viernes por la mañana, al pasar con el coche junto a una tienda de deportes, recuerda y se para. «¿Bates? Claro, los que quiera.» ¿Y guantes y pelotas? «No, no nos han llegado.» «Esto no es Chicago…», le llega al salir de la tienda.

Armándose de valor, finalmente llama. Borís está relajado: de nuevo hace calor y nuestros futbolistas la han cagado. Alemania y España están en la final, dos países de la alianza fascista. ¿Trabajo? Como siempre en verano, poco.

—¿Y al nuestro —Erik nombra al tayiko— adónde lo han llevado?

—Depende de qué —responde Borís en el tono más natural—. El corazón se fue a Krylátskoye, los pulmones, a la Sportívnaya.

En una palabra, desmontaron al tayiko para aprovechar sus órganos.

—Con los pulmones la fastidiamos: quisieron llevarse los dos, pero finalmente solo fue uno.

Erik sigue callado al teléfono.

—Quedan aún los riñones —pronuncia finalmente, con la voz apagada.

—Por ellos no se ha interesado nadie —suelta Borís medio riendo.

¿Por qué se ríe? Esto no se puede hacer.

—Doctor, fue su imaginación —responde Borís—. Su cerebro estaba muerto. Había muerto. Lo que ambos vimos

era en esencia un muerto.

¿Sabía Borís que este sería el resultado cuando se lo llevó? De todos modos, se lo preguntará. ¿Al menos contemplaba esta posibilidad?

—Cuando di media vuelta en la carretera, no, pero luego, cuando nos lo llevamos, entonces sí, lo pensé. Mira, yo soy neurocirujano. Y aquí nadie tiene la culpa de nada. Y además, señor cardiólogo, dígame, ¿es que tiene usted algo en contra de los trasplantes?

Erik recuerda todo eso de «si la semilla muere…» o aquello de «dar uno la vida por sus amigos». Pero eso es distinto, tiene que ser por propia voluntad…

—Pues nosotros tenemos la presunción del consentimiento, ¿no lo has oído? Te guste o no te guste… En caso contrario, no habría órganos. Si mañana un borracho nos aplastara a ti o a mí con su camión, nos descuartizarían como que me llamo Borís. Aunque ya sabes cómo nos sale todo en este país, por el trasero. En cambio, esta vez todo funcionó perfectamente, además, piensa… Bien, si tu tayiko se hubiera muerto como cualquiera, ¿habría sido mejor?

Puede que mejor, Erik no lo sabe. Había muerte cerebral y Borís hizo todo lo que pudo, eso está claro, pero para qué…

—¿Para qué qué? —Borís ya estaba francamente cansado.

—Es cómo lo dice… —Sí, en el cómo está la cuestión.

¿Y qué les dirá ahora a aquellos, los que viven detrás de los pilones de cemento?

—Pues diles que el tayiko seguramente ha salvado dos vidas humanas. Hay que ver las cosas con una mirada más amplia. Y no nos ha movido ningún deseo de «lacra» personal.

De lucro, Borís, de lucro. ¿Además, quién habla de lucro? Y es verdad, no nos vamos a pelear por esto. La vida no se acaba en un tayiko. La medicina es así.

—No estamos hablando como profesionales— interviene Borís en son de paz—. Nadie sabía que las cosas

irían así.

—Sí, este es el lado triste de la profesión. ¡Bueno, hermano, salud!

Fin de la llamada. Ya basta. Por la tarde, sin ningún instrumental, se dirige a la dacha, donde lo esperan su mujer y su hijo. Hace falta podar los arces que se han desmadrado, cambiar la bomba del agua, arreglar los papeles sobre la propiedad del terreno. Todo, como el resto del mundo.

Nunca más fue al otro lado de los pilones de cemento.

Agosto de 2009

La gitana

Además de ser una persona sensata no era un mal médico, por eso, si algo nos pasaba, queríamos visitarnos con alguien como él.

El médico tiene dos trabajos: uno por dinero, el otro es el interesante. En el interesante piensa: es un trabajo de verdad, de médico, lo que pasa es que no me pagan. Pero es una persona joven y necesita dinero. Dinero para los hijos pequeños, la cuidadora de la abuela, el coche, que se estropea, para comprar muchos objetos deseados; hay tantas cosas que no merece la pena ni enumerarlas. Pero no se para a pensar en el dinero más de unos segundos. Lo necesita y punto.

El trabajo remunerado le provoca, por el contrario, largas reflexiones. No me falta talento, piensa, soy joven —mi abuela está viva, de modo que soy joven, claro—, todavía me queda mucho por hacer, y ¿en qué malgasto mi vida? Sabe en qué la malgasta: en «vivir, pensar, sentir, amar y descubrir», en palabras de Pasternak. El pesado de su padre le decía en tono instructivo: dedícate a aquello que halle su reflejo en la eternidad. También leía versos, tanto estos como otros. Pero de todo eso hace mucho. Diez años han pasado desde que su padre ya no está.

En cuanto al trabajo interesante, es fácil imaginarlo: observar a los pacientes en el hospital, alegrarse cuando les ha ayudado y ha hecho algo nuevo, diagnosticarles algo poco común, disgustarse, claro, cuando los pacientes se le mueren, o cuando hay que escribir un largo informe. Ambas cosas no faltan en un hospital con servicio de urgencias y guardias; aunque también tienen un buen médico, cosa que ya se ha dicho.

Algo pagan también aquí; pacientes agradecidos, sus familiares; él no cobra «honorarios»… ¿Qué querrán decir con que «todo el mundo lo hace»? Él no es todo el mundo.

Es más complicado pensar en el trabajo remunerado. Y consiste en esto: trasladar al extranjero a emigrantes enfermos. Existe una organización que manda a personas a América bajo vigilancia médica: judíos, baptistas, armenios de Bakú, kurdos, gente extraña… ¿Adónde viajan y cómo

funciona toda esta operación? Gente extraña y extraña ocupación la de llevar a estas personas. Pero está bien pagada: seiscientos dólares por viaje.
Y he aquí que hoy, un viernes, tiene guardia, ha de recoger los trastos médicos, dejarse ver ante los jefes y en una hora, al aeropuerto, para volar a América; ¿con esta, cuántas veces van ya?, hace tanto tiempo que ha perdido la cuenta. Entregar cuanto antes al paciente; desde Nueva York todavía tiene que coger otro vuelo hasta el destino final, en esta ocasión bastante cerca, a Portland; allí lo recibirán unos amigos: en dos horas ya estará en Boston, y en América todavía será viernes. Le pagarán en Nueva York, aunque se despedirá del paciente en Portland. Los amigos: marido y mujer, compañeros de la facultad, se casaron pronto, emigraron pronto, queridos, de confianza. No dejarán que se gaste ni un céntimo, y por la mañana lo llevarán directamente a Nueva York; justamente tenían intención de viajar allí; les encanta la Gran Manzana, les encanta todo lo que haga prosperar su amistad con él. Ya será sábado. Regresará a casa el domingo, recuperará el sueño perdido… y al trabajo, al principal y al interesante. Y así cada mes.

Pero cuando se disponía a irse, un percance llamado Gúber. Hay que echarle un vistazo a una paciente. Gúber es el responsable del centro: un tipo de piel fina, tibio, vengativo y, en opinión de algunos médicos, un ladrón. Los pacientes «privados» solo te dan disgustos, y el dinero tampoco va a parar a los profesionales. Tengan en cuenta que no fue Gúber quien pidió el favor, sino que lo hizo a través de las enfermeras. Él le habría dicho: tampoco tiene usted nada que hacer, de modo que examine a la paciente, por favor.

La examinará, pero rápido. ¿Dónde está? En el pasillo.

La enfermera, en voz baja:

—Es una gitana.

Trató a una gitana hará unos dos meses. Una mujer bien extraña, nada típica. Las enfermeras ya lo habían avisado: vaya con cuidado con ella. Se desvistió en silencio

hasta la cintura, como está mandado, y sin más preguntas. «¿Me quito el sostén?» Mirada orgullosa y de desprecio. Y en silencio se giró sobre el lado izquierdo cuando hizo falta. Sin murmurar ni renegar, sin el típico «¡Oh, es mi corazón el que hace esos ruidos!», tomó con brusquedad el diagnóstico y parece que dijo «¡Gracias!». Se notaba que odiaba a todos esos —le vino a la mente— capitostes. Porque cuando van de uniforme, ya sean batas de médico o ropa quirúrgica, ¿qué son sino capitostes? ¿Adónde va con tanta prisa? La enfermera le anunció: se trata de una mujer muy conocida en el barrio, vende drogas. Las enfermeras lo saben todo, pues viven por aquí, les resulta más cómodo trabajar cerca de casa. De modo que la mujer tiene prisa por eso. Y al parecer su hijo mayor murió en el hospital con diecinueve años; no fue durante su guardia. De ahí todo ese aire ceremonioso. Bien, no es nada serio, y además no parece una gitana auténtica. Delgada, con el pelo corto. Con un apellido artificial; algo que suena entre ruso y circense. ¿Estará casada? Las enfermeras también saben esto. El primero se colgó. El actual, sin piernas, se dedica a mendigar por la calle. A decir verdad, está harto de tanta desgracia. Bueno, un médico no debe pensar así, y, menos aún, decirlo.

Hoy es otra gitana. Aquella era relativamente joven; esta es mayor.

—¿Qué tendrán estas con nuestro Gúber? —se asombra la enfermera—. Nunca sabremos toda la verdad.

—Que pase. Pero deprisa.

Una mujerona nerviosa y que habla de forma confusa; cabello pelirrojo, teñido de cualquier manera, manos vulgares, con hematomas alrededor de los anillos en los dedos, más moratones en cara y pies. Vestida con ropas de colores; las nuestras no se visten de ese modo.

La enfermera refunfuña: «¡Mira qué abrigada va!».

—Hace calor, abuela, ¡que ya estamos en abril!

¿Qué importa que estemos en abril? Ella siempre tiene frío.

Veamos, ¿qué le pasa? Tienen prisa.

La gitana farfulla, no se la entiende. ¿Cuántos años tiene? La mujer no puede precisar ni su edad.

—¡Abuela, que esto no es la Gestapo! —explota la enfermera—. ¡Responda!

No se puede tratar así a los pacientes y menos a los de pago, como los de Gúber.

Necesitan su año de nacimiento.

—Pon el veinti…

—Pero ¿el de verdad?

—Apunta el veintiocho… El treinta.

Según los documentos, nació en 1920, pero la gitana no aparenta setenta y nueve. ¿Qué es este galimatías? Gúber dice «galimarías», es de Moldavia. Pero no lo corrigen y se ríen a sus espaldas.

Le preguntamos: ¿cuántos tenía durante la guerra? No se acuerda: ¿qué guerra?

¿No se acuerda de la guerra? ¿Dónde estaba en los años cuarenta entonces? ¿Bajo una roca?

Responde:

—En el bosque.

—¿En el bosque? Y ¿qué hacía allí?

La enfermera lo mira: ¿será posible que no comprenda a qué se dedica esta gente?

La gitana:

—Cantaba canciones.

¿Canciones? ¿En el bosque? A ver, que se desvista del todo.

A la enfermera le va a dar algo.

—Mejor dame unas pastillas —pide la gitana.

Quítele la ropa; quítesela. Y por el despacho se extiende un olor insoportable.

—Hay que tratarse las llagas —exclama furiosa la enfermera—. ¡Qué peste!

Frótese aquí. Y luego talco. Una tipa bien sucia, hay que decirlo.

La examina en el aparato: tiene el corazón dilatado, se ve claramente. En efecto, está muy enferma. Habría que ingresarla. Ahora dará la orden. La enfermera protesta:

empezarán a desaparecer cosas en el departamento, y ¿quién responderá?

Tampoco la anciana quiere quedarse en el hospital.

—Mejor dame unas pastillas…

Bueno, aún me quedan quince minutos; páseme el yodo, el alcohol, un catéter, guantes estériles y novocaína. Coloca unas marcas en la espalda de la paciente con un rotulador:

—Se le ha acumulado agua en los pulmones, ahora se la vamos a sacar.

La enfermera menea la cabeza contrariada: solo le han pedido que la examine. Gúber se va a poner contento. Pero nosotros no le vamos a decir nada a su Gúber. No hace falta que pase por caja.

¿Qué murmura la vieja? Esta mujer no es rusa, no puede soportar el dolor. Tampoco hará falta: una inyección y se acabó.

Que el líquido vaya saliendo; mientras tanto, él escribirá el informe.

En total, le ha salido litro y medio.

—¿Respira mejor?

Pues claro. Acaba de escribir el informe. Que le den las mejores pastillas, pide la gitana, ya vestida de nuevo, y tendrán felicidad.

—¿Felicidad? —replica sarcástica la enfermera.

Él sabe lo que la mujer quiere decir: los gitanos solo traen desgracias. Y él no se reirá de sus palabras, y no por superstición, sino porque no.

—Mejor me das unas pastillas —repite la anciana— y que no vayan mal con…, ya me entiendes… —Y muestra sus dientes de oro.

¿Con qué no han de ir mal? ¿Con el hachís? ¿O con algo más potente? La anciana se asusta: ¿por qué me dices estas cosas? Una copita, sí, durante las comidas, se la toma… Bueno, si es una copita… Sí, son unas pastillas buenísimas. Y compatibles.

«Felices», piensa, ¡esta sí que es buena! Felices, dice.

La gitana trata de pasarle unos billetes arrugados. Solo

hay billetes de diez rublos, se ve claramente. Él aparta su mano (¡oh, qué fuerte es!), pero en su fuero interno comprende que la cuestión es la cantidad: si los billetes fueran de mil rublos tal vez los habría aceptado. De modo que su enojo es pura apariencia, y para todos está claro, salvo —eso espera— para la enfermera.

—¿Cómo se puede venir a ver al médico en estas condiciones? —se indigna la enfermera después de acompañar a la gitana.

Su enfermera es una persona nerviosa, occidental. Abre las ventanas de par en par, pulveriza el despacho con un ambientador. Listos. Él se marcha.

—Perdóneme —comenta la enfermera—, pero las «elementas» como esta, honestamente se lo digo, no me dan ni pizca de pena. Yo creo que a gente así no habría que tratarla.

Y ahora soltará que, en principio, ella no está a favor de Hitler, pero que en algunos casos… ¿Quién dijo que era una persona occidental? ¡Es simplemente una idiota! Al salir del hospital, adelanta a la gitana. Y la anciana lo agarra de la manga: ¡deja que te lea la mano! No, mil gracias. «Te espera un largo viaje…» Él lo sabe de sobra; sin ir más lejos, hoy mismo.

Viaja al aeropuerto de Sheremétievo en su coche; es un viaje largo y un dispendio, pero está acostumbrado. Lo único que suele llevar consigo es una bolsa con medicinas, un libro, una camisa y los calzoncillos y calcetines de siempre. Se lo ha olvidado casi todo, casi a propósito: de modo que no se ha traído lectura alguna, y los amigos de Boston le darán una muda. Después de sus visitas, siempre hay mejoras en su guardarropa. No leerá, pero escuchará música; lleva encima mucha y para cualquier estado de ánimo.

En Sheremétievo le esperan contratiempos. En primer lugar, un caso que, por cierto, no es grave: la paciente que le ha tocado en suerte está muy impedida: es una anciana con las piernas amputadas, ciega, con una sonda para la orina y además, la abuelita tiene diabetes. Tendrá que

inyectarle insulina, vaciar la bolsa de la orina, encargar una silla de ruedas. Viaja con ella su marido, una persona que parece sensata. Tranquilos, llegaremos. Es mucho peor lo otro: se ha equivocado de Portland. En el billete no aparece el Portland de Maine, a menos de dos horas en coche desde Boston, sino otro Portland, el de Oregón, en la otra punta de América.

¡Mira que fastidiarla de este modo! Se lo cuenta a los que quieren escucharlo, gentes de la organización misteriosa encargada de sus billetes: se ríen de él. No es un nivel de desgracia que merezca su compasión. Bueno, avisará a sus amigos; ¡seguro que se disgustarán! Los llamará desde Nueva York. No es una desgracia, es una metedura de pata.

Los muchachos de la *security* —rusos, ellos— lo conocen de hace tiempo y no lo registran; solo pasan las manos por encima y preguntan: «¿Sustancias explosivas, armas?», sonríen, y él les cuenta su metedura de pata con los dos Portland. «Oh, si es Portland no es nada grave. Si hubiera sido otro Oakland, que lo hay en Nueva Zelanda y en… ¿cómo se llama? —Él dice: en California—. Pues bien, una vez un tipo…» Son muchachos simples, pero que tienen cierto encanto. Le gusta estar un rato con ellos y conversar. De nuevo, debe de ser que el uniforme surte efecto.

Vuelve a escuchar —¿cuántas veces van ya?— la historia de la norteamericana que llevaba consigo su gatito —a los animales los colocan en unas jaulas especiales y se entregan con el equipaje—; el caso es que el gatito la cascó y los empleados de Sheremétievo, para evitarle el disgusto, tiraron al animal a la basura y metieron en la jaula un gato vivo que cazaron en alguna parte. Pero la norteamericana insistía en que ese no era su gato, porque el suyo estaba muerto y lo llevaba a casa para enterrarlo. Regresaba de algún lugar. De Cheliábinsk, dicen. En la historia que había escuchado la vez anterior la cosa iba al revés: la norteamericana con su gato seco venía de Filadelfia. En la versión actual la historia parece más verosímil, pero de todos modos, era un cuento claramente inventado, y los

muchachos de la aduana llaman a los americanos «americones» y otras lindezas, como esta palabra nueva y absurda, *security*, son chicos que nunca han estado en América… Pero él se ríe cada vez. Basta, ya es hora de subir al avión.

—«Cuando volvamos a Portland, la Patria nos acogerá en sus brazos» —canta uno de los muchachos, una canción popular.

—Ya me gustaría a mí darme ese paseo, doctor —suelta otro de los chicos con expresión soñadora—. Para ver esos rascacielos que tienen por allí.

—No, muchachos, la medicina es una vocación.

—«¡Adiós, oh, sucia Rusia!» —recita otro joven, sentado no muy lejos. Es una conocida poesía de Lérmontov.

Un texto típico para quien se va del país; él lo ha oído en más de una ocasión. Al principio, cuando empezó a volar, esperaba encontrarse con una gran variedad de seres humanos: la emigración es un paso trascendente. Pero se dio cuenta pronto de que los trabajos, ya sean en un crematorio o en el Registro Civil, generan un conjunto limitado de reacciones.

Despegan. Se ha santiguado: con disimulo, para que no crean que le da miedo volar y no se asusten, cuando en realidad nada de lo que ocurra depende ya de uno. El coche, en una carretera resbaladiza y a oscuras, da mucho más miedo.

El avión no va lleno, pero tampoco se diría que vacío. Los dos asientos junto a la ventana son los suyos. Las dos siguientes jornadas las pasará de viaje. Dos días de tu vida a cambio de seiscientos dólares. Un amigo de su padre, un preso político, contaba que es más duro estar encerrado un año que quince. Durante un año no paras de pensar en cuándo te soltarán y te pasas el tiempo esperando. ¿Qué decir entonces de un viaje de dos días?

No estaría mal levantarse e ir a ver a la enferma. ¿O esperar un rato más? No es ni siquiera pereza, sino la inmovilidad profesional; siempre la ha despreciado en los

médicos de las UCI.

Este extraño trabajo también tiene sus formas de picaresca. Por ejemplo, hacer ver que estás ahí por casualidad, que vuelas por tus asuntos: un pasajero se encuentra mal y resulta que aquí hay un médico ruso y que además —¡oh, milagro!— lleva medicinas consigo.

A médicos así las azafatas los invitan a champán, les regalan de todo y los ayudan en lo que pueden. Y si lo desenmascaran, ¿qué pasa? Resultaría algo incómodo. Ellos son extranjeros, él para ellos es un extranjero. Y si la salud del cliente lo permite, incluso puede no volar a Portland, acompañarlos hasta el avión y ¡buen viaje! *Have a good flight!* Y apalancarse en Nueva York unos cuantos días más… Envidia a aquellos que tienen la cara dura de actuar de este modo, pero él no repetirá sus trucos: Dios sabe lo que puede pasar, y además, ¿cómo puede uno dejar en la estacada a una anciana ciega y sin piernas? Y, por cierto, le han pedido que les echara un vistazo a los baptistas: ellos también viajan a Portland. Con los baptistas no hay problemas: no se quejan de nada, no toman pastillas e incluso parece que no están especialmente enfermos; solo que son unos cabezas huecas; han parido a toda una camada de criaturas; allí están, sentados en la cola. Una vez se olvidaron un niño en Nueva York, se les perdió en el aeropuerto, y se tomaron con calma incluso eso: alguna buena persona lo encontrará y nos lo mandará.

—¿Cómo se encuentra? —Le mide a la viejita la tensión, el pulso…

Está medio dormida. Contesta el marido.

—Como ustedes escriben en estas ocasiones: de conformidad con la gravedad de la operación.

—¿A qué operación se refiere?

A las catorce horas en tren desde Yoshkar-Olá. El marido se llama Anatoli. Sin patronímico.

—En América no hay patronímicos.

En efecto, no los hay. El país del olvido del patronímico, como se dice. El avión ya es territorio estadounidense.

Quisiera saber qué es lo que los expulsó de su tierra natal; le interesa la gente, pero, en primer lugar, él lucha contra la costumbre de hacer preguntas que no vienen al caso, preguntas que se considera que él, un médico, tiene derecho a hacer; ¿por qué razón se han trasladado allí o aquí? ¿A qué se dedican los hijos? E incluso: ¿qué significa su apellido? Y en segundo lugar, le repelen las historias estereotipadas.

Vivían tranquilos su vida, cuando de pronto les llega una carta de, digamos, la hermana de su mujer o de su primo, que les escribe: por si acaso, llevad los documentos de la solicitud de visado a la embajada. Los entregaron y se olvidaron del asunto e ignoraron el permiso cuando lo recibieron. Finalmente les llegó una carta de «ahora o nunca». La palabra «nunca» siempre surte efecto en las personas.

El caso de Anatoli es completamente distinto: a la esposa se le declaró una insuficiencia renal y al poco fue necesaria la diálisis. ¿Hay que añadir algo más? En América vive su hijo, un ingeniero.

—En Yoshkar-Olá la medicina está fatal; como si no existiera.

Él asiente y piensa: oh, si se hubieran marchado antes, porque ahora, la viejecita, cómo no, a pesar del alto nivel tecnológico, se morirá, porque difícilmente podrán ayudarla. Y dice:

—Sí, tiene razón. Han hecho bien en marcharse.

—¿Y Portland es un rincón muy remoto? —pregunta Anatoli. El hombre tiene una hermosa sonrisa.

—¿Cómo le diría? Comparado con Yoshkar-Olá…

—¿Ha estado usted en Yoshkar-Olá?

Menea la cabeza.

—¿Y en Portland?

—En este Portland tampoco.

—En América hay veintiún Portlands. Los he contado. El nuestro es el más grande.

Anatoli se esfuerza en hablar con las azafatas, practica su inglés. Pasable, por cierto, nada mal. Algo anticuado,

pero, al margen de eso, hasta bueno.

—Se lo agradezco, me halaga.

Lo cierto es que ha sido profesor de inglés durante cuarenta años en la universidad.

¿No es hora de inyectarle la insulina? No. No se preocupe. Anatoli se las arregla solo. Le inyectará la insulina, le vaciará la bolsa de la orina. Perfecto. Pero, si pasa algo, ya saben dónde encontrarlo.

Abajo se ve tierra firme. ¿Ya será Canadá? Mira el reloj: no, es Groenlandia. Comida, un rato de sueño, una peli cualquiera… ¿Cómo andarán los baptistas? Ya han acabado con sus rezos, han comido, duermen. Hasta envidia dan.

Por fin. Ya hemos matado diez horas. El avión empieza a descender.

Nueva York. Esperando la silla de ruedas, papeleo; pequeño malentendido con el oficial del servicio de inmigración.

—¿Cuántos años hace que trabaja como médico? —pregunta.

—Diez años ya. Desde los veintidós. No, veintitres.

—*Bullshit* —replica el oficial. Un buen «galimarías»—. Eso no puede ser. Los rusos están obligados a servir en el *Red Army*.

Se encoge de hombros. Está chalado. ¿Podemos irnos?

Anatoli lo alcanza en el vestíbulo: se lo ha explicado todo al oficial. Lo de la cátedra militar[*] y demás. El oficial le ha rogado que me transmita sus disculpas. Asombroso. Un aduanero que se disculpa. Está chalado, seguro.

En cuanto al resto, todo va bien. Recogen el equipaje de Anatoli, de la anciana y de los baptistas y lo facturan de nuevo para viajar a Portland. Aún quedan tres horas para la salida. Que de momento se queden sentados, él volverá enseguida. Hay que llamar a los amigos y cambiar los billetes.

Encontrar una cabina de teléfono cada vez resulta más difícil: ahora, la mayoría, incluidas las personas de apariencia presentable, tienen móviles. En nuestro país solo lo tienen los chanchulleros; Gúber tiene uno… Ya está, ha

hablado con los amigos, se han disgustado, porque a Nueva York, claro, no vendrán. Y ¿cuándo vuelve de nuevo? Como siempre, dentro de un mes. La próxima, seguro.

Tiene que cambiar el billete para poder viajar de noche. Por la mañana se dará un paseo por Nueva York, descansará un rato en Central Park o en el Metropolitan, y si le quedan fuerzas comprará en alguna tienda regalos para los suyos. En cuanto al Metropolitan, sabe por experiencia que no irá al museo.

Los billetes los cambian alternativamente dos hombres: un blanco y un negro: los colegas médicos los habrían llamado Belinski y Chernyshevski.[*] Con el inútil de Chernyshevski no hay modo de arreglar nada, pero hoy, ¡eureka!, trabaja Belinski. Todo resulta rápido y sin recargo: el vuelo de regreso sale un cuarto de hora después de la llegada a Portland. No hay que preocuparse por el retraso: la ida y la vuelta son en el mismo avión. Al menos en esto ha tenido suerte. Y además Belinski le puede dar un billete de primera clase, de ida, a cuenta de las millas que ha volado. ¿Le parece bien? Sí.

El avión a Portland va casi vacío. Y en primera él es el único pasajero. Una azafata de sexo masculino: un azafato, creo que podemos llamarlo de este modo —Anatoli me aclara: se llaman «auxiliares de vuelo»—, les da la bienvenida en la entrada. Un hombre guapo; en la oreja, un pendiente, como se dice aquí: *left is right?* —¿funciona aún aquí esta norma?— y huele maravillosamente bien a colonia. ¡Un azafato aromático! O sea que ¡nada de auxiliar de vuelo!

—Vamos a acomodar a la *lady* y a su esposo junto a su asiento —propone el auxiliar.

Magnífica idea.

—¿Ha visto? —Quiere que a Anatoli le guste América.

El auxiliar ayuda a la anciana a que se acomode, lo hace más bien de forma simbólica, con dos dedos, pero, de todos modos… Alaba su pañuelo: qué hermoso color. Y viene a cuento decir que si en nuestro país una viejita sin piernas hubiera decidido volar en un avión, seguramente ni

siquiera le habrían dejado subir: ¿para qué tendría que volar? En cualquier caso, no habría alcanzado ni a subir al avión. En nuestro país, por lo general, solo vuelan en primera clase los capullos.

—*How can I harass you today, sir?*[*]—¡Vaya! Resulta que el auxiliar tiene sentido del humor.

Es algo que ni siquiera Anatoli ha pillado. El tema del acoso, de los abusos, es muy sensible en América. Aquí todo funciona así, por campañas. Y eso es lo que nos ha transmitido el azafato: *how can I help you?*, ¿en qué les puedo ayudar?

—Comprendido. Comprendido. Mejor habría sido traducirlo por: ¿en qué le puedo ser útil? —lo corrige suavemente Anatoli.

También es verdad.

Es asombroso cómo estas menudencias te suben el ánimo. ¿Y bien, qué vamos a tomar? Él mira interrogante a Anatoli, ¿no le parecerá mal? Al fin y al cabo, es un médico de servicio. Y pide un Campari con hielo para él y para Anatoli, y un zumo de naranja para su esposa.

—Es la primera vez que me emborracho en un avión —dice Anatoli—. Ahora usted y yo somos compañeros celestes de botella.

Nadie llamaría borrachera a una gota de vermú.

Tras la ventanilla la oscuridad es total; delante, tras la cortina, fríen algo y huele a las mil maravillas; han inyectado la insulina, han administrado todas las pastillas —¡brindemos por la nueva vida!— y en ese momento se produce una situación desagradable. La segunda del día después de la confusión de Portland; la del aduanero chalado no cuenta.

Encarga la comida para todos (para él, Anatoli y la abuelita), y se las da de enterado con los nombres de los platos, traduce del inglés y a la inversa, y de pronto el muy querido auxiliar de vuelo les anuncia que, puesto que el médico es el único que tiene billete de primera clase, a los señores que lo acompañan no les corresponde más que un aperitivo: un *snack*. Como se dice, *nothing personal*, nada

personal, estas son las normas, las *regulations*.

Pues eso, nada personal. Se pide entonces una ración triple de comida, más tenedores y cuchillos; se les acerca otra azafata, la mujer arruga la frente, agita la cabeza: ¿qué es lo que no entienden?

—Déjelo. Tienen razón —ruega Anatoli.

¡Vaya con el defensor de los pobres! Déjelo. Después del lío que hemos montado, que se haga según las normas…

¡Pues no, ahora les enseñará lo que vale un peine!

Pero como siempre sucede en semejantes situaciones, los americanos no alcanzarán a saber ni la sustancia del peine ni lo que vale. Mientras grita sus exabruptos, en cierto momento se equivoca absurdamente, ni él mismo se da cuenta en qué instante, pero ciertamente un insulto mal dicho y además pronunciado con acento ruso resulta ridículo. El azafato —¡maldita perra!— sonríe contento, les da la espalda, le tiembla el cuerpo de risa. No le queda más remedio que darse por vencido.

El escándalo se diluye, nadie tiene ganas de comer, pero algo les traen y los tres comen. Al cabo de una hora y media se levanta para ir al lavabo y a través de la cortina oye que el auxiliar se queja: ¿cómo es que huelen tanto los rusos? Tienen un olor específico.

A ver, prueba a viajar de Yoshkar-Olá a Moscú y luego desde el aeropuerto moscovita de Sheremétievo otras diecisiete horas… Consiguió un desodorante —en primera clase hay de todo—, se lo echó. Humillante. Pero bueno, que les den.

Y bien, ya estamos en Portland. El comandante de la aeronave en nombre de la tripulación les agradece…

Los baptistas van por delante. Él, la anciana y Anatoli son los últimos en bajar; ahora vendrá la silla. La anciana resulta que no lo es tanto, tiene sesenta y cinco años; le pide algo en voz baja al marido. Que la peine. Él recoge todas las pertenencias de la pareja, sale fuera, al *hall*. Allí está su hijo, solo. Al parecer, una persona digna. Cansado; aquí se trabaja mucho, muchísimo.

El encuentro del hijo con sus padres. La madre está

ciega y le faltan las piernas, ¿la ha visto antes así? Abrazos con el padre, mejor darse la vuelta: ni escuchar ni ver. Aquí no se acostumbra a vivir con los padres. Y aunque al ingeniero le hubiera gustado, su mujer no lo consentiría. Los viejos han de vivir separados de los hijos. Los instalarán en una buena casa, y a nadie se le ocurriría llamarla residencia. «A nosotros también nos resultará más cómodo», comentan los ancianos. El descenso de escalón en escalón, en América todo está pensado. Sus protegidos, por cierto, empezarán desde lo más bajo.

—Este es nuestro médico —se dirige Anatoli a su hijo.

—Mucho gusto. —Le estrecha la mano, la mirada cansada y distraída.

Listos. Adiós; ya nada tienen que ver con él; y además, dentro de un cuarto de hora ha de regresar. Y entonces, de pronto, ¿de qué nos hemos olvidado?, de los baptistas.

—¡Doctor, venga, venga!

Dos jóvenes se lo llevan —¡venga, venga!— por la escalera mecánica cuesta abajo. ¿Qué ha pasado? Llega corriendo a la sala de recogida de equipajes y busca con la mirada algún cuerpo caído.

Resulta que se les ha perdido el equipaje. Hermanos —pues todos ellos son hermanos—, ¿valía la pena que lo llamaran? ¿No hay nadie capaz de rellenar los impresos? Si además os vienen a buscar.

No hay modo de distinguir a los nativos de los recién llegados: las mismas caras, en las que no hay ni sombra de preocupación. ¿No hay nadie que sepa inglés? ¿No pueden apuntar su dirección? Y eso que la llaman la patria del olvido de la patria. No, no entienden ni las letras. ¿Hace tiempo que están en América? Cuatro años.

—¡Los americanos son tan buenos! —aclara uno de los que vienen a recibirlos—: Nos tratan como a sordomudos.

El equipaje de los baptistas, treinta y seis bultos: dos por cabeza.

Mientras estaba liado con los papeles de las maletas, su avión despegó. El siguiente sale temprano por la mañana, dentro de seis horas y media; de nuevo cambia sin

problemas el billete, de hecho, tenía que haber volado por la mañana. Y ahora, ¿adónde va? ¿A un hotel? Entre que llega, se acuesta y se levanta… Y además, la broma le costaría unos cincuenta dólares. Ya se las arreglará aquí. Una ducha le habría ido de maravilla, por supuesto; pero no pasa nada, ya nos arreglaremos, tampoco tiene ropa para cambiarse.

Está en el otro extremo de la tierra, hecho que de por sí hace tiempo que ha dejado de producirle placer alguno. Ha estado en ciudades con hermosos nombres, como Albuquerque, por ejemplo, o Indianápolis, ¿y qué? Ya sea en Nueva York o en Albuquerque, en todas partes hay lo mismo: suelos rojos, paredes rojas y blancas, un equilibrio ideal de las líneas, de los tonos, nada alegra la mirada y nada la ofende. Y en todas partes, como un elemento más de la ambientación, a bajo volumen, Mozart, las sinfonías, conciertos para piano, no los más conocidos, en general los segundos movimientos, las partes lentas. ¿Quién es el intérprete? La Oregon Symphony, la Filarmónica de Portland, ¿qué más da? Nada de música pop, ni canciones machaconas. Y ¿dónde podríamos acomodarnos para que hubiera silencio? Un pasajero exigente, por favor, nadie se extraña: puede instalarse en la sala de meditación. Un rato sentado, otro acostado. ¿Meditación? Eso mismo, a reflexionar. En los aeropuertos rusos han puesto capillas, pero reflexionar es bueno incluso para los no creyentes y aquí no ofendes los sentimientos de nadie.

—¿Y en su sala de meditación se puede fumar? —pregunta de pronto, para su propia sorpresa.

—¿Fumar? ¿Se ha vuelto loco? No se puede fumar en ningún aeropuerto de América.

La pregunta sobre si se puede fumar frustra toda posibilidad de entablar una conversación informal y les muestra que él es un individuo peligroso. Bueno, bueno, fumará en los lugares señalados o en la calle.

El aeropuerto está completamente vacío. ¿Podría al menos dejar mi bolsa por aquí? —No, ha de llevar el equipaje de mano consigo— ¿Cómo, en todo momento? Ni

siquiera pruebes a dibujar una sonrisa; *all jokes will be taken seriously*, al buen soldado no le gusta bromear…

El orden es sagrado, lo comprende. Aquí, por esta razón, hasta la medicina es fantástica, cien veces mejor que la nuestra. Y no obstante, es una bobada. Le ayuda a colocar sus cosas sobre la cinta un negro gordo y canoso, sin muestras de disgusto, es su trabajo. Hasta parece que el negro se compadece de él. Porque él también debe de fumar.

—He llegado tarde, y ahora a esperar hasta la mañana —le comenta al negro, tras regresar de la calle una segunda o tercera vez.

—*Just one of those days, man*… —le repite él.

En ruso le habrían dicho: «Suele pasar». El negro tiene una profunda voz de bajo.

Se acerca hasta un lugar desde donde se ve la carretera: allí circulan algunos coches que se mueven ni deprisa ni lentamente, al límite de la velocidad permitida, y recuerda cómo se movía por los alrededores de Boston con sus amigos y otras veces solo. En cada automóvil que venía a su encuentro sabía que iba una persona que valoraba su vida no menos que él la suya; la vida y la integridad de su automóvil, una persona, por lo general, cuidadosa, precavida y dispuesta a ceder sin menospreciarse por ello. ¿Valdría la pena pasar su vida o aunque sea una parte de ella —y por alguna razón uno quisiera añadir la última— aquí? Aquí tiran la basura correctamente y aparcan sus coches como es debido; es algo que podríamos aprender, resultaría más sencillo que aprender inglés. Pero no todo se limita a la seguridad. Se imagina ya un anciano completamente solo —quizá porque en aquel momento está solo—, en un pequeño pueblo de costa, sus vecinos tienen caras enrojecidas y vulgares, pero no lo son; hablan de él: aquí vive el doctor tal y les gusta que su vecino sea médico. Ellos han resistido a la vida, y él sigue con nosotros, pero ¡cuántas veces habría podido irse!

Por el cansancio, se le tuercen los pensamientos: esta mañana la gitana le anunció un futuro feliz. ¡Ya ves de qué

felicidad disfruto! ¿Habrá gitanos en América? Parece que están en todas partes; aquí, quien proporciona el caudal de los pueblos prehistóricos son los indios. Aunque lo cierto es que no ha visto a muchos indios en sus viajes. Tal vez algunos nombres curiosos como Idaho…

De nuevo pasa el control y ya está en el suelo rojo de la sala; por toda la sala de meditación se extiende un linóleo de ese color: una estera industrial… Y piensa: hago una labor absurda, pero la eternidad existe, claro; tenía razón mi padre: la eternidad existe y solo tiene sentido aquello que se proyecta en esa eternidad, una parte de ella. Curar personas —no importa a quién— tiene su proyección en la eternidad, a pesar de que sus pacientes no vivan eternamente y lo hagan a veces por muy poco tiempo. Y el encuentro con los amigos, que hoy ya no se producirá, también lo tiene. Y escuchar música, y la contemplación de la naturaleza… Y el resto, como esta estúpida manera de ganar dinero, *what a waste!* ¿Por qué le vienen antes a la cabeza las palabras inglesas? No domina tanto la lengua y no son pocos los sinónimos en ruso de «estérilmente»: en vano, gratis, inútilmente… Más: de forma innecesaria, en punto muerto, sin sentido, ni necesidad…

Ya. Está dormido.

No duerme mucho rato, una hora y media, y lo despierta un estruendo: entra en la sala una aspiradora enorme y nunca vista. La conduce un muchacho de pelo negro —seguramente un mexicano—, con auriculares para no quedarse sordo. Los auriculares están cubiertos de una piel artificial de color rosa: como si fuese un indio con sus plumas sobre la cabeza.

El muchacho lanza una breve sonrisa y él al instante hace ver que duerme. El ruido es monstruoso, ¿cómo se puede dormir así?

Bueno, no, está meditando, ¿para qué, si no, está esta sala? Pocas ganas de levantarse. A ver, indio del demonio, ¡largo de aquí!, ¡no hay nada sucio! Este recorre deprisita el local con su monstruosa máquina, pasando literalmente a unos cuantos centímetros de él. Y ya está, de nuevo reina el

silencio.

Mira el reloj, cierra los ojos y evoca en su mente las imágenes que sin duda ama. Un sueño dirigido de este modo, casi bajo la vigilancia de la consciencia, aunque no del todo controlado.

Quisiera ver a su padre: allí está, su padre. Recibe a su padre en su totalidad, no como el portador de ciertas propiedades y cualidades. Las conoce bien —¿quién podría conocerlas sino su propio su hijo?—, pero con el propio padre, con el misterio de su personalidad no tienen, de hecho, nada que ver. Bueno, generoso, entregado, sí, está claro, lo mismo podría decir de todos sus amigos, pero no de sí mismo.

—¿Cómo es eso? —le dice a su padre—. Tengo alma, tengo talento, y no solo para la medicina, como sabes; hasta para la música he tenido talento, lo tuve de verdad, y me sigue gustando la música más que nada en el mundo; hoy en día esto no es tan frecuente, ¿y qué? ¿Hacer viajes absurdos, porque en el trabajo principal no te pagan, tumbarte en este suelo rojo, envidiar a la gente de rostro serio y con la vida decidida? —Debe de estar al borde del agotamiento porque se tiene tanta lástima que hasta se le saltan las lágrimas.

¿Por qué llora en realidad? Sí, está cansado, no es su Portland, no ha visto a sus amigos —ya los verá—, está tumbado en el suelo, al menos se ha ahorrado unos dólares; pero aquí todo está razonablemente limpio. Que ya no pueda ver a su padre…, han pasado once años y no hay modo de acostumbrarse.

Las lágrimas le aligeran el ánimo, se observa un poco desde fuera y ve lo cómico de la situación: un hombretón cubierto de lágrimas, el suelo rojo, la bolsa de médico bajo la cabeza, y al poco, se vuelve a dormir. Y le viene entonces un sueño de verdad: su padre y él están sentados junto al coche averiado, al lado de una rueda que se ha roto. ¿Cómo se llama este chisme? Llamémoslo el eje o el cojinete, lo que está claro es que la cosa no tiene arreglo: no hay ni piezas de repuesto, ni arte en el oficio —en su época se

habían encontrado a menudo en esta situación—; simplemente están sentados en el suelo y el padre le dice: «Eres de mi sangre». La cuestión no está en las palabras, es evidente, sino en el significado, en la mirada del padre que quiere decir que todo sigue su curso normal, tal como debe, y el padre lamenta que su hijo esté solo.

De nuevo, durante un rato se queda instalado entre la vigilia y el sueño, se levanta de un salto, se lava en un váter impoluto; hace mucho que está viajando —¡le ha crecido la barba!—, no tiene ni cuchilla ni cepillo; cuanto antes, un café, a ver si tiene tiempo de fumarse un cigarrillo; vaya, ya no recuerda ni dónde está: en la sala de meditación, de nuevo las tristes comprobaciones del equipaje, la calderilla en los bolsillos, las llaves; hay que vaciar todos los bolsillos, el servicio de seguridad ha tenido tiempo de cambiar de turno, pero la cosa no ha variado: un examen más que escrupuloso, ¡solo le faltaba llegar tarde al vuelo de la mañana! Listos. Ya está en el avión, vuelo Portland-Nueva York. En el aparato no habrá más de quince, veinte pasajeros, y una azafata mayor, somnolienta, los informa: «Si ustedes han volado en avión aunque sea una vez a partir del año 1966 — justo cuando nació él—, entonces no es necesario que les muestre cómo se abrochan los cinturones». Curiosa y artística manera de saltarse las normas.

Mira las gotas de agua que el viento dispersa por la ventanilla. El encuentro con el padre tampoco ha sido nada del otro mundo. Ni tan siquiera la promesa del encuentro… Y es que el sueño no es más que un fenómeno psíquico, y de todos modos se siente un crío, un niño que ha llorado largo, largo rato, y al que miran los mayores, cariñosamente, de modo que él comprenda que hace mucho que lo han perdonado, y las lágrimas se secan, solo un leve dolor en torno a los ojos; pero ya le apetece moverse, jugar, comer…

¿Puede darle una ración más? No, solo si alguien renuncia a la suya. Las porciones están cortadas en función del número de pasajeros. Gracias. No se preocupe. Ya está lleno.

Con su barba y la ropa sucia, sin lavarse en dos días, seguramente resultará un individuo sospechoso y olerá mal —los americanos son sensibles a los olores—; aunque no pasa nada, que les den; él no lo nota, igual que no oye su acento ruso: se ha tumbado en tres asientos, con los pies envueltos en una manta. Mendelssohn: trío para piano, una grabación defectuosa, pero ¡qué interpretación más sentida! Seis horas de pausa en Nueva York, la ciudad del diablo amarillo: ¿quién llamó así a Nueva York?

Al aterrizar lo domina un desenfreno consumista y compra para los de casa unos regalos tan absurdos como caros y, ya en el avión que lo llevaría a casa, aún en tierra, cometerá un acto del que se avergonzará.

Las circunstancias son las siguientes. El avión va lleno hasta los topes, él está sentado en el asiento de la ventanilla de la fila de la salida de emergencia —un lugar muy buscado que ya se ha ocupado con anterioridad de conseguir, en esta fila hay más espacio para las piernas— y a su lado se deja caer un señor de mediana edad que, para empezar, está completamente borracho, y en segundo lugar, pesará unos ciento setenta kilos; solo entre los americanos te encuentras a tipos así. El señor es un torrente de sudor, sus costados ardientes cuelgan más allá de los bordes del asiento. Está claro que no se prevén cambios a mejor y que así seguirá siendo hasta la llegada a Moscú.

Emergiendo de la montaña de grasa y sin tener tiempo de pensar qué le dirá, se acerca como puede a la azafata y la informa que su vecino está completamente borracho y que, en su opinión, representa una amenaza: en caso de accidente ¿sería capaz este individuo ebrio de ayudar al resto de los pasajeros a saltar sobre el ala, o donde sea?

—*Sir* —se dirige la azafata al gordinflón—, ¿tiene usted inconveniente en trasladarse a otro asiento? ¿Sí? —Le pide que hable más alto—. ¿Sí? Bien, tendremos que llamar a la policía y el señor volará a Moscú en la misma hora y asiento, pero mañana.

Él tendría que haber intervenido: espere, él se hace responsable… Liberado de la mole, entiende con claridad la

que ha armado; él también ha tomado alcohol alguna vez, en dosis más pequeñas, es cierto, pero es posible que su exvecino se haya puesto nervioso antes del viaje, a mucha gente le da miedo volar. Nadie ha girado ni siquiera la cabeza hacia él, y el gordinflón, en cuanto ha oído la palabra «policía», se ha levantado y ha seguido como un corderillo a la azafata hacia el fondo de la nave.

Siente algo de vergüenza. Se ha comportado a la americana. Bueno, lo hecho, hecho está, nadie ha muerto.

En el lugar del gordiflón se sienta una mujer de unos cuarenta y cinco años, juvenil, con pecas, sus brazos se tocan en el reposabrazos, nota a través de la camisa un frescor agradable. Magnífico, se tomará el somnífero, les servirán vino y ahora sí que se dormirá y no se despertará hasta Moscú. Pero no le corresponde tomar vino.

—¿En caso de accidente estará en condiciones de auxiliar a los demás pasajeros? —reparte las bebidas su conocida azafata; por lo que se ve, no todos los americanos simpatizan con los soplones.

Vamos a ver si la pastilla surte efecto con zumo.

Lo habría hecho de no ser por la vecina, que, tras beberse su Pepsi *light*, agita los hielos del vaso y charla que te charla sin parar.

Es de Nueva York, vuela a Rusia por primera vez, querría saberlo todo del país, a ver si la ilustra. Él, medio dormido, pronuncia cualquier banalidad, pero no hay manera de calmar a la pasajera. De Rusia, la mujer pasa a América, luego a todo el mundo y finalmente a su propia persona. Las conversaciones con el pasajero de al lado se han convertido en un clásico. Sustituyen al psicoanálisis y a la confesión. Hace poco que se ha separado de su enamorado: este la compraba con regalos caros, la gota que colmó el vaso fue un Jaguar.

—¿Le gustaría que una mujer le regalara un Jaguar?

Habría que pensarlo bien. Él se cubre los ojos, pero ella sigue gorjeando: sobre las repugnantes costumbres de su ex, luego sobre los restaurantes caros a los que la llevaba y los puros que fumaba.

Vaya, cree que puede saber cómo poner límite a su elocuencia.

—*A woman is only a woman* —le dice: ¿de una mujer qué más se puede esperar?—, *but a good cigar is a smoke* —en cambio, fumar es un placer.

Pero la vecina mueve tranquila, afirmativamente, la cabeza:

—Kipling.

Conoce los versos, ha estudiado en Princeton, *Creative Writing*.

Pues bien, su Kipling le regalaba coches, pero se negaba a hacerle un hijo. Se aplicó un método radical: la esterilización, un método muy extendido en América para evitar tener hijos. A Kipling le practicaron la vasectomía y ella a su edad ya no puede engendrar.

Esa es la razón por la que vuela a Rusia: para adoptar una niña. Rusia, Kazajistán, Rumanía, son algunos de los lugares donde puedes encontrar niños blancos. Mira con nuevos ojos a su acompañante.

Ella le estrecha la mano.

—Mi nombre es Jeane.

Él dice que se llama Max y ve que la cara de su nueva conocida se altera un poco. Media sonrisa, aunque no diría que enigmática. ¿Se lo dice o no? Se lo dirá, cómo se lo va negar. No, ella calla.

—Va, reconózcalo: ¿el perro, el gato?

—No, mi cobaya se llamaba *Max* —confiesa Jeane.

Qué encanto. Ambos se echan a reír.

Ella le cuenta el proceso de adopción: habrá un tribunal, le muestra la fotografía de la niña: once meses. En Moscú la espera un abogado, y viajarán juntos a Novosibirsk; todo está previsto, hasta una niñera rusa —¿para qué?—, la niña hasta ahora no ha oído otra lengua que el ruso, por eso.

Hay algo que Jeane no ha previsto. Él le ayuda a rellenar la declaración de aduanas y en ella comprueba que no puede llevar más de diez mil dólares. Y Jeane se ha traído más; ese es el problema. Pues bien, hay dos

soluciones: o bien guardarse el dinero bien escondido, o entregarle parte a él. La esperará tras las puertas de cristal, no lleva equipaje.

—Lo creo, claro… —responde ella pensativa.

Por tanto, no lo cree, pero no tiene más remedio. Él toma su dinero: no tema, Jeane. La charla se acaba por sí sola. Los dos han de dormir.

El avión se acerca a Tver, cielo despejado, él la deja sentarse junto a la ventana: mire qué tristeza. Él ya no está con Jeane. Ahora saldrá del avión y a la pregunta de los aduaneros de «Qué lleva», les dirá con un movimiento de rechazo de la mano: «Cualquier porquería»; los oficiales sonreirán como puedan: es de los nuestros, pase. Junto a las puertas de cristal, él y Jeane se despedirán —las amistades de avión no presuponen continuidad alguna—, pero se intercambiarán teléfonos y direcciones. Se subirá a su coche y de nuevo pensará en su padre. No sabe por qué, los viajes en coche le producen estas fugaces sensaciones de encuentro. Llegará a la ciudad, un ente agresivo, caníbal en días laborables o, como el de hoy —no pasa nada, es casi su ciudad—, festivo, alcanzará la céntrica plaza Manézhnaya de Moscú; cuando su padre vivía, aquí la circulación era en doble sentido, ahora es único; se lo contará a papá.

En efecto, aterriza en Sheremétievo, sube al coche, gira y se da un fuerte golpe con el parachoques delantero contra una jardinera de cemento, colocada justo a la altura exacta para que no la veas. ¡La madre que te…! Saludos, Patria querida. Todo lo que ha ganado con la abuela sin piernas se ha ido al c… Se lamenta menos de las pérdidas materiales, aunque el parachoques está partido y un fluido cae de debajo del capó al asfalto. Lo palpa con un dedo, es verde, el radiador. El motor se calienta, ¡por lo que más quieras, que no se me pare el motor! En el centro de la ciudad, en un semáforo, apaga el coche, cierra los ojos, esto no es sueño, es ya casi un desmayo; y por detrás, suenan con todas sus fuerzas los cláxones, y los coches lo adelantan. No tiene que ir a casa, sino al mecánico.

Es un mecánico excelente y de esos que no te cobran de

más, al menos a él, y enseguida entiende de qué va la cosa: por algo acabó la facultad. Aunque el problema está clarísimo. El mecánico lo trata con indulgencia: ya se sabe, un intelectual, algo bobo, no sabe nada de la vida y tampoco hace falta que lo sepa. Ahora le quita la pieza a otro coche y entretanto rezonga:

—Valiente mierda francesa —refiriéndose a su Renault. Y de pronto grita—: ¡Shúrik! ¡A ver, Shúrik!

Aquí trabajan kirguises, bueno, no kirguises, ¿cómo los llaman? Uigures, sin documentos; aquí los llaman Shúriks. Y viven, como el propio mecánico, como todos los demás, encerrados en el taller.

Suena una música espantosa. Una porquería horrible, inimaginable. Bajo los pies, en todas partes, aceite, trapos, instrumentos. Motores desmontados, puertas sacadas de sus chasis; cubiertas, laterales: ¡cuánto más perfecto es el hombre que el automóvil, sobre todo por dentro!

—¿No hay ratas?

—No —me tranquiliza el mecánico—, no las hay, pero pronto las habrá. El gato que teníamos la palmó la semana pasada.

¿Dónde puede esperar? Resulta incómodo estar dando la vara a los que trabajan; se acomoda en un rincón alejado, se deja caer en un asiento desfondado; el mecánico no para de jurar, con variaciones y nuevos giros, sobreponiéndose a la radio; así solo juran las personas cultas.

Se pone los auriculares: Mendelssohn, un pedacito del segundo trío de los dos que tiene el compositor…

Y de pronto comprende que es feliz.

¿Cómo permanecer en este estado? Sabe que en el mejor de los casos le durará unos minutos y desaparecerá. Y mantenerlo es inútil, e incluso el intento de retener la felicidad está abocado al fracaso.

Pero dura. ¿Es la música? ¿Puede que el *quid* esté en la música?

No, la música ha terminado y él sigue sintiéndose feliz.

Abril de 2010

Un pez de agua fría

Experimento sobre la utilización de la vacuna combinada de vector viral Gam-COVID-Vac en la Institución Estatal de Sanidad Policlínica Municipal 1234, Departamento de Sanidad de Moscú.

Lo que les vengo a contar sucedió un lunes, y fue a primeros de octubre. La vacuna aún no había recibido el nombre actual «Sputnik»; simplemente la llamaban «vacuna de Gamaleya». Cómo y de dónde llegó esta vacuna a la policlínica de Moscú y, más importante, cómo fui yo a parar allí es un misterio incluso para mí.

La enfermedad se diría que no es de las más mortales (algunos hablan de un uno, y otros de un dos por ciento), pero si uno lee las necrológicas, se puede llegar a estar muy triste, como dijo un niño pequeño al observar la sucesión de autobuses.

¿Tristeza? La palabra es horror. Como en el cine, cuando suena un *crescendo*: algo va a ocurrir, ya mismo. Uno se preocupa de su madre anciana, otro teme contagiar a su esposa embarazada, y cada uno, por mucho que se las dé de valiente, teme por su suerte. «Cierra la ventanilla, hace corriente —le pidió en su día un alegre anciano, amigo de sus padres—. Eso es porque a vosotros, los jóvenes, os resulta fácil morir; yo, en cambio, estoy acostumbrado a vivir.»

El alma teme a la muerte (Tertuliano) y sobre ella actúan los detalles del arte: a los muertos por esta infección (declarada, por razones oscuras, especialmente peligrosa) los entierran con el féretro cerrado y los velan fuera del templo, al aire libre, haga frío o no, en la calle. ¿Por qué? Pues porque sí.

No pidas una oración por los no bautizados. Ni hablar de permitir la entrada a las mujeres que lleven pantalones y vayan sin cubrirse. A la iglesia no se le ocurrió nada mejor que los funerales en la calle, pero los admitió. No es una enfermedad tan vergonzante como la sífilis o la gonorrea, pero resulta algo indigna, como la sarna. Muchas ideas te vienen a la cabeza mientras viajas de Tarusa al centro de Moscú.

En la entrada a la ciudad el tráfico es rápido y los pensamientos, aún más veloces. Desde antes de ponerme en camino y durante este todavía no he decidido si me vacuno; la vacuna no está aún testada.

Te llueven las metáforas sobre la marcha: quieres beber, sobre la mesa hay un vaso de agua con un líquido. ¿Qué es esto? ¿Agua? Si estás en un restaurante seguramente lo sea. Pero ¿en un garaje? Es muy probable que se trate de una porquería venenosa. Hace años llenaron unas ampollas del inocuo (y por lo demás inofensivo) Mildronate (meldonium) —la sustancia dopante con la que descalificaron a nuestros deportistas— con anectine; este veneno parecido al curare se suministra durante la anestesia para relajar los músculos. Murieron entonces varias personas y muchas sufrieron sus efectos secundarios. Existen, por cierto, unos médicos jóvenes, espabilados ellos, que curan el alcoholismo con anectine. La persona deja de respirar, se le coloca, sin prisas, una mascarilla y le suministran oxígeno. Entonces se le dice: si vuelves a beber te quedarás así (sin aire). Y el sistema funciona: los pacientes se lo creen y dejan de beber.

El pasado de la vacunación también está lleno de historias relacionadas con la fe. Recuerdo, desde los tiempos de la escuela, a Paul Kruif y su *Cazadores de microbios*. Otro Max, el presidente de la Academia de Baviera, Max von Pettenkofer, que afirmó que el cólera no lo provocan los microbios, sino ciertos miasmas misteriosos, se bebió medio bote de vibriones de cólera y no le pasó nada. Es grande la fuerza de la fe o, mejor dicho, la de su inexistencia: la incredulidad.

Pero también la incredulidad tiene sus límites, como la duda, porque compramos sin temor leche y todo lo demás, y nos lo bebemos. Sí, hasta el líquido en el vaso no es más que una metáfora. ¿Y cuál es el sentido de la metáfora y adónde nos conduce esta si no la usamos con cuidado? He oído decir por la televisión: «La tierra es nuestra madre y a una madre no se la puede vender». No, habría que aclarar si se trata de una buena vacuna, sin recurrir a las metáforas.

Se dice que la vacuna de Gamaleya la ha creado gente seria, verdaderos especialistas, y que su único problema es que no está testada hasta la última fase. La cosa es de lo más comprensible: cuando el Estado se interesa en un tema, no esperes nada bueno. Un deportista es rápido con los esquís, dispara con buena puntería —puede que no sea el mejor, o puede que lo sea—, y en esto que interviene el Estado y entonces este hombre ha de ganar sin falta para el país el oro en los Juegos Olímpicos. Para lograrlo no importa cambiar los botes de orina. Y ahora ve y decide si es o no un buen deportista.

Lo mismo ocurre con la vacuna: no nos contarán de las complicaciones, nos mentirán, barrerán el polvo bajo la alfombra. Y qué desgracia ha sido para muchos creadores la atención prestada por el Estado. Basta con recordar a Maxim Gorki, o la póstuma fama del «espejo de la revolución rusa» (como llamó Lenin a Lev Tolstói), espejo a quien poco ayudó esa fama. ¿Qué será de nosotros si el Estado se decide a escucharnos, a observarnos, a leernos, a citarnos? Nada bueno puede salir de ello. Por suerte, al poder le gusta más el biatlón.

En un atasco en Moscú los pensamientos se ralentizan, se acumula el cansancio, tanto el de conducir como el de todos estos «por un lado» y «por otro». No te lo tomes demasiado en serio. Esta sería una buena respuesta a tus preguntas. Porque hablamos de unas probabilidades no muy altas: para salvar una vida hay que vacunar a cerca de doscientas personas. De modo que se trata más bien de una pequeña contribución a la lucha contra la epidemia. ¿Y desde cuándo nos hemos vuelto expertos en terceras fases y nos hemos creído que formamos parte de la civilización occidental? Pfizer, Moderna, el dinero de los contribuyentes, inmunidad celular… Como se dice en la calle: «No te las des y escucha lo que se lleva».

—¿Y los cubrezapatos? —Esto no es una pregunta, sino una orden que nos da la mujer del guardarropa.

«El hombre empieza por los zapatos»: es la única frase que el nieto del mariscal Zhúkov recordaba haber oído de

su abuelo, tal y como me contó él mismo.

No sé qué les pasará a ustedes, pero yo en todas las instituciones estatales —Seguridad Social, Banco Central, Tráfico, Finanzas, Servicios Municipales, tribunales, hospitales— me sumerjo siempre en un estado de semisomnolencia para defenderme de las previsibles humillaciones, y por lo mismo me comporto como un ser al borde la estupidez.

Ventanilla de ingreso:

—A ver, ¿qué le pasa? Las vacunas se han acabado.

Una muchacha alta, atractiva en la medida en que la mascarilla permite verla. El viernes han vacunado a ochenta personas. Lamenta que la situación sea esta, pero ha de atender al siguiente.

La comprendo: «Ustedes son muchos y yo soy una sola…».

—Hay gente en la cola. Apriete el botón para valorar la calidad del servicio prestado. —Y así es como se resuelve la cuestión de si vacunarse o no. De todos modos, le pregunto:

—¿Por qué nadie me ha avisado? He perdido medio día.

—Lo hemos llamado. Llamamos a todo el mundo.

Y tras teclear mi apellido en el ordenador, la muchacha me recita el número: más uno, doscientos treinta y cuatro, cincuenta y seis, setenta y ocho, noventa.

Y entonces, creo que me desperté.

—En primer lugar, más uno es el prefijo de Estados Unidos. En segundo lugar, los números han de ser once, falta uno. Y en tercer lugar, y es lo más importante, ¿dónde se ha visto que una persona viva tenga este teléfono: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, cero?

Los de la cola se echaron a reír. Satisfecho del efecto producido (¡no es fácil quedarse con un número de oído!), me vine arriba. Y la muchacha se amilanó:

—Vaya a ver a la responsable. —Y, mientras me iba, añadió—: Aunque, de todos modos, no hay vacunas.

Este es el reino de las mujeres: aquí solo trabajan mujeres. De camino al despacho de la responsable saludo a

varias de ellas. Vasilisa Naúmovna, Guenrietta Ivánovna; sus nombres se corresponden mal con sus patronímicos. Pero ¿qué importa todo esto? En realidad tampoco pienso hacer una reclamación contra ellas. No es mi manera de ser, y además, no tiene ningún sentido. «Escriba la queja y le responderemos.» De modo que mejor dar un buen portazo, soltar unos cuantos dardos venenosos, para irse uno más contento: un buen exabrupto y para casa. En cualquier caso, aparezco ante el despacho de la responsable. Está escribiendo algo, pero me invita a entrar con un gesto.

Miro a mi alrededor. Muebles de oficina estatal, pequeños iconos —un atributo casi obligado ahora—, pero en la librería, tras el vidrio, varios libros de lomos bien conocidos: Editorial Práctika, fundada por mí en una vida anterior, la dirigí durante muchos años; llevé corbata y edité estos libros. La editorial ya no existe, pero los libros aquí siguen. ¿Quién lee ahora libros de medicina en papel? Pues ella, la responsable. La mujer me recuerda a alguien y sé a quién.

En cualquier sección o laboratorio, en toda cátedra, hay siempre una mujer de aspecto irrelevante; se pasa días enteros inclinada sobre una montaña de papeles anodinos o se traslada por el pasillo con un montón de historias clínicas. En su cara está escrita la preocupación y hasta cierto aire ofendido: y es que alguien tiene que entregar los informes, confeccionar los horarios de las guardias, rellenar los estadillos de personal. Esta mujer no aguanta el humo del tabaco, los juramentos, las risas sonoras, las discusiones, los juegos, y no habla de política. Cuando era joven (de residente y doctorando) teníamos un elemento así. La llamábamos (a sus espaldas, es evidente) «pez de agua fría», por una peculiaridad: porque se dedicaba a los lípidos (¿puede existir tema más aburrido?). La mujer recomendaba constantemente este pescado como el más adecuado para la dieta: el pez de agua fría, *coldwater fish* en las revistas extranjeras, contiene muchos ácidos grasos beneficiosos, que protegen los vasos sanguíneos e impiden que se formen coágulos. Buenas recomendaciones, pero en

nuestros mostradores de productos marinos estas sustancias estaban representadas exclusivamente por las algas marinas: la llamada col marina en conserva, de la que nos llenamos la panza durante varias generaciones. En cuanto al resto, nada poco común: un rostro incoloro, un personaje medio encorvado y una voz suave. Porque alguien debería… Sonia Rostova, las princesas hermanas en los tiempos del viejo Bezújov: Lev Tolstói era implacable con la existencia estéril de estas solteronas.

—El viernes vacunamos a ochenta personas y se nos han acabado las vacunas.

La misma voz. En treinta años, el pez de agua fría no ha cambiado nada en absoluto. No, pero no puede ser; la de entonces hace tiempo que tendría que estar jubilada, si es que sigue viva. Y esta señora y yo tal vez tengamos la misma edad. No quisiera pelearme con ella ni ofenderla. Quién sabe si por cansancio, o por los recuerdos de mi juventud, me domina un inesperado arranque de inspiración:

—Usted es doctora —me dirijo a ella—. Y yo también lo soy. Y ambos vivimos en Rusia. Y por eso mismo sabemos que… que si algo se acaba, es que, por supuesto, se ha acabado…, pero no del todo.

Hago una pausa. Ella me aguanta la mirada un buen rato. Ninguna súplica o amenaza son tan poderosas como conocer la cocina de una casa.

—Quedan tres dosis —pronuncia la mujer—. Diríjase al despacho de vacunas.

«Miras a un ruso con tu mirada penetrante… Él te atraviesa también con sus ojillos incisivos… Y todo queda claro. Las palabras sobran. Es algo que no ocurre con un extranjero», escribía Vasili Rózanov. En otros tiempos esta idea me había gustado, pero luego me resultó algo sucia, como muchas ideas de Vasili Vasílievich. No hace mucho, por cierto, hablaba con un buen amigo: por qué los rusos en el extranjero evitan encontrarse con sus compatriotas. Se trata de los que han tenido la oportunidad de haber sido «pioneros». Por ejemplo: en un buen restaurante francés

pido un *parfait*, cuando, de pronto, me encuentro con una mirada atenta que me dice: ¿no fuiste tú el compañero que en tal año propuso llamar a nuestra agrupación con el nombre de «Pávlik Morózov»?* ¿No era a ti a quien, en la recogida de verduras, cubría de insultos una mujerona borracha con bata azul? ¿No fuiste tú de los que fueron a recibir a Gustav Husak? Y más aún: ¿tú también tienes en el certificado de la muerte de tu padre un sello de «20 bot.»** al noveno día y de «10 bot.» a los noventa?* No hay *parfait* ni, no sé, guacamole que me entre después de semejantes «ojillos penetrantes».

Volvamos, no obstante, a la sala de vacunas. Aquí trabajan dos enfermeras: una seria y otra más risueña. Ocurre algo extraño: aquí no toman muestras del tracto nasolaríngeo ni hacen el test del COVID y la cola es la misma. «Estoy de acuerdo, no está bien gestionado», dice la enfermera seria. Mientras se descongela la vacuna, nos dedicamos a llenar papeles: profesión, lugar de trabajo…

En cierta ocasión, fui con Mitia, un familiar que vino a visitarnos unos días desde Alemania, a un centro de traumatología, para ponerle una vacuna: le había mordido un perro. El médico hacía las preguntas y una enfermera apuntaba las respuestas. Mitia le dijo que era músico, tocaba en un cuarteto de cuerda. «Apunta que no trabaja», le ordenó el médico.

La enfermera más risueña me pinchó en el brazo.

—No se lo moje en tres días.

—¿Por qué, se me va a borrar?

Se echó a reír.

—Y tres días sin tomar alcohol.

—¿Ni vino?

—Bueno, un vasito —dijo la seria.

Siendo yo mismo contrario a todo género de prohibiciones, «atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los otros» (Mateo 23, 4), acepté su veredicto con un gesto de agradecimiento.

La segunda dosis, como está mandado —al cabo de tres semanas—, pasó sin pena ni gloria y no puedo ofrecerles

nuevas impresiones; en cambio, en el organismo se formaron anticuerpos y uno se siente no solo bien del todo, sino sensiblemente mejor.

Por cierto, no excluyo que el teléfono *eins, zwei, drei*, etcétera lo diera yo mismo a los servicios estatales, aunque de forma no del todo consciente, para que no me felicitaran en la festividad del 23 de febrero.

El autor ha contado esta historia en diversas ocasiones y a diferentes personas, y ahora, cuando el relato se ha adornado con recientes detalles inventados, se apresura a apuntarlo. Él mismo, a decir verdad, no ve delito en redondear las esquinas, en reunir varios personajes en uno solo o en colocar en el relato réplicas que le han venido a la cabeza más tarde, camino de casa (el enciclopedista Diderot llamaba esto *l'esprit de l'éscalier*). Sin embargo, mucha gente, y sobre todo niños, son categóricamente contrarios a esta actitud respecto a los hechos.

Basta empezar a escribir «¡Lo que les vengo a contar sucedió un lunes!» para que ellos griten: «¡No, fue el martes!».

Muy bien, queridos niños. Que sea el martes.

Enero de 2021

Frío, vergüenza y liberación

Crónica de un viaje

Las tres palabras del título aparecen al final del libro de Sebastian Haffner *Historia de un alemán*. Escrito antes de la segunda guerra mundial, nosotros leíamos este estudio sobre la formación del fascismo el año pasado, buscando y encontrando en el libro coincidencias con la realidad en la que vivíamos en los últimos tiempos. Y ahora muchos de nosotros, aquellos que nos hemos marchado aquí y allá —a Ereván, Tbilisi, Bakú, Astaná, Estambul, Tel-Aviv, Samarcanda—, también nos vemos obligados a sentir en nuestra propia piel estas palabras.

Nosotros —y con «nosotros» me refiero a los que nos hemos marchado (largado, huido) del país al poco de que Rusia hubiera atacado Ucrania— odiamos la guerra, odiamos a quien la ha desencadenado y no teníamos previsto abandonar el país (la patria, nuestra tierra). Cualquier palabra que escribas, la que sea, empiece o no con mayúscula, se ha visto mancillada, deshonrada. La tentación de considerarse como la flor y nata de la sociedad (el barco de los filósofos de los años veinte del siglo pasado, frases como «Nos llevamos Rusia con nosotros» y otras expresiones insensatas) conviene considerarla como una peligrosa estupidez. Hay una expresión que dice que, cuando uno pierde, ve claro el valor de lo perdido; pronto sabremos su significado. Porque somos los perdedores, tanto en lo histórico como en lo espiritual. Centenares de miles, millones de personas que piensan como nosotros se han quedado en el país del que nosotros hemos huido y se dedican a sus quehaceres: a curar a enfermos, a ocuparse de sus padres, de los ancianos, a cuidar los unos de los otros. Pero por mucha vergüenza que sientan los que se han ido ante los que se han quedado, sería bueno recordar que ahora la línea divisoria entre los compatriotas pasa por otro espacio completamente distinto: entre los que están contra esta guerra y los que están a favor.

—¿Adónde viaja? —te preguntan en la frontera.

Quisieras responderle no adónde, sino de dónde; pero respondes:

—A Ereván, de vacaciones.

A los más jóvenes y que vuelan solos los separan y los someten a un interrogatorio, les revisan el contenido de bolsas y móviles. Según dicen, buscan a los que se marchan para luchar junto con los ucranianos, pero (ah, los excesos de los que cumplen órdenes) se dejan llevar por el placer de humillar a los muchachos y a las chicas de buena familia: si se trata de unas vacaciones, ¿para qué los diplomas, los certificados de nacimiento, las cartas y las fotos del pasado, los perros y los gatos? ¿Por qué el billete de ida, pero sin el de vuelta? Y ¿de verdad valía la pena gastarse mil dólares en el vuelo? ¿Que si valía? Y tanto que valía.

Caos con los vuelos: unos se suspenden y algunos aviones dan media vuelta y regresan a Moscú. La mayoría de los pasajeros son gente joven. Para ellos se trata de un giro en su biografía; un cambio, por cierto, que no es el peor. Pero para nosotros, mayores que ellos, es una vida truncada.

Un detalle divertido: en el vuelo Moscú-Ereván no hay ni un armenio. Pero aquí se acaba la diversión.

1

Los primeros días de la guerra han transcurrido escuchando petrificados las noticias, redactando y firmando cartas contra la guerra y consumiendo enormes cantidades de agua (el alcohol ni te calmaba ni te embriagaba). Tratas de fijar, de retener algo importante (la memoria a corto plazo se ha deteriorado), llamar a los conocidos de Ucrania.

Sobre el estado de ánimo de nuestros compatriotas: los que tienen familiares en Ucrania (que son minoría) están profundamente abatidos. Pero también hay muchos que se muestran beligerantes y para ellos los fracasos de los ataques contra Kiev se explican por la humanidad del ejército ruso.

«Verduras para el caldo» —me llega del televisor (no podemos permitir, oigo, que se encarezcan las verduras para el caldo)— sería una buena definición para los partidarios de esta guerra y de todo lo demás que hace el Gobierno. «Su sangre sea derramada sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mateo 27, 25): ¿de qué gentuza estaba

formada aquella caterva que en lugar de asistir al Séder pascual se dirigió al palacio del procurador? Las «verduras para el caldo» están presentes en todos los tiempos y en cualquier nación. En momentos como el actual, la gente común, sostén y fundamento de la civilización, se convierte en una masa de monstruos, de seres malignos. Y he aquí el resultado: la sangre inocente cae sobre nosotros, sobre nuestros hijos y sobre los hijos de nuestros hijos.

Al pronunciar las palabras «verduras» y «ellos» nos situamos en un terreno resbaladizo (¡no deshumanicéis a vuestros oponentes!, diría un liberal), pero se trata de una guerra, una guerra civil incluso, y nosotros no la hemos empezado. Ya es tarde para cháchara, ahora cada uno ha de elegir de qué lado está, es tarde para culparse: no hemos sabido ofrecer nada atractivo, no hemos escrito canciones democráticas como en otros tiempos, y la idea de vivir como seres humanos a ellos no les ha parecido atractiva.

A veces ni los familiares te salvan.

—¡Mamá! —grita al teléfono una muchacha que vive en Kíev—. ¡Nos están bombardeando!

—Te equivocas, hija —le responde la madre desde San Petersburgo—: a la población civil no se la toca; lo han dicho por la tele.

Existe también otra forma de apoyar la guerra, un modo relativamente suave, femenino: por Dios, que todo esto acabe cuanto antes, porque nunca sabremos toda la verdad: solo Dios la conoce. De acuerdo, pero ¿acaso esto nos libera de la responsabilidad de buscarla? Porque Dios no es un *joker*, un comodín que nos podemos sacar de la manga cuando convenga.

Ahogo, vergüenza, odio: son las palabras más pronunciadas estos días. Justo al principio de marzo corrió el rumor de que iban a declarar de un día para el otro el estado de guerra; es decir, que se prohibiría salir del país, se declararía una movilización general y se instauraría la censura. En las calles de las ciudades aparecieron letras Z y la fantástica proclama, algo inimaginable hasta entonces: «No nos da vergüenza» (en oposición a la «vergüenza de ser

rusos» expresada por algunos representantes de la *intelligentsia*). El muelle interior se tensa y se niega a relajarse. Llegamos a entender a Jan Palach, el estudiante que se quemó ante la represión de la primavera de Praga. De nuevo nos encierran en la sucia y asfixiante pocilga en la que nacimos. ¿Para que a nuestros hijos y nietos los hagan formar dibujando la Z? ¡Jamás!

Los preparativos duran solo un día.

¿Si hubieras muerto, qué te llevarías?

Quedarte a oscuras, en silencio, respirar el aire frío de Tarusa, orar ante las tumbas de tus padres. Despedirte de la casa. Con los objetos es fácil: uno no está para sensiblerías cuando las bombas rusas caen sobre Járkov y Kiev, sobre Mariúpol y Lvov.

Atravesamos Moscú camino del aeropuerto. Aunque has nacido, estudiado y vivido aquí, desde hace mucho tiempo la percibes como una ciudad enemiga. Separarse de los amigos resulta doloroso, imposible, pero no de Moscú.

El vuelo a Ereván sale puntual. ¿Qué sientes? ¿Sientes que debes sentir algo o de verdad lo has sentido? Dios sabrá. Lo que te domina es la curiosidad: como si te dejaran ver la vida que te espera tras la muerte. Por lo demás, un vuelo como cualquier otro, lo único es que en lugar de las dos horas habituales, son cuatro (rodeando Ucrania).

2

«Nuestras almas heridas buscan la paz justamente tras unas cortinas color crema como estas…», escribe Bulgákov en su *Guardia blanca* sobre la guerra civil en Kíev.

Ya estamos en Ereván, que nos recibe con su sabrosa cocina, con la primavera y con los alquileres por las nubes, pero con la posibilidad de recobrar el aliento. Sin la ayuda de los amigos que viven aquí, recuperarte física y moralmente habría sido casi imposible. Mi agradecimiento a ellos.

Por el centro de Ereván deambulan grupitos de moscovitas; muchas caras conocidas a las que quieres saludar, pero descubres que no recuerdas sus nombres. Respiramos aceleradamente, se nos seca la boca, llevamos

en la mano botellas de agua y los móviles (que nos ayudan a orientarnos), a muchos se les agrietan los labios de tanto lamérselos nerviosamente. Nadie lleva mascarilla: con el trasfondo de esta guerra, hasta el coronavirus parece perderse en un pasado lejano y nada peligroso, algo parecido a «la garganta inflamada de los niños» de los versos de Mandelshtam.

Pasados dos o tres días, se nos hacen más comprensibles las proporciones de la catástrofe (recordemos que aquí han llegado personas que hacía una semana no tenían intención alguna de abandonar el país), cuando tenemos el tiempo suficiente para detenernos y reflexionar, pensar en concreto sobre nuestra propia vida y valorar la gravedad de lo sucedido.

Conversaciones en los cafés: ¿quedarse aquí o trasladarse a Tbilisi?; allí no quieren mucho a los rusos, aunque Georgia no depende tanto de Moscú. ¿Por qué limitarse a Europa? Pensemos por ejemplo en Uruguay o Colombia. A mí me han propuesto curarme de la tuberculosis en Somalia…

—¡Salud, desertores! —saluda a voz en grito un tipo que entra en el café a un grupo de jóvenes con aspecto de hípsters. Los jóvenes sonríen educadamente, pero no ríen: la broma no ha funcionado.

Algunos ya se han puesto en marcha: unos se han colocado en el archivo de manuscritos antiguos, o en un taller de arquitectura, otros organizan círculos teatrales, o buscan entrenador de fútbol rusoparlante para sus hijos, aprenden armenio (de momento el alfabeto) y leen en voz alta los letreros y los nombres de las calles. Otros se lamentan de que no pueden sacar dinero, abrir una cuenta en un banco local, pero se quejan en voz baja: todo el mundo entiende la necesidad de relativizar sus dificultades ante lo que padece Ucrania. Algunos lloran: la familia rota, el marido en Moscú, el hijo, a punto de cumplir los dieciocho y que quiere regresar para ir a la universidad (aunque es muy probable que lo llamen a filas). Otros ya necesitan de un psiquiatra: la pesadilla de la culpa, los

intentos de suicidio. Y todo esto cuando aún no han pasado dos semanas del inicio de la guerra.

Qué cúmulo de desgracias ha ocasionado un individuo bastante mediocre (nadie pronuncia su nombre) a decenas de millones de personas: a los ucranianos, en primer lugar, pero también a tantos rusos. A unos les ha afectado al raciocinio, y a otros, como a nosotros, nos ha destrozado la vida. ¿Cómo es él y por qué, a pesar de su talante escrupuloso, prudente, ha cometido errores tan descomunales? Errores que están a punto de provocar que el país, en palabras de Rózanov, se «difumine» en pocos días.

¿A qué personaje literario nos recuerda?

Un gris agente de las fuerzas de seguridad apodado El Polilla, que ha observado el mundo europeo a través de la televisión de Alemania Occidental, soñando, quizá, con convertirse algún día en parte de él y vivir, por ejemplo, en Stuttgart. Luego hubo algo más, trabajó al parecer de taxista, ocupación a la que se refiere, no se sabe por qué, con cierta vergüenza. Luego llegó a la jefatura del Estado. Un día, sintiéndose aburrido, se puso a tocar con dos dedos *Murka* al piano, una conocida melodía del mundo del hampa, y a jugar a hockey sobre hielo, marcando además hasta doce goles por partido.

Veinte años se pasó pervirtiendo a la gente, luego se sintió aún más aburrido y en esto llegó el coronavirus.

No solo pervertía a la gente, también mataba, claro. Pero lo hacía sin pasión, no había emoción en sus actos, sino más bien displicencia. Y además, se trata de un individuo sin un asomo de cultura. Pero en algún momento habrá leído algo (¿o le habrán pasado un resumen?): algún filósofo de pacotilla o un autor de ciencia ficción. Y le ha pasado lo que les suele suceder a los rusos que no saben distinguir la realidad de los cuentos, de la ficción, como ocurre con los personajes de Andréi Platónov, con la diferencia de que las del escritor son, en su mayoría, almas puras, luminosas, y la del exagente, en cambio, es oscura, malvada. De modo que el ejemplo que le resulta más

cercano es el de Smerdiakov de *Los hermanos Karamázov*. Si Iván Karamázov perora, escribe poemas, Smerdiakov en cambio agarra un pisapapeles y golpea con él una y otra vez a Fiódor Pávlovich en la cabeza.

¿Quién hace en nuestro caso el papel de Iván, el que contaba en *Los hermanos Karamázov* dulces cuentos sobre el «mundo ruso»? No lo sabemos: ¿el filósofo Ilin, Solzhenitsyn, el empresario grafómano Yúriev, los discípulos del metodólogo Schedrovitski? ¿O han sido el actual patriarca o algún santo varón quienes han desviado de su recto camino a nuestro Smerdiakov?

«Sería bueno hablar con algún hombre inteligente», decía Smerdiakov; como nuestro personaje, que confesó que después de Gandhi no tenía con quién hablar. (¡Gandhi, dónde está Gandhi!)

Conviene mencionar otro punto de coincidencia con el personaje literario de Smerdiakov: ambos captan lo bajo, lo miserable en los demás, y enseguida encuentran en los otros sus puntos débiles.

Cinco de marzo. Este día, como el 16 (la festividad del Purim en el nuevo calendario), fue un día de grandes esperanzas (pues coincidía con el día de la muerte de Stalin).

En la mesa de al lado se oye un suspiro y recitar (a Pushkin):

—«No somos nosotros quienes contamos de nuestros días el correr…»

Enseguida se ve que es alguien de letras.

—¡Murió aquel y también caerá este! —Y se oye el chocar de las copas.

En todas partes se expresa el deseo de ver muerto al dictador; hasta en su propia casa, Moscú, y el hecho da lugar a historias como esta.

Una encantadora moscovita, redactora de profesión, tiene una amiga creyente, la llamaremos Olga Vladímirovna (hemos cambiado el nombre, no el patronímico). Al poco de iniciarse la guerra, la redactora recibe un mensaje de Olga Vladímirovna en el que le pide a su amiga que vaya a una

iglesia y encargue unas misas de difuntos para el finado Vladímir. Esta cumple de inmediato el encargo de la amiga y la llama para transmitirle sus condolencias: no sabía que su padre, el pobre Vladímir Alexándrovich, había fallecido. «¿Ha sido el corazón?» Tras una pausa, Olga Vladímirovna le responde: «Me crees mejor de lo que soy en realidad». (Rezar por una persona como si se tratara de un muerto, encargar funerales, ponerle velas cabeza abajo son diferentes formas probadas durante siglos de mandar al otro mundo a alguien [incluido a mortales, como Putin, llamados Vladímir].)

Ya has recorrido la calle de Tumanyán y la avenida de Mashtots, visitado la ciudad de Echmiadzin, el templo de Garni y el monasterio de Geghard. No obstante, las impresiones turísticas son en general poco duraderas y ahora no queda lugar para recuerdo alguno. Regresar cuanto antes al ordenador: escribir cartas, escuchar noticias.

Y las noticias son, al parecer, que a nuestro ejército le espera una derrota. Cuesta alegrarse de ello, pero una victoria sería algo mucho más espantoso todavía. Ya en los primeros días de la guerra se instaló una sensación de hundimiento que con el tiempo no ha hecho más que crecer. Porque el poder del ejército ruso se ha sobrevalorado y porque su propia imagen, inventada por la propaganda (como los «hombrecillos verdes» de Crimea), es completamente falsa. No solo se diferencia de la situación real de las cosas, sino también de la creada por la literatura rusa, por las canciones militares y el cine soviético: uniformes desaliñados, un humor muy especial —«el soldado le hará al chico un silbato con la navaja»— y una filosofía particular. Mucho calor humano y poco ardor guerrero. «Allí estaba él, y su camiseta a rayas, que se cubrió de espesas manchas…», dice la canción. En cambio, el «hombre verde» es, por el contrario, completamente frío, autosuficiente, la parte inferior de la cara cubierta por una máscara negra, la radio a la espalda, en el pecho un lanzallamas último modelo y bajo la chaqueta quién sabe si

un aire acondicionado. Siguiendo con la broma, no experimenta ni sed ni hambre, no desea ni mujer ni de hecho a nadie, y si le dan la orden, de un solo manotazo destruirá una ciudad entera.

Tenemos ante nosotros una parodia de soldado que o bien imita los videojuegos de ordenador o bien una película barata de Hollywood, pero la gente, con su Jefe Militar Supremo a la cabeza, se la ha creído.

Una reflexión a propósito: la guerra actual representa además un serio golpe para el Día de la Victoria —el 9 de mayo—, la festividad rusa más importante. Los hijos y los nietos de los veteranos escriben: «Menos mal que nuestro padre o abuelo no ha vivido para verlo». Se han vuelto imposibles también las viejas canciones de la guerra.

En fin, por muy buen tiempo que haga en Ereván, es hora de abandonar Armenia.

—*Barev dzez* —saludas en su lengua al guardia de frontera. Este te interroga durante largo rato: cuál es el motivo de su viaje a Alemania, pregunta displicente; examina con lupa el pasaporte, exige que le enseñes el billete de regreso. Los guardias armenios están en estrecho contacto con la policía secreta rusa, forman casi parte de ella. Finalmente el funcionario te deja pasar, subes al vuelo Ereván-Frankfurt, y es entonces cuando sientes el frío, la vergüenza y la liberación. La sensación de frío, por vivir la historia que se desarrolla ante tus ojos; de frío porque una u otra acción o palabra por tu parte puede tener consecuencias inmediatas. De vergüenza porque justamente te sientes liberado. Como ocurre con el ganso navideño: te cuesta disfrutarlo cuando otros no pueden llevarlo a su mesa.

3

El avión vuela sobre Alemania, en la pantalla aparecen los nombres de las ciudades. Un recuerdo de juventud: clase de Formación Militar en la facultad de Medicina; sería el primero o el segundo curso. El profesor, un mayor del ejército, desprecinta un paquete con la inscripción de «máximo secreto» y extrae de él unos mapas de Europa en

los que debemos señalar la disposición de las tropas. El enemigo se halla en Düsseldorf y nuestro ejército, digamos que en Coblenza. El enemigo realiza un ataque nuclear de cierta magnitud contra nuestras fuerzas. Calcúlese cuántas camas, hospitales y médicos se necesitan. Pero ¿qué narices estamos haciendo en Coblenza? A nadie se le ocurre hacerse esta pregunta. Y ¿por qué el enemigo ataca con misiles nucleares su propio territorio? Se trata de un escenario creado *ex profeso* por la Unión Soviética. De este modo nos preparaban de jóvenes para ser partícipes de un crimen. Como en una canción infantil que todos conocemos, que decía: «¿Y si hemos ofendido a alguien en vano? / El calendario dejará atrás la hoja…». Es decir, amigos, no os preocupéis: el arrepentimiento, los remordimientos, no van con nosotros. La vergüenza no es humo, no nos cegará los ojos. No sintamos vergüenza. Somos rusos y Dios está con nosotros.

O por ejemplo, el virtuoso pianista B. B. declaraba en la televisión: «Yo vengo de humanidades, de la música y todo eso… Comprendo que (los ucranianos) nos den lástima… Pero ¿no se los podría cercar y cortarles la electricidad?», y con estas palabras el «humanista» se convierte de inmediato en un criminal de guerra. La sonrisa tímida de B. B. («la música y todo eso») me trae a la memoria al protagonista de la película *Hermano*, que mata a un montón de personas, pero sigue siendo el muchacho dulce y encantador de siempre. Y la impresión es que, no obstante, incluso la gente que aprecia la cultura rusa poco a poco va mirando más allá de este encanto.

Aquí y allá se oyen voces preocupadas: ¿Han oído? En Polonia se ha suspendido *Borís Godunov*. Y esta preocupación se me antoja fuera de lugar, al menos mientras sigan cayendo bombas. Pushkin y Gógol, o Chéjov y Tolstói sabrán defenderse solos, y nosotros también nos las arreglaremos. Y el hecho de que los escritores ucranianos no quieran participar en actos donde haya rusos, independientemente de sus ideas políticas, también me parece natural: porque tú te has marchado a Armenia y

a Alemania y no a Mariúpol o a Kíev. En opinión de los ucranianos, los rusos buenos son los que salen a manifestarse con pancartas en la plaza Roja o están entre rejas.

En el avión te entregan un cuestionario. Llegas al apartado *Nationality*. Has de elegir la tuya en la lista: Albania, Argelia, Andorra… Qué tentador elegir Andorra, o Gabón; pero no, sigue hasta Russland. Acostúmbrate, eso, acostúmbrate: ahora habrás de escuchar hasta el final de tus días frases afables como esta: «Que sea ruso o no no importa, hay muchos rusos que son buena gente». Puedes considerar esto como el peaje por el placer de leer a Pushkin o a Gógol en su lengua original.

—Ahora sois como aquellos alemanes antifascistas que abandonaron su país con un pasaporte alemán. A ellos también los recibieron como ciudadanos de un país enemigo —me dice una alemana, la directora de una importante institución cultural.

Una entrevista para un periódico belga. Es evidente que el corresponsal no está preparado: no sabe, por ejemplo, que Ucrania formaba parte de la Unión Soviética, pero repite insistentemente la misma pregunta: ¿de modo que usted está en contra de esta guerra? Estás a punto de explotar y soltarle un par de exabruptos. Calma, amigo, contente, baja el tono.

—*You'll be back in Tarusa some day and that will be a glorious homecoming!* —te escribe un buen amigo norteamericano.

Cualquier cosa, pero un triunfo no es lo que esperas: el retorno, si este se produce, no será glorioso. Sobre esto ya se ha hecho un filme. Berlín, octubre de 1945, un joven alemán de sonrisa culpable regresa de Estados Unidos con la intención de ayudar a su patria, pero la cosa acaba en tragedia.

En cualquier caso, el futuro hoy es menos previsible que nunca: nuestra memoria no recuerda una catástrofe como esta, de modo que es inevitable, incluso necesario, sentirte algo fatalista.

Uno de los aspectos extraños de la actual emigración es que, para nosotros, en cualquier momento es posible —no para todos, pero sí para la mayoría— regresar al lugar que llamamos como antes «nuestra casa», que podemos mirar atrás sin convertirnos en estatuas de sal. No, no pienses en el regreso, porque te arriesgas a convertirte en un personaje cómico de hace cien años, en un emigrante de los que en Rusia habían sido algo, pero que entonces peroraba en un café de París, de Berlín o de Praga sobre los malditos bolcheviques, convencido del pronto retorno al trono de los Románov.

Donde tengas el colchón, esa será tu casa: una circunstancia de la vida que siempre te pareció atractiva. Aprender a vivirla. Hacerla tuya es más sencillo de lo que creías antes.

Un sueño de los tiempos de paz (la casa de Tarusa, las lilas), del que despiertas paulatinamente. Puedes detenerte por un instante en este dulce sueño, retenerlo. Aún estás allí donde viviste antes, pero luego abres los ojos e irrumpe el presente y la realidad te envuelve con todo su pavoroso poder: pronto ya habrán pasado dos meses desde que empezó la guerra.

La persona a quien le han cortado una pierna juega en sueños al fútbol: más horroroso será su despertar. En el proceso de la vida te ha tocado experimentar varias veces algo parecido: la ocasión más dolorosa fue la muerte de tu padre. Pero aquello fue una cuestión personal, algo tuyo. Ahora, en cambio, es un sentimiento parecido el que vive toda la nación rusa, toda la parte viva de aquellos que, como escribe Mandelshtam, tienen «una tumba verde, un rojo respirar y una risa ágil». Con la necesidad de decidir cada mañana para qué te has despertado.

17 de abril de 2022 Tarusa, Ereván, Berlín

«No hay más que una manera de ser feliz: vivir para los demás.»

LEV TOLSTÓI

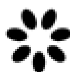
Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Kilómetro 101*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Maxim Ósipov (Moscú, 1963) es un escritor ruso. Licenciado en Medicina, se especializó en cardiología y aunque a principios de los años noventa fue miembro investigador de la Universidad de California, posteriormente regresó a Rusia para ejercer la medicina y fundó una editorial especializada en textos científicos. En 2005, abandonó Moscú para recuperar el trato directo con los pacientes y se estableció en Tarusa, un pueblo pequeño a cien kilómetros de la capital, donde creó una fundación para asegurar el futuro del hospital en el que trabajaba. Comenzó a publicar en 2007 y desde entonces ha escrito cuentos, novelas, ensayos y obras de teatro, y ha ganado varios premios literarios por su obra de ficción. Ha publicado cinco antologías de prosa, y sus obras de teatro se han representado a lo largo de Rusia. Traducido a más de una docena de lenguas, es uno de los escritores rusos contemporáneos de mayor proyección internacional. En español ha publicado las antologías de relatos *El grito del ave doméstica* (2015), *Piedra, papel, tijera* (2019; Libros del Asteroide, 2022) y *Kilómetro 101* (2022; Libros del Asteroide, 2024). En 2022, poco después del inicio de la guerra de Ucrania, se exilió en Alemania.

* Escritora rusa con gran inclinación a lo trágico y truculento. *(Todas las notas son del traductor.)*

* Referencia a la prohibición de vivir dentro de un radio de menos de cien kilómetros de la capital y las grandes ciudades, aplicada a los presos tras cumplir su condena durante la época de la Unión Soviética.

* El general Kutúzov abandonó Moscú para defenderse de Napoleón (y finalmente derrotarlo).

* Campesinos borrachos, padre e hijo, personajes de la «La nueva dacha», que odian y hacen imposible todo progreso.

* Versos de Mandelshtam del poema «El crepúsculo de la libertad» (1918).

* El arroz funerario ortodoxo.

* El juzgado Basmanni era el más implacable de Rusia entonces.

* Referencia a un relato de Marina Tsvetáyeva escrito en París en 1934, donde expresa el deseo de ser enterrada en Tarusa bajo una roca.

* Frase hecha, referida a Félix Dzerzhinski, el primer jefe del NKVD, la policía secreta soviética.

* En la mayoría de los estudios universitarios existe una «cátedra militar», una asignatura de estudios militares que libera a los alumnos del servicio militar, al menos durante la carrera.

* Juego de palabras: *bel-* y *chern-* son dos prefijos que

significan «blanco» y «negro» respectivamente.

⁂ ¿Cómo lo puedo acosar hoy, señor?

⁂ Pável (Pávlik es su diminutivo más conocido) Morózov, héroe de la propaganda soviética, denunció a su padre a las autoridades y murió asesinado por su propia familia.

⁂⁂ bot.: botella (de vodka, por supuesto).

⁂ Los rusos recuerdan a sus difuntos, tras el entierro, a los nueve y a los noventa días de su muerte.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Kilómetro 101*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Piedra, papel, tijera, Maxim Ósipov

Vidas e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin, Vladímir Voinóvich

El maestro Juan Martínez que estaba allí, Manuel Chaves Nogales